

SIMON ESAIN

LAS MALVINAS
Y OTROS SUEÑOS

(1993 – 2001)

INDICE

El canto de las sirenas	(1991)
Las Malvinas	(1993)
El pintor	(1993)
De regreso al Zoológico	(1994)
Las mujeres de Pocho	(1995)
Partidos	(1995)
Miguelito y el ratón	(1996)
Subjetividad	(1996)
Soñando sobre la situación	(1996)
Inminencia de los detalles hogareños	(1997)
El viaje	(1997)
Cincuentones	(1997)
Señor, señor	(1998)
El color caqui	(1998)
La base	(1999)
25 de Marzo	(1999)
Continuidad del paseo	(1999)
Basural	(2000)
El peaje del diablo	(2001)

PROLOGO

Consiguiente y sativa, mi aspiración productora se vincula con los sueños. Para hacerles la corte, la intencionalidad.

La fugacidad tipifica a los despertares. Algo huye desde el cuerpo inerte; pide, discreto, por tanto, con retención, demoras, morosidad. El pasado, los recuerdos, tornan por sus atributos.

¿Alguien interpretará diluyendosé sin fin la contingente sustancia de estos trabajos? ¿Hacia su rutina? ¿Hacia la hojarasca? ¿Hacia algo remediable?

Necesitan cuajar límites, fundamentar su restauración expresiva, fecundar parches.

Suman, atenuados, el carácter de epitome. Evocan incomparable el fulgor del descubrimiento que los parió.

Eso que se llama saber descubrir sólo es creencia con la cual intimar; luenga ilusión. Por el contrario, y lato, descubrir es producto del error y la inocencia; desilusión del descubridor.

Personajes impropios manosean y desechan sus mundos, acuden a otro trazo, habilitante, ilusorio. Rayano éste con la porción de oscuridad que me toca, adelante y detrás, antes y después.

(1991)

El Canto de las Sirenas

Hacia la madrugada, cuando las estrellas envolvían sus rostros en bruma convirtiéndose en arañas piadosas colgadas de un límite vago, cuando el silencio goteaba junto al rocío invisible, nos tranquilizamos, estuvimos listos a partir, apagamos hornalla y luces, tiramos el agua caliente de la pava y enganchamos su manija en algo que asomara del cargamento. Dejamos de hacernos preguntas e indicaciones de último momento. El viejo trancó la puerta dandolé una patada final en la parte torcida de abajo. El viejo y yo cruzamos el agua extendida, hacia delante, en el bote sobrecargado.

De pronto había resuelto mudarse a la ciudad por un tiempo, reavivar sus negocios, probar suerte, poner a prueba su labia otra vez; alguna influencia aparecida; seguir una inspiración.

Calculaba vender cuanto traíamos a bordo. No aceptaba reconocer que ésta era la misma carga tiempo antes acarreada a su refugio con vistas a un plan distinto. La que me había mostrado como su aporte inicial a nuestra sociedad. Ahora remaba confiado en que la gente habría olvidado haber sido dueña de esas mismas cosas en diversas etapas de la vida, que extrañaría al verlas, que sería sencillo a tan expertos vendedores como nosotros hacerles creer que aún las necesitaban, entusiasmarlas con la oferta de recuperar su posesión. Esta calaña de maquinaciones solían ocurrirselé al viejo, sólo a él, y sin más, dejarlo convencido de que representaban una jugosa posibilidad de ganancia.

Luego pasaba a convencerme a mí.

Ahora apenas cinco centímetros gorgoteantes nos resguardaban del hundimiento final.

El lago parecía repleto de aceite nuevo, amarronado y otoñal; ya no reflejaba los puntos blanquecinos sostenidos por un costado de la noche. El cielo desvelaba su otra faz. El resplandor de la ciudad se había aplacado y aplastado durante nuestras horas de trajín. Era insólito el entusiasmo con que habíamos estirado la velada, una especie de baile y festejo de cierta ocurrencia.

Flotábamos con suavidad y remábamos con igual exactitud, el viejo de espaldas a nuestro destino, indicandolé ligeras correcciones a mi papel de timonel, guiandose en ello por la costa que abandonábamos, detalles primarios, algunos árboles, algunas luces en el vecindario. Remando al revés, sin hacerle caso en mi interior, yo hacía de grumete sin perder de vista una encrucijada de referencias para las que sus ojos ya no servían. En este aspecto guardamos distinta memoria de aquel viaje. Deberé adivinar qué síntomas visibles usó el viejo para suponer que me dirigía y él nunca sabrá del conjunto seleccionado por mí, entre cielo y agua, para fabricar un giroscopio a medias. Esta es la clase de secretos que nos unen y separan y que a veces nos guían entre las demás personas. El viejo recordará la posición de mi cuerpo entre la carga y ciertas apariencias que se desmoronaban con el transcurrir del avance. Yo estuve tratando de que su cabeza no coincidiera con cierta lámpara y estrella.

El agua viscosa parecía no tener ganas de probar nuestra carne ni el óxido del cargamento, ni siquiera cuando rondamos su centro como a una tráquea, aparentemente inmóviles, el espíritu aferrado a la firmeza del cielo, un poco asustados, sintiendo que nos atrapaban grandes bolsas de celofán negro. Al viejo se le ocurría cada cosa. En ese momento yo estaba dispuesto a reprocharle su inconsciencia. Podría haberlo invitado a figurarse lo que mi madre pensaría de enterarse de esta irresponsabilidad. Sólo él evaluaba lo romántico y estúpida que era la gente, principalmente la gente mayor. No he conseguido entender cómo podía llamar instinto a su esperanza de que ciertos milagros sucedieran. En un momento de distracción, mientras descansábamos, creí percibir que la superficie se transparentaba. Se abrían manchas como de vino blanco en el aceite té con

leche, colores de orín sano entre orín enfermo. Sus barbas y vientres flotaban casi rozando la superficie. Cuerpos redondos, alargados, dispuestos de modo que dibujaban las tendencias del líquido, flotaban como en un manto de sueños. ¹

De tanto en tanto había creído descubrir el interior de la laguna repleto de cuerpos dormidos, unos alargados, otros cuneiformes, amarrados, los vientres abandonados hacia arriba, las manos tomadas sobre el esternón, si es que tuvieran esternón, en el modo más etéreo de dormir, debajo de los párpados los rostros aclarados por la placidez, inmediatos a la oscuridad, mujeres de betún completadas con duraznos, morsas redondeadas y desnudas, o sirenas regordetas, de cuello corto, bigotes de bagre, párpados como carozos enterrados en sus pensamientos. A cada relámpago de colores y profundidades diferentes se duplicaban las capas de durmientes. La laguna ahondaba su continente, su serenidad y la hacía destellar ante mis ojos. Podía contemplarla repleta de sirenas y mujeres tendidas, una junto a la otra, apretandose, orientandose de este a oeste, el cabello como el de leones marinos dibujandolés el rostro, sin narices ni labios de tan dormidas, dormidas como estaban, desde siglos, en manos de alguna corriente imperceptible que jamás las despertaba.

- ¿Sabés cuál es el día de los gallegos? – chanceó el viejo.

- No –

- El día menos pensado - 2

No importaban mucho, en realidad, estas visiones mías. Podía dejarlas, hundidas en su silencio y negrura.

Uno que otro pez coleteaba o saltaba de una oscuridad a la otra. Parte del horizonte asomaba silueteado por filas de montes suburbanos. Más cercana que la lejanía, el alba insinuaba abrir su ojo.

Verme envuelto en las originalidades del viejo me hipnotizaba. Así me disculpaba yo mismo por aguantarlas. Aguantarlas unos meses, una estación del año, verlas diluirse en sus ojos y en su conversación, terminar sin dolor, sin referencias, sin reproches ni resultados. Años después resucitarían en forma de anécdotas graciosas que vaya la gracia que me hacían. Ocurrirselé mudarnos después de la cena. Dos bagres hediondos en salsa de tomate, la cena. Todavía me trataba como a un chico y esto me hacía sonreír; no era su intención confesa protegerme sino utilizarme hasta donde pudiera. Creo que jugábamos a este ser entrecruzados: por mi lado al niño-hombre, por el suyo al hombre-niño, al hombre que se permite ser niño gracias al niño que quiere ser un adulto. Lograr tal modo, para mi empeño, implicaba cierto mérito, y para él, supongo que cierta alegría de vivir.

Creo que trazamos una perfecta línea recta desde los postes carcomidos que considerábamos nuestro muelle, hasta los paredones en ruinas de la costanera municipal, pintarrajeados por los aerosoles nocturnos. Ninguna estela nos contradecía con su marca de tiza. Ninguna sirena o morsa durmiente fue tocada o molestada por nuestros remos. Cada uno usó su propio estilo orientador y se atribuyó el mérito final. El mío, el que usa el arador para inaugurar sus melgas, me convenció de ser el único infalible en estas condiciones. Y me lo callé. Toleré que el viejo tratara de explicar el suyo. Lo que, a mitad de viaje, por ejemplo, revelaría ser un grupo de eucaliptos mayores, más una luz callejera y una estrella baja, y luego otra estrella en posición perpendicular, eran al principio dos reflejos que coincidían; a medida que nos acercamos más fue un árbol sobresaliendo entre otros, apuntando a la recta entre ambas estrellas, y luego se convirtió en la última rama de su copa oscilando bajo los puntos invariables del área celeste.

El nivel del agua había crecido en tiempos recientes y no más de veinte centímetros restaban para que empezara a cubrir el ras del balneario. Con mejor puntería hubiéramos llevado el bote a seco sobre un trecho derrumbado en la segunda muralla.

Botes y lanchas de paseo gorgoteaban a una regular distancia, definiendose bajo las sombras y manchas urbanas mal reflejadas. A estas horas ¿a quién iría a molestar el viejo? Algo cavilaba. Seguramente imaginaba hacerse servir un café con leche en la confitería de la terminal, con pan fresco y rulos de manteca, un conjunto barato y nutritivo, pero ninguno de los dos estaba en condiciones de caminar tan lejos. Dormía el pueblo su tranquilidad de pueblo, profundamente, con una agradable y contagiosa profundidad.

Tentaba ponerse a i-maginar los sitios y formas en que miles de personas, como las sirenas y morsas bajo el agua, disfrutaban de sus respectivos colchones, sábanas y almohadas, en ese mismo general instante. Podía distinguir del olor encerrado de sus cuerpos, los aromas emanados por las jovencitas, aún los parciales y característicos, aprovecharlas despatarradas en la seguridad de cada hogar. Podía deslizar las mejillas de mis dedos sobre sus siluetas blandas y a la vez conmovedoras, reconocer temperaturas, calidades de piel o vestidos.

Oí que el viejo rezaba, la calva inclinada, de seguro agradeciendo a su meneado Ceferino el amparo recibido durante la travesía y el buen augurio que podía interpretarse de ello.

- Ya que nos has traído aquí – le diría al santo - ¿Por qué no nos permitís seguir adelante otro poco? -

Luego levantaría sus ojos concentrados, frunciría la boca como regurgitando el eco de su contrición, y encendería un cigarrillo, sin invitarme.

Todo estaba húmedo o rociado. Empezando por el aire y la atmósfera hasta una altura calculable, siguiendo por encima de nosotros mismos, de nuestras cabezas y ropas de auténticos navegantes. Las partes superiores del cargamento goteaban sobre las inferiores. Las casuarinas, perturbadas en sus sitiales de segundo plano, goteaban perceptibles, burlandose de nuestra locura. Los pastos ralos chorreaban como si recién hubiera llovido. Era el rejuvenecimiento nocturno del que no nos dábamos cuenta. El pavimento de la costanera brillaría en los escasos parches de iluminación pública. En un rincón del patio de mi casa, previo a los tres colores de la vidriera del comedor y la cocina, un desagüe de añosa hojalata gotearía rítmicamente en la boca que usaban los sapos para entrar y salir desde la calle.

Seguíamos sentados en el bote, disfrutando de algún modo un remanso de andariegos, resguardada nuestra propia tibieza en cada sitio elegido para remar, apretandonos las manos, dándonos cuenta del mamarracho que hacíamos los tres, pero sin avergonzarnos de nada. El viejo empezó a sacudir su cabezota y, como en otras ocasiones parecidas, a reírse bajo, gangosamente, estirando el labio inferior bajo el bigote manchado por la nicotina, no sé si fingiendo recordar algo divertido o no, y me contó alguna aventura comparable a la de hoy, ocurrida en otra época y otro punto del país, de la que no recuerdo una palabra porque de seguro me la había contado antes y volvería a hacerlo después de esa madrugada y yo debía mantenerme a cubierto de cada despropósito.

Era reconfortante fumar a semejante hora luego de la abstinencia durante el ejercicio; con tanto sueño en los párpados no importaba abandonarse donde y como fuera. Yo pensaba nebulosamente en mi familia, en los ojos de mi madre, en mi silla, en mi cuarto que me esperaba solitario, mientras el viejo hablaba y reía cada vez más alto, confiado en no molestar a un pescador restante ni atraer la curiosidad de nadie. Ni siquiera un perro perdido visitaba la zona, honraba nuestro desembarco, como solía ocurrirnos entre vagabundeo y vagabundeo. Ni pensar en que durante los días del verano allí reinaba el gentío, los paseantes de otras ciudades, los papeles y la basura y el parloteo molesto. Tampoco había basura a la vista fuera de la que llenaba nuestro bote. El humo de nuestros cigarrillos pronto se esparcía y borraba. Las ranas dormían cansadas de croar en las orillas. Éramos un buen par de sapos.

El viejo bostezó.

- No hay que confundir sueños con desvelo – dijo.

Se había decidido a abandonarme.

Empecé a dormirme. Apoyada la espalda en un atado apenas incómodo, ubiqué la cabeza, miré la cara del viejo que en ese momento encendía otro cigarrillo o, percance habitual transformado en tic, el mismo que ya se le habría apagado. Sin motivo empezó a hablarme de su hijo mayor, mientras guardaba la cajita en su bolsillo exterior izquierdo. Jamás recordaría en dónde tenía metidos los fósforos y otra pertenencia cualquiera. Ni yo, que por practicar siempre recordaba dónde los guardaba a cada momento, se lo haría notar. Debería palpase a manotones o sacudir su ropa deforme para que tintineos o roces lo guiaran por su cuenta. Lo observaba todavía con un hilo de conciencia. Tiré mi pucho

contra la segunda muralla, la menos sucia y enmohecida. Me hablaba de su hijo como si yo lo conociera, como si fuésemos amigos o compañeros de estudios. Para mis adentros aún sonreí, repasando la imagen de la víctima, que, de utilizar sus infidencias para tal operación, me hubiera construido: alto y delgado, encorvado de esa manera intolerable en los jóvenes, la cara granujenta, rala la barba, escurridizas las miradas, las manos inseguras, balbuceante ante otros hombres, más que tímido incapacitado para imponer o atreverse a nada. Sin esfuerzo, quise imaginar cómo sería en cambio, de responder a las pretensiones de su padre, a los delirios paternales que le dicen. No pude hacerlo porque la idea me causó gracia por anticipado. Ni el mismo viejo se creía cuanto me rezongaba. En realidad, estaba vengandose de su mujer, de la madre del muchacho quiero decir su ex mujer, la que se había atrevido a despreciarlo y unir su vida a la de otro hombre, la que ya estaba a salvo lejos del alcance de su rencor, de sus esporádicos ataques de rencor peligroso. Yo sospechaba que, en el fondo, todas estas exhibiciones eran modos de caerme simpático, de empujarme a tolerarlo en nombre de alguna ligadura sentimentaloides y desigual.

En el debido momento llegaría a preguntarme si me animaría a hacerme amigo de su hijo y ayudarlo a abrirse camino en la vida, en el amor y los negocios, a lo que yo le respondería que cómo no, que no había problema. Bastaría con llevarlo a los prostíbulos las primeras veces, pensaba. Y el viejo me hablaría de instalarnos como era debido en la gran ciudad turística, empezar juntos un nuevo y definitivo negocio, y me miraría y me preguntaría, disculpandose, si mi novia actual era también mi amante. Pero yo me secreteaba que todo aquello formaba parte de sus argucias para hacerme sentir importante y no renunciar así a su presencia de administrador indispensable.

Dormí hasta que el sol alumbró la superficie todavía tranquila y un filoso resplandor comenzó a rondar mi cara con cada balanceo del bote. Sin tener que mirar alrededor, supe que el viejo había desaparecido dejandomé al cuidado de su incipiente fortuna. A no dudarlo, dormía a pierna suelta en una buena cama, probable era que hasta en la cama de algún cuarto de hotel. Sin moverme, sin averiguar lo entumecido que amanecía, pensé en cuántos cachivaches olvidados, extraviados en el apuro, en la otra orilla, alumbraría el sol en ese momento, tiosos bajo el rocío, como señal, como aviso de que ya quedaba iniciado el proceso que nos conduciría a otro fracaso.

Contra la popa sonaba una onda cada cinco segundos, o sea que el aire también estaba despertando. ¿Debía abandonar todo e ir a desayunar a mi casa, ubicarme en mi silla, a la mesa de la cocina, darle una alegría a mi madre? Pero contra lo que aplaudiría la sensatez general, no haría tal cosa. Tarde o temprano aparecería el viejo trayendome pan o un sándwich conseguido quién sabe dónde, mal envuelto en una página de diario, exaltado, cargado de planes y urgencias para las horas inmediatas, para los próximos días, alborotando mientras yo comía y leía noticias tardías sobre alunizajes o cadáveres dinamitados.

Terminado el refrigerio, sin tener para nada en cuenta mi estado y mi cansancio, me pondría a cargo del traslado de sus bienes y conseguir seguridad para nuestro bendito medio de transporte.

- Un momento – diría yo.

- ¿Qué pasa? – la malicia del viejo estaba lista a defenderse del pechazo.

- Tengo que ir al baño – y el viejo se desviviría por satisfacer a alguien tan dócil, tan económico.

1 Juraría que, en algún tiempo pasado, el depósito de orines ha devenido artefacto especular.

2 Algún bien intencionado me ha reprochado haber incorporado un chiste viejo a este relato, pero el motivo inequívoco fue que, en su momento, yo creí haberlo inventado.

(1993)

Las Malvinas

En las Islas Malvinas ¿acaso no se ha cumplido a carta cabal
cuanto Alberdi pregonara para alcanzar el progreso argentino?
¿Por qué no soñar que algún Sarmiento posterior obtendría
igual éxito en todo nuestro país?

Ironicus Introito (circa S. XX)

1

Temprano, en la hondura nuclear de la mañana, cuando se goza del sueño como de un narcótico en los tuétanos, me despierta mi primo; sus modos cautelosos de abuela sorda rozandomé, tocandomé.

Su modo no le resulta muy eficaz al principio, pero no bien empiezo a entender qué me proponen sus reiteraciones murmuradas, me despabilo bajo la luz de nuestro quinqué y termino por levantarme y acatar sus señas. Estamos pasando las vacaciones escolares en la casa de campo de sus tíos, lejos de casi todo.

Luego soy yo el reiterativo:

- ¿A las Islas Malvinas? – pregunto y vuelvo a preguntar, más que incrédulo extrañado, como le pasaría a cualquiera de ustedes si en el lugar menos propicio y en el momento menos pensado, los invitaran a semejante viaje, ni siquiera digo al mismo.

A cabezazos me va brindando circunloquios de su natural seguridad, y así es como coincidimos, él ya vestido y yo a medio vestir, en tomar unos mates antes de marcharnos.

A pie, cada uno con su maleta al hombro, tomamos, mejor dicho tomo tras él, el primer camino de ovejas que nos protege las zapatillas del rocío, como si eso fuera motivo suficiente para tomarlo.

Nos dirigimos hacia el oeste, cuando estoy bien seguro de que las Malvinas quedan al este, cualquiera sea el punto de partida desde donde se las ubique. Tampoco me deja convencerlo ahora con peros tan objetivos y seguimos avanzando, aunque yo crea que retrocediendo, digo avanzando a buen ritmo, mientras el cielo color acero aplasta un resto de estrellas como si fueran migas de pan que regresaran a ser harina.

Frente a nosotros, lejano, ominoso al parecer, ese acero empavona dos o tres brumosas bandas horizontales hasta darles el gris cañón.

Sale el sol y va subiendo mientras ya pisamos nuestras sombras en el pasto amarilloso, pero en ningún momento luego de la media mañana el astro supera los 45 grados sobre el horizonte. Nos alumbraba desde atrás, coincidiendo lo suficiente con lo que dictamina mi capacidad de orientación. Sin hacerse notar, con el anónimo diluirse de las horas en las horas y en las distracciones del paseo, el sol va mudando sus apostaderos, jugueteando por su lado como otro chico, añadiendo al paisaje una amenidad singular, que en alguno de esos momentos empieza a convencerme de un aceptable resultado para nuestro devaneo.

Después de superar algunos alambrados y senderos de ovejas más que solitarios, abandonados, llegamos a una tranquera de madera en buen estado de conservación, recién pintada de blanco, verdadera extravagancia en el común de nuestros campos, que me atrae sobre todo cuando mi primo no quiere que boleemos la pierna por encima, apoyado un pie en la tabla inferior, como hacemos sin excepciones ante estos obstáculos, porque es pronto y divertido.

Otra singularidad anoto: la blanca tranquera no tiene candado echado; mi primo la destraba a mano, vuelve a cerrarla con esmero. Entonces ¿qué mayores detalles necesito para entender que pisamos cierta pertenencia allegada a sus afectos más respetuosos?

2

Al otro lado de la tranquera pintada se extienden unos campos con visos marinos, por lo ondulados. Algunas gaviotas planean hacia el horizonte hasta volverse motas de placidez, de continuo reemplazadas por otras, contemplables, que caen llenas de gracia desde lo alto. Me percibo atento a permitirme saborear cualquier sorpresa, metido en una sensación tan fluida como este aire.

La luz mansa del sol se pulveriza lenta ante la inmensidad proclive que hemos encontrado.

Mi primo se sonríe al hablarme.

Tras la bruma está visible donde cabalgan unas líneas y luego asoman colinas dispersas, azules, redondeadas, como transparentes. Porque el continuo de esbozos parece descender a borrarlos en lugar de sumarse a ellas y solidificarlas, y por encima de esta cadencia tranquila, una faja de color empañado o tal vez un mar silencioso, insiste en materializar sus ondas.

Al rato descubro el primero, una manada de ñandúes estacionados oblicuamente a cosa de dos kilómetros, y lo señalo extendiendo el brazo y la pregunta.

- Sí, son – dice mi guía; y la cuenta, moviendo el índice delante de un ojo solo, como si contara moscas sobre una vidriera de carnicería al otro lado de la calle – Cuarenta y dos, entre machos y hembras. El año pasado conté treinta por este mismo lado – añade, con satisfacción – Es que los aprovechan como se debe -

Jugamos a hacer resonar las zapatillas sobre el camino de tierra, parejo y abovedado. Llegamos a un sitio habitado por ovejas australianas, recién esquiladas. Sus hijos todavía las acompañan, pero sin su lana rulienta han dejado de ser lindos corderos. Creo ver nuestras caras en sus caras. Es algo que me preocupa.

Pronto estamos llegando ante la casa de los padres de estos primos de mi primo, que como aclaré, no son mis parientes.

El conjunto de las habitaciones se trata de una granja de las más completas. Un motor a explosión extrae agua y la eleva al depósito de la torre. Varios molinillos a viento gimen, acezando, con propósitos tan invisibles como sus hélices. Algunas personas con delantales enterizos trajinan metiendo cajones vacíos a la entrada de un invernáculo; a continuación, filas de conejeras sombreadas por arbustos, muestran a sus simpáticos ocupantes.

Los dueños de casa, sacandose los guantes, sacudiendo sus ropas cotidianas, vienen a recibirnos sonrientes o amables, mejor dicho, cumpliendo ambas funciones a la vez.

Mi primo habla de sus primos y los adultos también se refieren a ellos. De momento no participo en la conversación aun creyendo que no voy ni me van a entender. Devoramos un frugal almuerzo tardío y una jarra de limonada auténtica.

- Aquí – y la palabrita me suena sólida – las clases continúan durante el verano. Sólo durante Julio las suspenden debido al frío y las nevadas -

No queda lejos la escuela y ha sido convertida en centro de una especie de aldea laxa, sin calles ni muros. Vamos a esperarlos salir, aunque yo hubiese elegido seguir almorzando otro poco.

- Nosotros no debemos entrar a las aulas y menos que menos oír clases – avisa, sonriendo muy seriamente mi primo, tal cual hará en obligadas oportunidades gracias a mi maquinal tendencia a meterme donde no me llaman – Aquí lo único que te exigen para permitirte disfrutarlo todo es que seas respetuoso de sus normas -

Aunque no lo asumo unido al hecho del disfrute, más bien al contrario, por lo que recuerdo, siempre he sido tenido por un chico bastante respetuosos y quiero suponer que se refiere a esa misma clase de respeto, el que cabe reclamar entre iguales y no al acatamiento del superior por el inferior, forma contra la que me gusta rebelarme, a menos, claro, que alguna reciprocidad me modere.

- No hay inconvenientes; seré respetuoso hasta el extremo. Me parece que vale la pena – dispongo, muy ¿argentino?

Tampoco nos aburrirnos esperando, oyendo brotar, clamar, cesar y reanudarse la sinfonía de risas, cantos, discursos y discusiones desde el salón de techos rojos, iguales a una sandía abierta en mitades, que tan escueto se ve por fuera. Cada alumno ¿será una semillita?

La bandera, ahora que reflexiono lo pienso, de seda inmaculada la bandera, quizá la más bonita que haya visto, flamea al frente de los edificios agrupados, a su vez rodeada de canteros en flor. Pero es que una tentadora cancha de fútbol, con arcos reglamentarios y todo, yace inconvenientemente al otro lado de los salones, a resguardo de abusadores, como postre en la heladera.

- Aunque diéramos la vuelta y entráramos adonde no se debe, no podríamos usarla porque guardan el perímetro bajo llave. Aquí es costoso mantener su césped como tiene que estar para jugar correctamente. Los domingos vendremos a participar. En la casa donde paramos o en cualquiera de los alrededores tenemos lugares de sobra donde hacerlo hasta que las zapatillas nos queden mochas – promete mi primo, sin dejar de sonreír.

Entiendo lo que me explica, pero todavía no me digo que la realidad hace evidente a la lógica. Por varias ocasiones sí sigo tentado de requerirle me explique a qué se debe que sienta aquella obsequiosidad sin omisiones, de la que es cómplice, como una deferencia especial para conmigo, como si fuera yo un disminuido mental o me creyeran enfermo de los nervios. Pero finalmente, en ninguna ocasión lo practico y termino por ir despreocupandomé.

3

Como cada sábado, éste que para nosotros es el primero, trae una reunión del vecindario, en la cual tampoco podemos intervenir de lleno.

De evidencia para nadie quedamos, como perritos falderos, bajo el alero del salón comunitario, entreteniendonos en picotear tortas y probar bebidas caseras acopiadas en larga mesa, con lo que a mi conato de despecho agrego otro de indigestión. Ni siquiera debemos encargarnos de espantar moscas, porque al escasear los árboles, en consecuencia, no las hay.

Junto a la puerta de entrada un prolijo pizarrón verde enumera los temas a debatir, y son de tan engorrosa comprensión sus ítems como imaginar a qué funciones aluden, que no recuerdo uno ni he vuelto a leerlos en otra parte. Mi primo trata de explicarme estas peculiaridades isleñas comparandolás con demasiada simpleza a nuestras costumbres y necesidades urbanas que a ellos caerían insondables. En el mientras tanto inspeccionamos los carruajes bien conservados y ornamentados, que aquellas familias gustan lucir, tras previo acuerdo, para que usarlos no pase por alarde.

Jamás hubiese sospechado que en las Malvinas pudieran quedar indios, pero así es, y quedar es el término injusto que acá no usarían. Hay bastantes, quiero decir que están, conformando grupos familiares o siendo parte de alguna familia, fáciles de reconocer por sus rasgos y cabelleras como por sus ropas coloridas, aun cuando apenas se les pueda diferenciar de los demás en el comportamiento, porque son más amables o parezcan más orondos que cualquiera. Sí, tal vez sonrían con mayor anchura para igual franqueza debido a su redondez facial y a sus dentaduras envidiables.

A quienes no veo prevalecer, para mis dudas, es a la gente rubia y pecosa; también en cuantos hallo, salvo su toque distintivo, nada subsiste que los diferencie o incline a hacerlo.

En verdad la reunión no es tan seria como dentro de tanta formalidad social cabría esperar, porque transcurre muy animada, cargada de alegrías; compruebo que no les resulta necesario apartar a los menores de edad para agregarle eficiencia. Primeros que nadie, salen corriendo, saltando y gritando mientras los mayores se palmean los hombros o los antebrazos y vienen a hacerlo con nosotros, rodeados del bullicio pertinente. Así sucede la comida general y ciertos amagos festivos entre los adolescentes; luego cada familia se retira, remoloneando, más o menos agrupadas o entremezcladas, reagrupandose o aceptando acarrear porciones de la mezcolanza, glosando las tareas encomendadas a su entusiasmo.

Nuestro jefe de familia se aparece trayendo hacia mí, tomado por los hombros como se trae a alguien agobiado de nuestra amistad, un señor alto y delgado. También soy tomado por los hombros y enfrentado a él. Soy presentado a un famoso profesor que, como tal, me es presentado. Se me escapa el resquicio para que haga pie mi sentido del menoscabo.

Sonríe y me desilusiona. Me pide que le diga qué es lo que en verdad me gusta estudiar.

- Pero en verdad, ¿eh? – me recomienda, con un gesto que para mí huele a referencia, que a nuestro anfitrión le cae gracioso y a mí no.

- Me gusta la literatura... - digo, para no andar con falsas modestias.

- Ah, la literatura... - y mira un segundo al cielo brillante y tendido para ojear en realidad a su amigo – Otro modo de sentir piedad por algo que se parece mucho a uno mismo – murmura.

¿Qué voy a contestarle? ¿No es menos estúpido callarse? Digo que puede ser y ambos vuelven a sonreír. No puedo sonreír con ellos.

Ocurre que cuanto aquí observo, aún el hecho de contenerme y observar, es tan diverso a lo normal en mi vida que una conmoción interna me cierra la boca antes que impulsarme a emitir incoherencias u obviedades, y hasta me previene de recibir las probables respuestas. Porque la probabilidad de su contenido me restringe, me confina. Esto se me adensa adentro, en tanto, pero no como niebla; sentir que para todos es un comportamiento lógico me aplaca. Ninguno se ha acercado a pedirme que lo lisonjee con veredictos sobre su armonioso pasar o para que ensayemos comparaciones inconducentes. Cabe a mi posibilidad no contarles, por ejemplo, que las formas de algunas nubes pasajeras me traigan vagas añoranzas de otra luminosidad y puedo dejar de ser ingrato como para señalar que extraño el tomar mate con mi madre a la tardecita.

Por supuesto que en un lugar donde nadie te manda, nadie te vigila nadie viene a cobrarte por algo y donde ninguno se cree por encima de los otros y, por si fuera poco, lo hace con elegancia, vivir resulta ilusoriamente fácil y apetecible y ni el hecho de estar en vacaciones me ayuda a trabucarme. ¿Alcanzan a ser tan sencillas las cosas? ¿Qué dice la experiencia, esa altura aledaña, inminente? Las situaciones enfatizan que no ¿Existe aquí una situación distinta? ¿Cómo han llegado a ella? ¿Qué han tenido que cruzar para lograrlo?

Traigo una idea colegial a cuestas, pero me obligo a no meterme en esa cuestión, por el momento.

Pero generalizando, hablando de cada uno, por casualidad ¿brotó alguna mueca despectiva desde el patio de mi despecho? No. No todavía. Debiera, si lo evaluase, extrañarme. Quizá. Pero no lo evaluó. Me lo prohíbe su largueza.

Pueden insinuarlo si les da gusto, pero esto no es un calco perfeccionista de esas asociaciones religiosas preñadas de individuos mediocres, complacidos en el amparo y el engaño dulzón del adoctrinamiento. Y el menor argumento a anteponer es que no vea templo alguno ni rastros de culto o teología.

Debiera haberme extrañado, pero a mi edad librarme inadvertidamente de lo odioso debió resultarme, más que inadvertido, parte de la luz cenital o el claroscuro de las hojas con que se tapiza el suelo.

¿Qué hacemos, a cambio de la falta de misas, los domingos? Bueno, los domingos cada casa es un mundo y cada aldea congrega por un rato a esos mundos a compartir uno solo, por lo general simpático. Al menos eso me parece... ¡Dios sea loado!

Debido a sus antecedentes mundiales, imagino, cómo voy a dejar de imaginarlo, que el partido de fútbol será un carnaval. Pero ahí tienen ustedes, y perdonen que a cada rato les pase parte de mi bulto, tampoco dejo de equivocarme en esto.

Los chicos malvinenses nos destinan en un mismo equipo, el 'Choiquepan Soccers', al cargado grupo de suplentes, y desde nuestro banco los vemos desplegar en base a velocidad y concentración, jugadas y contra jugadas que arrancan del público exclamaciones y aplausos continuos, mientras nosotros dos, debidamente sentados como el resto, transpiramos de entusiasmo tanto como ellos brindandose.

Descubro otra novedad inimaginable: sentirme aliviado de que no me invitaran a entrar en juego a revalidar mis aptitudes de continental. Sí participamos luego en peloteos y corridas informales, finalizado el encuentro principal entre escuelas.

Para nada recuerdo quiénes ganaron o cómo. El sabor de ver a la inteligencia sudando y las ganas resolviendose fue lo conmovedor; sentirme partícipe, ganador o ganado. Desde esta altura del domingo, porque todo este domingo fue como subir a una torre, es que empiezo a ver seres de otro planeta en mis nuevos compañeros. Jugaron en serio por ganarse la alegría de jugar.

Claro que hay chicas. Y son admirables por su parte pues en todas partes lo son. Si mi corazón partido todavía sangra su cuota colectiva en cuanto les permito adueñarse de toda mi memoria. Aquí va un exceso de discreción.

¿Estoy confiando demasiado en que ustedes advertirán imperfecciones o carencias y exageraciones donde no puedo discernirlo? Así debiera ser, como que por primera vez muchas palabras que me habían llegado huecas al desorden de la mente, cobran, antes que sentido teórico,

sustancia para mí. Sustancialidad, no práctica escolar ¿entienden? Cuánto y a qué velocidad debo haber palpitado para alcanzar este punto de cocción.

Nuestros anfitriones cuidan en especial que nos habituemos, antes que nada, a las comidas. De creerlos vulgares mezquinos el primer día, concluyo por comprender asimilando cuánto desean que nos llevemos una estimación inmejorable de su arte doméstico más que del culinario. Así y todo, cometemos algún atracán que no nos permite saborear como merecería el plato de la siguiente comida, antes que el intenso trajín que nos depara tanta libertad, nos convierta en eficaces e inmunizados barriles sin fondo.

Otro ejemplo que nunca agradeceré bastante: cuidaron de que por nada presenciáramos la matanza y despellejamiento de la producción de conejos, uno de sus solventes rubros comerciales. Ni siquiera nos sirven preparaciones de su carne, atentos a la devoción que esos animalitos nos despiertan de día en día.

Como el televisor funciona en el dormitorio paterno porque la televisión es cosa para adultos, y al estar de vacaciones ni soñamos con tocar un libro o un periódico, al menos por mi parte experimento, cual la circunstancia dictamina, la sensación grata del aislamiento, sin fisuras para permitir nostalgias, con nostalgias del día de ayer que me hacen desear como pocos al día de mañana.

De lo escaso que recuerdo haber leído en aquel paraje de las islas, esta frase pintada junto a la puerta del salón comunitario, quizá intentado justificar cuando adentro sucede, se me graba a raíz de otra cuestión:

“Así como lo complejo abarca riquezas, pero esa abundancia representa su problemática, así lo sencillo acarrea un problema cuando permite que su sencillez se convierta en pobreza.”

Juan Folklore

Hasta entonces no había contado entre mis cuatro o cinco virtudes el dejar la cama con facilidad, pero sabiendo de antemano cuánto esperaba incluido en el día siguiente, pronto modifico mi hábito, me acoplo al cargado horario usual y disfruto bien despierto hasta de unos amaneceres indefinibles, fugaces, reservados a los litorales con nieblas. El hecho de esta mudanza acontecida en mí, se rodea a su vez de cierta niebla entre la que avizoro luminosos efectos de contrastes dinámicos reservados a la consecuencia de los interiores firmes.

Como los árboles, los caballos de montar escasean debido al costo de mantenerlos adecuadamente y el bajo rendimiento de tal inversión, pero el gusto que obtienen de cada equino reemplaza a la posesión de una manada entera, y ahora estoy seguro de que cada animal, de poder hacerlo, confesaría parecido sentimiento.

Una mañana ventosa y salada, enseguida nos despejó el sueño y también nos quitó el calor del desayuno. Nos tocaba el turno de cabalgar en forma, como aquí acostumbran y tienen por debida excentricidad.

Enfilamos hacia la colina más alta que ofrecía el contorno, sí, como la suponen y representa otro placer, libre de cercos y alambradas, y no tuvimos que decidir mucho más. Nuestra pareja de zainos, colas y crines completas y musicales, se echó a galopar suavemente, viento arriba, y nos llevó tal si fuéramos montando sendas gaviotas de mar.

En otra alternativa cualquiera me hubiera apresurado en vaticinar que semejante día iba a volvernos un fracaso la aventura. Desde entonces, sin embargo, amo las nubosidades torturadas y humosas arremolinadas en sus propias confusiones y descargas; torrentosas, majestuosas como poco más; el silbido ancestral del viento húmedo, y añoro como al verdadero el leve olor a océano que pueden exhalar los caballos sudados.

No alcanzamos a otear el mar ni siquiera desde la testa del promontorio. Nos conformamos, pequeños navegantes, con nuestro largo cabalgar bajo de la nubosidad en marcha, densa e interminable, oceánica, empujada y despeinada; empujados, ventilados, despeinados y sacudidos por las mismas ráfagas frescas que dibujaban acontecimientos y músculos allá arriba.

No buscamos otra aldea y mucho no hablamos. Breves fueron nuestros comentarios al regresar, abrigados por nuestras espaldas durante la sangría mitigante del crepúsculo sobre las ondulaciones de abajo y encima.

El dueño de casa nos acarició los cabellos erizados y dejó un momento sus pesadas manos en el hombro de cada uno.

- Buenos caballos ¿verdad? – afirma preguntando, demostrando su orgullo al tener el privilegio de brindarnos aquel disfrute.

Asentimos en silencio.

Claro que a continuación, sin permitirnos otra iniciativa menos campechana, nos enseña, según dice, a bañar, cepillar y avituallar el descanso de los zainos, a limpiar riendas y monturas, a dejarlas listas en su puesto para los próximos usuarios.

- ¿Por qué es todo tan serio aquí? – pregunto a mi compañero de travesía, caminando entre el establo a oscuras y la casa iluminada, y no por falta de respuesta sino buscando que la suya tampoco interrumpa la calidez.

- Porque aquí nada es apariencia, todo es certeza. Aún su escasez, aún su colmo. Este es un mundo que no te excusa – mi primo no lo dijo, pero yo lo pensé, a ese asunto del excusarnos.

Y así es como uno se acerca a las sensaciones de la perfección que, por lo común, son las ensayadas por el propio fracaso.

Esa noche, convertido más que nunca en un tronco sobre el colchón, sueño que llegamos al fondo mítico del Sur, entre azules y destellos, y allá nos recibe, sonriente, una familia de caballos grises, en su portal de hielo.

Como es de esperar, llovizna todo el día siguiente, pero ¿a quién le importa? Porque nuestra ama de casa y sus hijas cocinan en la sartén más grande y quemada que he visto manejar, tortilla de algas y huevo de ñandú con carne muy condimentada de chanco malvinero, el plato elegido por su esposo para volverlo excepcional. Y comenzando por el revuelo de su preparación secreta hasta los juegos improvisados mientras el homenajeadado dedica la siesta a digerir, basta la claridad mortecina que echan los ventanucos sobre nuestro jolgorio.

No se me ocurre pensar que el cielo llora al mirar hacia fuera. ¿Por qué habría de llorar?

Hasta entonces estoy enamorándome gaseosamente, pícaramente, de cuatro o cinco niñas vecinas, desde una rubiecita transparente a una indiecita color tibieza otoñal, pero desde este almuerzo y la tarde redonda y cenicienta que sigue, pienso con obstinación viril en proponer matrimonio a la primera que me brinde oportunidad. Punto y aparte.

En variadas ocasiones menores y adultos me dirigen frases cuyo sentido, como si fueran expresadas en otro idioma, no memorizo, asumo. Sostenemos amagos de conversación; ninguna sigue adelante. Es como si trataran de prevenirme con algo de sus claves; hacerme especie de resúmenes o recetas desapropiadas para un intercambio fluido. Y supongo que no comienzan, como nadie comienza, por obviedad, sino tanteando la cuestión.

Es difícil soportar con elegancia esta barrera.

En una sobremesa nocturna, mientras los demás hablan de alguien para mí tan estimado como desconocido, me dice el padre de la familia, quien mejor maneja mi habitual inconveniente:

- Por lo común entre nosotros, lo valioso de una persona no consiste en cuánto esa persona es o podría llegar a ser por sí misma, por las suyas, como lo que puede llegar a ser si nos ocupamos debidamente de ella y sus capacidades ¿entendés? Sobre todo, si nos consideramos dadores de éstas y responsables de aquello. Porque entonces valor y desarrollo son alcanzados y disfrutados gracias a la acción y la relación comunitaria, aplicada de modo que no coarte ni menoscabe. Aquí no reprimimos con nuestros estatutos; damos forma, contenemos y, en lo posible, damos lugar. No estamos para dar cátedra sino para mantener vivas las mismas preguntas que vos te hacés. Ya sabemos que te resulta un modo antipático, que lo tenés por un discurso hipócrita. El caudal de confianza que utilizamos te resulta incomprensible y hasta indeseado para tu costumbre de ponerte a prueba contra y no a favor de algo. Poco más que entenderte podemos hacer para remediarlo. El modo, la intensidad de nuestras relaciones y el estado emotivo que reina entre nosotros resultan intransferibles para alguien como vos, que ha perdido su experiencia y costumbre y, sobre todo, el hábitat, que es lo primordial con que contamos. No existe medio tecnológico o artístico que nos ayude a relacionarnos en este momento. Por fortuna es así, perdoname que lo diga; es el límite que nos ha salvado. Este límite es el ejercicio de lo humano. Esta trama y su tensión te resultan invisibles a pesar de cuanto observás. Y cuanto observás, al quedar incompleto, no le hace ni te hace justicia –

Queda claro, al menos, adónde apunta. Está mostrandomé la diferencia principal, el humor que no puede circular entre nuestras canalizaciones. Por algo lo hace. Sigue hablandomé del tema y sus implicancias, tratando de volverme accesible algunas abstracciones.

No aseguraré que puede. Recuerdo bien su actitud y mejor su aprecio por la mía, que no es más que tendencia a quedar callado, atendiendo, atendiéndolo. Tal vez utilizaba un recodo de menor calibre.

Le pregunto por los niños, una mera identificación mecánica.

- Toda persona comienza siendo niño y nunca deja de ser niño, antes que nada. Nunca olvidés que las personas necesitamos confiar. Eso es, precisamente, ser niños, por empezar. Necesitamos ser aceptados; necesitamos sentir que somos bien considerados a pesar de todo. Vivimos situaciones de confiabilidad aún en brazos de un monstruo. Nunca confundas momentos felices o niños felices con estados de felicidad y justicia. Los niños tienden a sentir felicidad aún rodeados de lo peor. Y casi igual actuamos los adultos. Claro, nosotros conservamos el hábito adecuado. Por eso nos es tan importante retenerlo, ser sus dueños -

Llego a plantearme si lo valioso es el correcto estado de los asuntos o el estado de corrección que provocan en nosotros, más allá de los juicios planteados, Me propongo averiguar si todos sentimos parecido; luego me olvido.

- Qué tal si en lugar de desvivirnos por aquello que, a propósito, y a un tiempo, resulta atractivo e inviable, aquello que el poder utiliza para crearnos cuellos de botella y embudos hacia sus manos, nos ocupamos de opciones a nuestro alcance, que nadie prohíbe ya, que esperan de nuestra voluntad? ¿Quién nos pone límites en ello? ¿Quién nos impide ser inteligentes? Acaso mejorar nuestra inteligencia ¿se ha vuelto aburrido? Tuvimos un amigo que nos planteó estas preocupaciones -

*

Una mañana estoy ayudándolo a mantener limpio el sistema de la calefacción central para el venidero otoño, cuando se verán urgidos a usarlo.

- Es difícil calentar cualquier cosa desde afuera, ¿no? - comenta la señora, riendo, como si la figura les hiciera mucha gracia, alcanzandomé un vaso de refresco que aún no me he ganado simplemente sosteniendo destornilladores - Y más difícil con una cosa como una casa ¿no? - sonrío dándome una palmadita sobre el pecho y no porque tenga mis manos ocupadas - El buen calor debe nacer desde adentro. Siempre ¿eh? -

Desatendida, desligada de esta rutina que va volviéndose familiar, una aparente ingenuidad empapa más que sus expresiones, el reducto de donde asoman. Al no derramar ni gota de ese otro humor agrio, desencantado, capaz de equiparar y traducir la experiencia de nuestra vida urbana, luego de impresionar como un desamparo, me desarma. Me siento impedido de dialogar entre iguales por medio de fórmulas tan positivas. Mi ciencia no sirve para comprender ni mi ignorancia para aprender. Desencajan, me desubican. Como si al no provocar desencuentros, al no propiciar discusiones, carecieran de atractivo y dinamismo para mí. Es mi permanente motor la presunción de que alguna especie de inocencia nos impide saber lo pertinente, ver más allá de nuestras narices, como se acostumbra decir. De que, caídas, derribadas las imágenes ilusorias, algo fundamental reaparecerá y nos permitirá dar el paso siguiente.

Pero ellos no esperan algo así. Siento que el mensaje local circula en un sentido solo, hacia nosotros, hacia mí al menos, que debo asentir y callar en consecuencia, lo que me molesta mucho, me desanima y confunde. Aunque ya sé que mi voluntad ha sido acostumbrada a ejercitarse, antes que ayudada por, contra la voluntad del prójimo. Soy argentino, soy continental.

Me sé distinto y lo disimulo. Esto, ¿es o no es ser inocente?

Ellos saben mejor ambas cosas, y hacen como que no obstan.

Ocurre un choque extraño, tolerable, natural, pero que me ubica en cierta incomodidad y no puedo intentar manejarla ni modificarla. Es como si estuviera de nuevo en mi país de siempre. Palpo aquí un fatalismo diverso, adverso, ya no cómo. Y me pregunto cómo pueden, precisamente ellos, resistir a esta falla, si cabe en sus conciencias y en su pulcritud. Porque si cuanto surge de ella aquí parecen apreciarlo, debo concluir, así nosotros allá resistimos a su amparo las taras del sistema. A cambio de permitirnos especular con algunas conveniencias que fallarán finalmente.

Me dice:

- Sabemos que el poder, esta sensación de plenitud que nos permitimos manejar, converge en cada uno por delegación de los otros: mayores, hermanos, cónyuges, hijos, amigos, compañeros. Si cuantos ceden nuestra cuota, nuestra concentración de poder, la retiraran, nos veríamos reducidos a una pena, a un sentimiento de conmisericordia, a una cáscara seca. En funcionar como

dadores y receptores consiste el mérito. Exige esfuerzo y dedicación controlar este río y estos remansos de capacidad. Nos afanamos en enseñar a controlarlos. No podemos permitirnos derrames de soberbia y vanidad. Temblamos ante ellos. Son nuestros monstruos en el jardín. No es repitiendo consignas morales como dominamos la imprescindible tarea del poder. Es ubicando el lazo, el cauce común por encima de todo, para que nos eleve, para que nos vigile, para que no nos aplastemos. No es sencillo, pero es lo más valioso que hemos logrado edificar -

Existe, percibo, una barrera materializándose entre la seriedad de sus convicciones, la ingenuidad imprescindible a la que aparentan recurrir, y mi principio de fatalismo, la asumida capacidad de extralimitarnos siempre, por hábito o necesidad, que hace, a este lado, sentirse dueños de mayor poder o independencia, más que propensos a justificar su coherencia, confundiéndola con nuestra proclividad al premio, nuestro airoso manotón que sale corrido en toda fotografía tomada a nuestro comportamiento.

Pero a un tiempo, con ser adolescente y sólo atravesar la situación antes que soportarla, describo la futilidad o insensatez de proceder en consecuencia. No alcanzo a enfrentarla, a definirme, ni a comentárselo a mi primo, así de fuerte es la incongruencia percibida. Algo hay; algo siento flotar, neutralizante.

Debo pensar que algo así es propio a nuestra edad.

¿Estoy lo bastante equivocado para que ella insista en mí?

- Aun cuando no lo tengamos en cuenta, sobre las cuestiones humanas flota esta pregunta: ¿Dónde está el límite? – Dice mi anfitrión como si leyese mis pensamientos – Sean naturales, culturales o históricos, sobre cada conflicto ronda la pregunta: ¿Quién fijará los límites? ¿Qué nos impulsará a desafiarlos? ¿Para qué? Eran los dioses por lo regular, vos lo sabrás, quienes contestaban esas preguntas. A veces con ídolos pretendíamos responderlas. Apelando a las expresiones de la voluntad humana, a esa especie de borracheras en que caemos. Dioses e ídolos luchan a perpetuidad en medio de nosotros. Si algo es cierto de los dioses es que se vuelven visibles o invisibles cuando quieren. Primero suplantandonos y luego desafiandonos -

Reflexiona un instante:

- Hemos dejado atrás héroes y mártires. No necesitamos que nos arrastren. Juntos elegimos caminar, tal vez porque pensamos en los niños y en los viejos. ¿Entendés? Nunca se termina de aprender a caminar porque el caminar no agota -

Si esperó mi pregunta, se equivoca. Cuando se calma su sonrisa, prosigue:

- Palpar los propios límites y saber respetarlos porque nos fijan cauces saludables, es la condición básica de toda sociedad. La sustancia de los límites que nos ocupan determina además nuestra disciplina política. Respecto a estos puntos, como ante un abismo, lo eterno es vertiginoso, pero no lo perdurable. No perdamos de vista que existe una cuestión sin fondo en nosotros, que traspasa y a la vez justifica los límites. Poseemos condiciones generales y realidades para elaborar y dibujar nuestros límites, nuestra economía vital. El límite nos recoge en nuestra humanidad sólida, precisa. Recrea la necesaria otredad; sin lo otro que somos tampoco poder ser. Deben ser espejos donde vernos reflejados, nuestros límites; donde comprendernos aún sin entender. Superar, vencer o violar límites equivale a arrebatarles el poder del que son símbolo o señales. Me refiero al poder que les ha sido conferido -

Hace una pausa como para medir sus dichos:

-Debemos ser cautos nosotros, aquí en nuestra isla. Si funcionáramos simplemente, así como nos ves, vos, con cumplir nuestras reglas, podrías unirtenos. Pero no es que funcionemos así: somos así. Y este ser, aunque creación, es elaboración; no se improvisa -

Otra pausa, en la que me sentía transpirar:

- Tratamos de mantenernos en la parte soleada, como iguanas. Allá en tu ciudad la gente que conocés confía cada vez más en su desconfianza que en sus relaciones; se guía más por sus miedos que por lo que le dice el corazón. En ese mundo al que ambos podemos referirnos porque lo conocemos, ese hábitat ilusorio, parcializado, primero la ciencia y luego la tecnología en su plan de revelarse superioridades, porque siempre necesitamos superioridades, se ofrecen diariamente a través de la publicidad a llevarnos por sobre cada limitación fomentada por la angustia, por sobre cada barrera, en andas de la angustia apropiada al nuevo culto. Y las ideologías han conspirado en apuntalar esa trampa con la mística de sus discursos. Aunque no aclaren que deberemos pagar deshumanandonos el viaje al otro lado, resulta que también nos ofrecen sus remedios para el trance – Unió con fuerza sus manos ásperas – Y esto es terrible. El hombre objetivado es el héroe nuevo que da a beber y a masticar su sangre y su carne cruda en el ritual. Cumple el sacrificio periódico de las hembras y varones elegidos para el altar del amo. Pero la falsedad de sus promesas de ídolo se desnuda en su mensaje de soberbia, en su oración a la desmesura. Los ídolos siempre hablan tentando: ansias, placer, novedad, victoria, gloria... -

Sin duda piensa intensamente en una visión:

- ¿Y les duele? El engaño ¿les duele o viene a confirmar los juegos del escepticismo? -

El jefe de la familia que me hospeda enfatiza con suavidad algo que no entiendo:

- Reverencia o violencia. ¿Cómo tener idea del abismo sino a través del gesto y la palabra? – me mira.

- ¿Se trata de dios?... – aventuro – No... Me extraña mucho no ver templos ni oír oraciones entre ustedes. ¿No creen ustedes en dios? -

- No tenemos permitido usar esa palabra, ese nombre -

- ¿Cómo? -

- Precisamente nos obligamos a vivir sin recurrir a ella. Por un lado, pensamos que una existencia semejante no necesita de nosotros, sin que eso quiera decir que nosotros no necesitamos de ella. Porque por otro lado pensamos que pretender alcanzar el conocimiento de la divinidad es un no-saber, es no haber aprendido a respetar ningún límite, una amnesia diabólica. Aspirar al conocimiento de la divinidad es contener en nosotros una pretensión ilimitada, es decir, tener el alma habitada por un terrible agujero negro. ¿Cómo, cómo podríamos reconocer la divinidad que nos corresponde por vivir aferrados a nuestra humanidad desde una actitud tan alienante?

Me mira e interpone su índice entre ambos, pero sus ojos miran hacia adentro, hacia su tiempo:

- Nosotros tratamos de vivir socializados, a lo que consideramos un estado superior – No le resulta fácil confesarme esas cuestiones – Sabemos ser individuos en razón de los límites que asumimos, pero los límites también son, son los despertados por una vivencia comunitaria. Te hablo de dos dinámicas distintas encontradas. Seguramente debemos agradecerle mucho al resto del mundo. Nos permitimos elaborar una armonía dinámica, y aquí el límite también es la clave del ser. Somos isleños. El reducto común es nuestra divinidad, al menos la madre concreta del héroe fundador -

- ¿Podría explicarmelo mejor? – yo no quería decir eso, sino que me lo facilitara.

- No. Sería contradictorio. Ya lo entenderás – me mira – Tenés mucho por leer, pensar y, sobre todo, sentir. No te lo pierdas –

7

Cada vez que tengo tiempo de pensarlo, verlos convivir en tanta plenitud y confianza me resulta chocante, sordamente chocante, para peor. El calor y la rectitud de estas relaciones son complacientes, sobre todo, pero sin duda no estoy habituado a percibir las sin cierta dosis de despecho que las vuelva lógicas.

Nada tiene de malo todo esto, y sin embargo sigo preguntandome qué es lo que tienen de malo.

Ante lo que a mi prejuicio resulta una especie de representación, mi naturalidad se inclina a la desconfianza y el esbozo crítico. Pero, obnubilado, termino por castigar mi inclinación empujandola a los juegos. En el juego confluyen todas las reacciones y evaporaciones. Es imposible criticar lo que semeja un sueño, aunque el intento de penitencia me lleve a cada rato a tratar de despertar.

Estoy seguro de que aquí rigen limitaciones molestas que comprobaría si intentara forzarlas. Pero ¿por qué llegar a forzarlas precisamente aquí? Sería demasiado injusto.

No pertenecemos al lugar; no participamos de su funcionamiento y, como además evitan imponernos las abundantes obligaciones que tocan a cada poblador, nos retacean derechos exclusivos de quienes cumplen con ellas antes que con ninguna otra, y así llevan ganado un contento fuera de nuestro alcance, y como sí nos dejan disfrutar de las bondades periféricas propias de su hospitalidad o nuestra condición fugaz, vaya a saberse, añaden este mérito sutil a su haber, o este toque de distinción a sus méritos, panorama que me trastorna el ánimo. Me parece que me pierdo de ser solidario porque ellos no son justos, pero por momento me parece que soy el que no es justo con su solidaridad.

Empiezo a convencerme de cuán discreto debo ser antes que respetuoso.

Reinan el orden y la distribución, sin embargo, me siento estafado por esta realidad.

Todo es perfecto, pero huele a crimen. ¿Cómo es posible? ¿Estoy enloqueciendo o comprobando mis condicionamientos?

Y una vez que me sepa discreto y respetuoso ¿qué se volverá imprescindible para precaverme de mí mismo?

¿Me habrán mandado aquí porque estoy enfermo? ¿Cómo fue que vinimos a dar aquí? ¿Hay realidades más reales que otras? No; no puede ser. ¿Seré, nomás, un perverso? ¿He venido aquí para enterarme? ¿O todo deviene de la simple ausencia del dinero en efectivo?

A pesar de su obsequiosidad y del descuido pertinaz de mi primo, me privan de mucho en tanto lo exhiben; y yo disimulo en nombre de lo que recibo. ¿Podría parecerles ecuánime esta relación? ¿visible, al menos?

¿Cómo volver congruente que gentes tan cordiales me hagan sentir un apestado? ¿Dónde está su falla o en qué consiste la inconveniencia? ¿Responderán a su meneada característica de isleños?

Si mis padres pudieran asomarse a tan actuales pensamientos poco costaría convencerlos de que, en realidad, tales experiencias estarán enloqueciéndome a corto plazo.

Tenemos ocasión de concurrir a una costumbre regional cuya disposición nos acoge sin salvedades. En otra aldea similar aún vive un anciano abuelo indio que desde siempre ha echado fama de narrador y cronista popular. A los 104 años de edad su salud ya no es la adecuada, por lo que cuando una de esas mejorías cada vez menos frecuente, da lugar, los vecinos se invitan a no perderse de escucharlo una determinada noche. A este espectáculo de fervores musitados y rostros atentos, pincelados por la luz de dos o tres lámparas a kerosén, se une, al regreso en los pescantes de los carros, la luna fantasmagórica en su lecho de círculos en el centro inexacto del cielo, pero en el seno despejado y recoleto de nuestras conciencias.

Sí. Sueño, y debo haber soñado aquello otra vez plagandoló de fantasías, y he olvidado los relatos y sueños por no animarme a repetirlos y por entusiasmarlos con otras novedades de menor importancia. Sí; sin embargo, no es esto lo inolvidable, creo. Creo que estarán de acuerdo. No radica en esto el encanto o la pérdida consecuente, sino en torno a la posibilidad de que pronto volviera a acontecernos y agruparnos. Creo que la posibilidad de que tales cosas se repitan al poco tiempo, al año siguiente o en algún momento al alcance de la mano, de la mano de cualquiera, mantiene encendida su calidez final.

Aunque al principio me sentía demasiado obligado por la permanente situación de tranquilidad acogedora, placer gratuito y bienestar, a dejar de lado los juegos burlones y despreciativos, luego empiezo a tramar cómo resultará posible no tanto el merecer, sin disfrutar aquel estado, alejando las culpas y también liberandoló de culpas.

Porque ahora el disturbio que aparece a la vista proviene de saber que terminará cuando termine la estadía y no hay pena que valga.

Pregunto a los muchachos cómo es en verdad el invierno y no recibo respuestas explícitas. Parece que no quisieran desanimarme o que continuaran protegiéndome. Como si se lo hubieran indicado. Pero me animo a preguntar a nuestros anfitriones y así obtengo ese tipo de descripciones barnizadas con pausas silenciosas que me impacientan, pero al final me encantan. Ellos también gustan del invierno y se llenan de simpatías recónditas.

Y entonces yo ya no tengo más dudas sobre este mundo.

Mis dudas, igual que un regimiento cansado, se dan vuelta y me miran a los ojos.

Otra vez, por pura curiosidad y haber estado alimentandolá a causa de que el pachorriento de mi primo por lo habitual se comporta como un fantasma, no me precave lo suficiente o desea por mejor que me dé cuenta e interprete cada síntoma por las mías, pregunto que dónde están los ingleses.

Llenamos la sala común y es probable que ver tantos rostros y perfiles reunidos me haya motivado a preguntar.

Es tarde para morderme la lengua; los menores no levantan los ojos de sus diversas ocupaciones estudiantiles, ni para bromear de mí ni para ponerse sobre aviso. Están pendientes de una singular complicidad y saben que alguno de los mayores presentes me atenderá con la debida paciencia y penetración.

- Aquí, aparte de ustedes dos, habemos malvinenses – deletrea el padre. Recuerdo a uno de nuestros vecinos que hace muchos años tuvo parientes en Londres o Australia, o tal vez en ambas antípodas – Hace una pausa para que sus palabras suenen en la parte suspendida por la oposición de mis orejas.

- Por casualidad ¿se refiere al señor Juan Folklore? – intento adivinar, consiguiendo ensanchar su expresión de afinidad.

- Oh, no... Ese es un personaje de fábula que utilizamos en nuestras charlas de concientización. Suponemos que es un señor como tanta gente que anduvo por aquí y que antes de irse tuvieron la amabilidad de cooperar con nuestras verdades. Contamos muchos amigos invisibles viviendo entre nosotros, en parte porque, como ya lo habrás visto, no somos ni podemos ser muchos y debemos ocuparnos de tanto. Mantenemos esas amistades valiosas para que nos ayuden en las cuestiones substanciales y en nuestras relaciones íntimas. Como también verás, casi todos nuestros asuntos aquí terminan por volverse intimidades -

Sé que reconocemos un límite sutil pero no menos denso.

- Deberías viajar a la ciudad capital para encontrar a esa clase de personas como turistas en el aeropuerto – No intento averiguar a qué ciudad se refiere con el nombre de capital. Suena tan esotérico que concluye la explicación.

Entre mí no abandono este tema, pero creo que no necesitaré nuevas contestaciones. Para nada me interesa trasladarme a la ciudad, que debe ser muy aburrida ya que a nadie desvive ni nadie le dedica ese tipo de reverencias tan usuales en el continente.

Para disimular una elaborada falta de método que es parte emergente de mi personalidad, me cuido de continuar exponiendo mis inquietudes en el aspecto histórico, pero para convencerme de que sigo funcionando con sensatez propia, todavía pregunto si existe alguna diferencia horaria entre nuestras localizaciones, y casi me contestan con este acertijo: que no sería capaz de creer la diferencia temporal que rige entre nosotros, en el supuesto caso de que no les pareciera perjudicial ponerme en claro.

Cosechando este tipo de alusiones paso aquellos días como si habitara a bordo de una plataforma espacial y sin embargo camino cada atardecer cruzando chacras y aldeítas al descampado, unidas por senderos de carro ondulantes hacia redobladas brumas. Sumido en este paisaje, es por lo que tampoco me ocurre distinguir que tiene tanto peso lo que se dice como lo que no se dice; que pesa tanto lo que se piensa como cuanto no alcanza a ser pensado.

Cuanto decimos y cuanto pensamos nunca alcanza a liberarse, por más que hayamos calculado echarnos a volar. Sería incongruente que sacaran opiniones serias de este relato de mi confusión.

Los alcances de mi urbanismo han sido aplastados.

¿Dónde estoy? O ¿dónde están estas islas, en realidad?

Sólo ella, mi urbanidad, sigue a salvo; pero a mitad de camino, como si me hubiera soltado de su mano.

Cada anoecer me deja la impresión de haber oído una respuesta en el rumor del viento.

No ceso de cometer deslices o lo que yo así describo para justificarme en la cronología, gracias a mi naturalizada tendencia a mantener cierta postura intelectual por delante de otras, tanto cuando deba basarme en el juicio como en su impronta opuesta. No puedo limitarme a aceptar las cosas tal cual son, precisamente porque esta es una definición que me aplasta.

Como es mecánico antes que lógico esperararlo, a una de estas torpezas tocará en suerte cerrar la serie local en lugar de presentarse para absolverme.

Es el día en que, algo ansioso por las indecisiones acumuladas durante otros varios, solicito a una de mis mejores amigas me deje su dirección postal para intercambiar correspondencia y seguir al tanto de su vida en la comunidad.

Me mira.

Estamos solos por unos minutos y eso la decide.

Me mira como si sus pupilas fueran las puntas de lanza del ejército en que transforman a cuanto nos rodea, para mí y principalmente porque estamos solos.

Me mira. Sí; como adivinarán antes que lo cuente, me sonrío. Me sonrío plena de cordialidad para explicarme que le es imposible satisfacerme.

No necesita recitar que en la práctica le resulta imposible, ni agregar que muy en realidad es algo imposible, ni tiene que jurarme que se trata de un auténtico imposible del principio al fin lo que le estoy pidiendo. Creo oírle decir que he llegado a este lugar mediante una serie de circunstancias que no se repetirán, con la intención única de que la experiencia persista en mi memoria.

Me sonrío. Interpone ¿color? ¿un espejo? ¿la voz del mar?

- Cuando nos separemos ningún servicio postal existirá entre nosotros. Cualquier medio normal de comunicación resultará inviable. ¿Conocés algún medio anormal de comunicación? -

Sabe que mi respuesta es no.

Quedo petrificandomé.

El vacío nos separa.

Ah... ah... ah... sueño, a piedra que se enfría.

Enfriado más que por la negativa en sí, por algo glacial que insinúa un duro invierno por venir; que insinúa algo perverso por venir; que insinúa algo escabroso.

Quedo contemplandomé contemplar en sus ojos celestes el repentino vacío que ocupa mis cielos.

Durante aquel lapso los veo mantenerse hermosos, volverse hermosos, y a pesar de cuanto estoy empezando a palpar cristalizándose alrededor y a través de mis pobres sentidos, hermoso todavía; aún hermosos, sin mácula. Hasta que yo también sonrío; les sonrío, anchamente, sabiéndome el idiota peor consolado en su idiotez.

La sensatez es un valor accesible, no un límite barato.

10

La fecha del regreso se aproxima, inexorable, y además de ser el momento mejor capacitado para empañar esta experiencia, es señal simultánea de que persiste en aquellos lugares insignificantes que lo necesitan, ese efecto fatal llamado tiempo, que aquí identifican con el normal sucederse de estaciones y trabajos.

No percibo que las incongruencias se suavicen a bordo de mí; más bien resultan concentradas por un dúo de bamboleos melancólicos, oceánicos.

Cuando todavía ubicado en mi almohada con aroma frutal como en una butaca de antesala, logro desvelarme por un minuto pensando en semejante anomalía, de envidiar a mi fantasmal primo, como ya he descubierto hago, alcanzo a comenzar a detestarlo con bastante franqueza.

Me pregunto si, por razones propias, las islas ya son utópicas, o si las utopías son vistas, alcanzadas a ver siempre como islas, como islas en el mar.

Con gusto entregaría cuanto ha sido mi mundo conocido y por conocer, por saber el modo del regreso y el ingreso definitivo a éste.

*

Después de desandar camino toda una tarde, tragando sin saborear y sin necesitarlo las menguantes bebidas y dulces de la provisión original, recibida y agarrada como a un salvavidas ridiculizante, entre palmoteos, besos y otras sonoridades que acallaron mi gemido interior, sin poder hacer aunque no más fuera pura geografía, hacer lo mismo con el creciente peso de las brumas flotantes que empañan y borronean el paisaje querido a nuestras espaldas, llegamos a casa de los tíos, más asoleados y agotados, revelando (al menos así lo ladran mis arterias parietales) ser adolescentes dueños de un ánimo cruel y una fortaleza digna del mejor verdugo.

Alcanzamos a repetirles que nos ha ido perfectamente.

Alcanzo a decirme que soy un traidor y un cobarde sin remedio.

Alcanzo a evitar la mirada que me lanza mi primo. Alcanzo a envolver un rictus vencido en el fondo de la toalla con que me seco la cara, cuando ya ubicamos la parda frialdad de nuestros lechos y caemos en ellos como antiguas piedras o como modernas píldoras rojas contra las amarguras del destino.

*

Tal vez la tristeza tienda a poseer un país para ella sola; tal vez pueda su índole, pero en mis terrenos no será así.

Tendrá que acompañarse de este sueño, lo quiera o no lo quiera.

(1993)

El Pintor

a 'Pepi' Patti

Estaba el pintor sobre su escalera abierta pintando letras negras sobre la pared color crema. Un niño se detuvo bajo la perpendicular de su codo hábil y le preguntó qué iban a abrir.

- Abrirán una librería – contestó el pintor, creyendosé gracioso.

- ¡Ah!... – dijo el niño. Se metió un caramelo en la boca abierta, pensó despacio, pasó despacio con el caramelo escondido en su boca por entre las patas abiertas de la escalera y siguió caminando, mirandoló por sobre el hombro.

- De nada – le dijo el pintor con un resto de gracia, ironizando, porque la ironía le endulzaba al menos el interior de la boca seca, pero lo hizo después que unos seis segundos pasaron por detrás del niño. El niño no lo oyó, según parece.

Desde la dirección opuesta vino una niña y se detuvo detrás de la escalera, donde el pintor no podía verla sin que tuviera que abandonar su posición de trabajo, que no abandonaría. Pero podía oírlo, y la oyó preguntarle qué clase de negocio iban a abrir allí.

- Una librería – explicó el pintor, sin girar la cabeza. La niña lo pensó, lo evaluó y la halló lógico; luego efectuó un medio giro y reanudó su camino en pos de una ligera variante direccional.

- De nada – dijo el pintor al sentir que los pasos se alejaban demasiado, demasiado reemplazados por una mimética y sucesiva ausencia de pasos. La niña volteó el rostro y lo miró con seriedad, aunque el pintor no la veía hacerlo. ¿Lo habría oído? Pensó. Él creyó notarlo. ¿Se lo habría notado ella?

Al rato pasó otro niño. Parecía decidido a pasar de largo, pero regresó, caminando hacia atrás, poniendo cada talón en el mismo sitio de donde lo levantara, y en medio de esta reconstrucción se detuvo bajo el zapato derecho del pintor, el zapato que tenía un chicle rosado pegado a la suela.

- ¿Qué van a abrir acá? – preguntó el niño, que se calló lo del chicle.

- Si me vas a dar las gracias como corresponde, te contestaré – le dijo, sin mirarlo, el pintor, que en ese momento pintaba la R de rutina luego de una consonante y antes de una previsible vocal.

El niño lo miró, pensó que el hombre estaba un poco chiflado, lo pensó mejor y se alejó de las cercanías de aquella escalera boquiabierta. Sin necesidad de mirarlo, el pintor se dio cuenta de que, a unos metros de distancia el niño se detenía y lo semblanteaba.

Más tarde pasaron dos niñas. Una, que tal vez fuera la más alta o la más baja, la mayor o la menor, tal vez, o la menos tímida o la más desenvuelta, vaya a saberse desde acá, le preguntó si era cierto que allí iban a abrir una librería.

- Sí – dijo el pintor, que albergaba una natural simpatía hacia las niñas bien educadas y bien peinadas. La voz se había corrido. No se había corrido de su sitio la voz del pintor sino la de que allí inaugurarían una librería. Las niñas se fueron, jugando a dar trancos volanderos, juego que sólo constaba a ellas. El pintor se preguntó cómo había deducido que estaban bien peinadas.

Cuando el pintor estaba trabajando sobre la letra A, de Amauta, una voz de niño a cuyo niño no había oído llegar y que, por tanto, sonaba como si no hubiera cierto niño presente obligado a ella, le preguntó que qué clase de negocio iban a abrir ahora en ese lugar feo de la cuadra.

- Si me vas a dar las gracias, te contestaré – le contestó el pintor.

- Bueno – dijo la voz del niño invisible, que no se asombraba por tan poca cosa.

- Una librería – dijo el pintor. El silencio inferior le indicó que el niño se había quedado observándolo terminar con la letra que completaba otra palabra y comenzar a pintar en horizontal un guion intermedio antes de la siguiente.

De acuerdo al significado de cierto número consiguiente de pasos, el niño se fue sin darle, por medio de su voz, las gracias prometidas. El pintor lo oyó detenerse y contemplarlo desde lejos. Pensó que el niño reflexionaba. Después reflexionó que los niños no lo hacen y menos hoy en día, en que, como siempre, la suficiencia está bien difundida entre quienes menos la necesitan. Una verdad que el silencio convertía en secreto. Él, un simple pintor de letras, sí que reflexionaba, acosado psíquicamente por la forzada tranquilidad de su oficio.

Media hora más tarde que más tarde, llegó el librero que lo contratara para pintarle todas las letras necesarias en la fachada; llegó el librero caminando detrás de su saco desabotonado, caminando un paso sí y otro también, por la vereda que daba entrada a su negocio, seguido de un montón de niñas y niños parlanchines. El hombre entró a su negocio sin fijarse en el otro hombre y éste le oyó buscar en el completo desorden del interior. Salió con una bolsa de caramelos baratos y repartió ante los brazos levantados, que levantaban muchos colores y tamaños. Los niños gritaron, pelaron a quien más rápido los caramelos y se fueron juntos, también las niñas, que hicieron más o menos lo mismo, algo más lentas y algo menos estentóreas. Se fueron juntos, sin agradecer al librero su obsequio, hablando a gritos, como si pasearan en medio del campo o de una linda estación para ferrocarriles abandonados.

- Y ¿cómo va quedando eso? – pregunto el librero al pintor, que en ese momento pintaba la R de rumor o de rumores. Al librero no le había importado que los chicos no le dieran las gracias.

- Eso le corresponde decirlo a usted, que es quien paga – le dijo al librero el pintor.

- Para mí está quedando bárbaro – dijo el librero, estirando un poco la primera a de bárbaro, que no se hacía problemas por cuestiones que no pasaran por vender su mercadería, y se metió dos caramelos en la boca, ya que nadie lo veía. Enseguida se metió él mismo a su negocio y comenzó a ordenar la mercadería en los amarillos estantes pintados el día anterior por un pintor de obra. El pintor de letras se pasó de largo dos milímetros (uno por cada caramelo) en un bastón horizontal de la letra E, E de envidia, pero sabía cómo disimularlo con facilidad. Sabía con qué facilidad se disimula.

Cuando terminó con la letra A de la palabra juguetería, el pintor bajó al nivel de la vereda y lavó su pincel en un poco de aguarrás, dando suaves fricciones a los pelos entre índice y pulgar.

- Hay que cuidar de la clientela – dijo el librero con alguna intención, los brazos apoyados en la cintura. Los papelitos de envolver caramelos dejados caer por los niños, bailoteaban libres al fin, sobre la basura que el comerciante acababa de tirar frente a su puerta y que allí se había quedado, resueltamente quieta.

- Si es que se dejan cuidar... - dijo, en cuclillas, el pintor.

Los papelitos coloridos con que los fabricantes envuelven cada uno de los caramelos de su interminable producción caramelera, parecían hojas de un otoño anticipado. Como mucha otra gente, el pintor creía que los otoños poseen esa manía de anticiparse a meter uno de sus días en cuanto otra estación del año se descuida, pero faltaba muchísimo todavía, para preocuparse por el venidero otoño.

Entonces el pintor recordó otros otoños a los que disolvía en un gran botellón con aguarrás imaginario. Podrían haber sido amarillos unos, otros negros, o de tantos colores como para ayudarlo a envolver sus propios caramelos incansables a medida que se le cayeran de sus codos entumecidos. Pero tenía que cerrar la escalera, bajarla al piso y hacer como que se iba con ella, hasta que el librero le preguntara que cuánto le debía por aquel servicio.

Cuando el librero le pagó, el pintor sonrió y le dio las gracias. Para ser sinceros, se dieron mutuamente las gracias sin que quedara en claro a quién correspondía darlas, y cada cual marchó hacia una dirección opuesta a la del otro, una de las tantas maniobras que han llegado, si es que así se lo puede decir, a carecer de significación importante para nosotros. Llegaba el mediodía.

Algunos niños pasaron sin detenerse.

Mejor dicho, pensaban pasar sin detenerse, pero ya que al parecer nadie los veía, se detenían el tiempo necesario para aplicar una patada de refilón en la pila de basuras que el librero dejó frente a su puerta.

En el silencio de la calle oírían resonar el grito de gol.

Algunas niñas también pasaban y pateaban la pila, pero sin oír el grito. Es decir, establecían una ignorada diferencia; una más.

(1994)

De regreso al Zoológico

In memoriam María Cristina Sarena

*devuelve tu pequeño infinito
- y agradece -
a la víbora.*

Leopoldo Castilla

- Porque uno tiende a creer con naturalidad que alguien mayor es proporcionalmente más sabio y más capaz que alguien más chico, es que ante algunos tamaños tendemos a sentirnos presa y a desconfiar de nosotros, tendemos a sentirnos criaturas, ¿entendés?, y a preguntar por el pasado. Tendemos a caer y a estirar la mano hacia el silencio paternal – me dijo - Si lo sabré yo, que he sido esa clase de serpiente desde chica -

- El sentido de nuestra existencia es un modo tentativo de poner las cosas en su lugar; levantar en torno un edificio bastante equilibrado e iluminado ante el cual morir como espectadores contentos y no aplastados - murmuré, con inadecuada rotundidad.

- Pero es común pensar que existe un sentido precisamente donde las apariencias indican que no lo hay - me dijo la sierpe. Esa mañana se había levantado conversadora – Es una bonita herencia de la antigua capacidad de la gente para crear y recrear sus mundos, pero para hacerlo por medio de cuanto significaban las partes de una ansiedad vital, y no de su ansiedad morbosa, como hacen hoy -

O sea que el Creador ha sabido ir asegurándose el puesto, reflexioné.

Ni por las tapas pensaba que a estas cosas las declaraba por mí.

Lo que a mí me preocupa ahora es escribir un cuento sobre un sueño que tuve la otra noche y dedicarselo al recuerdo de una amiga.

Resulta que yo yevaba una serpiente-boa a una exposición de extraordinarias características, armada en el Zoológico, en el Zoológico porteño, naturalmente. Pretendían los mandamases que la exposición fuera como un flamante Edén, estacionado, ubicado al revés, es decir, en su opuesta cronicidad existencial. Hoy, habituados como nos tienen a que un dos por tres pongan las cosas patas para arriba, cada uno debía entregar su serpiente personal, de pronto devolverlas convertidas en prenda de redención burocrática. Las gentes íbamos a dejarlas ayí como a bolsitas con droga, con ganzúas, pistolas cuarentaicinco, ángeles guardianes o boteyas conteniendo el zumo venenoso destilado por nuestras almas en pena, para que, estimo, continuaran perviviendo sanamente dentro de cada bicho, y aleccionando (tengo que consultar a un cura por si está bien expresado) *vides videndis* * a los visitantes, que para algo útil pagaban su entrada.

Fuimos por una caye de tierra poco utilizada, todo el santo camino desde la mañana temprana hasta el mediodía pasadito, dele y dele conversar. Hasta que eya olió pizza como desde siete kilómetros antes de yegar a verlo, cuando todavía pasábamos entre quintas inactivas y montecitos neblinosos. Y me mordió.

No se rían porque me mordió en serio, con bronca eya a la que yo debía proteger, principalmente de que los cuscos caseros me la mordieran. Todavía la veo cerrar sus ojos al apretarme la carne, ensañada; siento las filas de dientecitos en la curva entre el dedo índice y el pulgar me mordió

porque yo no me apuraba lo suficiente mientras eya se volvía loca por yegar al puesto donde había olido que estaban preparando pizzas a montones.

Como para creerle semejante cosa desde mi idoneidá en plenitú. Yo soy un profesor maduro, pero todavía joven, ¿entienden?

No le demostré dolor en tanto me mordía ni después miedo a enfermarme de su mordedura, y por suerte nada pasó más tarde. Bueno, reconozco que es un decir; la verdá es que yevo el alma envenenada desde entonces.

Pero seguí yevandolá.

Eya iba metida en una bolsa de la cintura para abajo, lo que es un decir. En casa a todos nos pareció la forma más práctica de traslado. Yo mantenía la manija de la bolsa en una mano y eya se las arreglaba con mucha voluntá para caminar embolsada, a mi lado, bastando con que yo la esperara un segundo de vez en cuando, cuando se le desacomodaban los aniyos.

Esgrimía sin pudor su cueyo tan largo y removía en todas direcciones la cabecita triangular, como si se lo manipularan desde arriba. Tanto me hablaba por la derecha como por la izquierda, desde atrás o abajo, de cerca o de lejos, o se me apostaba enfrente, un cacho por encima de mis ojos, para hacerme sentir boquiabierto cuando conviniera a la dramatización de sus afirmaciones, que se mandó unas cuantas, mirandomé a los ojos, como si fuera capaz de avanzar para atrás sólo preocupada por lo que decía, y yo sostuviera en la mano una manija inútil.

La serpiente, o sea, mi serpiente, me había preguntado no bien salimos de casa, qué pensaba yo acerca del hecho de perder el tiempo.

Linda pregunta para que vos me la hagás, pensé para mis adentros, esos mismos que tengo yenos de ocurrencias como ésta. Es que eya me daba la impresión de que iba a su misión como una chiquilina podría ir a la peluquería con su mamá a preparar su cabeyera para el baile mensual.

Repensandoló, nunca me ha preocupado un asunto como el que me tiró. Siempre me habían preocupado las cosas que sucedían, que caían, que sonaban, que podían palpase y medirse, no las que se quedaban al margen, en veremos. Antes me atraía lo que asomaba, lo que amagaba sorprendernos, ganarnos de mano, más que la cobarde metafísica de los elementos constitutivos, por más científica que fuera. Por ejemplo, un buen día, cuando se les dio por empezar no sé qué cometido imprescindible con las instalaciones del Zoológico, a cada uno nos entregaron animalitos a cargo, y a mí me tocó esta víbora, modosita y tranquila. Así, desde chicuela vivió en el fondo de casa, sin molestar a nadie. En invierno lo pasaba enroyada en su cueva y en verano era como de la familia.

Hoy parecía despabilada, más atinada que de costumbre. Además de oler, veía todo mejor que yo, que tenía que ir mirando dónde pisábamos. Había momentos en que no sabía dónde ponía el zapato ni para dónde apuntaba, bastante mareado por sus miradas y su conversación.

Una serpiente que es también una boa constrictora y loca por la pizza, imaginenseló ustedes. Y por la pizza, porque en el Zoológico (empecé escribiendolo con mayúscula como si desde siempre fuera un lugar especial y así voy a tener que seguir haciendolo, ahora que lo es) la habían criado a pura pizza los cómodos de los empleados ¿entienden? Cuando chiquita le daban a comer lo mismo que eyos comían, de puro irresponsables. No me explico cómo no le habían intoxicado el hígado. La habían convertido en una serpiente porteña, bien porteña desde jovencita, acostumbrada a lo peor y a compartirlo, que es lo peor de lo peor. Faltaba que me exigiese le comprara un par de zapatos de tacón alto para entrar al jaulón hecha una reina. Pero esto es una hipérbole; eya nunca usaba calzado.

Y yegamos nomás, al puesto cayejero donde, bajo una lona tendida con cuatro palitos, cocinaban pizza para todo el mundo, como ella había olfateado. Y se metía las porciones enteras a la boca y se le dibujaban los triángulos de las porciones de pizza a medida que se las tragaba sin masticar, como si hubiera traído un hambre de la San Puta. Pero no sé cómo podía saborearla comiendo pizza de ese modo. Tampoco recuerdo quién pagó ni cuánto, pero debe haber sido otro, porque si no yo me acordaría de semejante gasto. Tal vez fue un obsequio de la casa.

Y después yegamos a la vieja entrada del Zoológico, a la que eya me yevó derechito, donde nos enteraron de que en la actualidá era la entrada vieja, que ya no se utilizaba, y por eso estaba cerrada con candado la puertita, como parte de la restauración. Y ahí dejé de soñar.

Cuando el custodio nos dejó entrar porque le dije, desenvoltura mediante, que yo también era custodio, y le hice ver mi uniforme marrón con vivos negros y mi fusil ametrayador igual al que él traía, traía y yevaba a todos lados entre manos como hacía yo con la serpiente embolsada, le dije que eya vivía ayí, mientras se quedaba quietecita y se dejaba controlar, el custodio nos dejó ingresar por donde no se debía tal si fuésemos personal del Servicio, pero la expresión de su cara no varió, como si la yevase cosida, y siguió mostrando los ojos inyectados de sangre y el sueño se diluyó suavemente, como si a alguien de arriba le hubiese dado por terminarlo.

Pasamos una tranquerita de fierro y alambre tejido, las esquinas redondeadas, por un pasadizo de alambre tejido alto hasta los sobacos, tipo manga para vacunos, donde había que transitar de a uno en fila sobre un tablón con trastes como cueyo de guitarra, y abajo se veía el Zoológico extendido, bastantes árboles de hojas polvorientas a esa hora y filas de parabrisas lustrados brijando como ascuas, estacionados a la entrada correcta, sobre la Avenida 'cubierta de árboles hasta la lejanía'. Y había fuentes redondas para agua estimulante reflejando las quiyas y barbiyas del sol y en todas partes se veían jaulas repletas, lavadas y embanderadas para la inauguración y grupos de puestos de venta ambulante recién pintados donde, a la distancia, figuritas de blanco expendían porciones de pizza, panchos y vasos de gaseosa a bandadas de peones y arquitectos.

No bien entramos y estuvimos al comienzo del piso de tierra de la explanada, fue como si yo perdiera el rumbo de las acciones; no se me ocurrieron nuevas mentiras, excusas ni nada más. Eya se quitó la bolsa por los pies, mirandomé a los ojos, distanciada unos metros, como pudiera una mujer quitarse la bombacha a los pies de mi cama. Para hacerlo mejor se había apoyado en un hombro del guardián. El tipo seguía mirando hacia afuera del recinto. Elegía el camino por donde yo me iría enseguida. Pero por primera vez yo le estaba viendo unas piernas tan hermosas a mi serpiente-boa y me preguntaba, hasta entonces en qué había estado pensando.

Por el camino la serpiente me había preguntado qué pensaba yo acerca del hecho de perder el tiempo, ¿se acuerdan?

. Yo no considero que el tiempo se pierda, que se yegue al extremo de perderlo. Se gana, de un modo u otro. Conservamos la seguridad de que hayarle sentido a algo lo pone en funcionamiento de inmediato, como se pone en movimiento una figura de piedra por medio de un milagro. Suena lógico que nuestra mente se satisfaga encontrando ejemplos, explicaciones, razones, concediendo suma importancia al comentario de lo sucesivo – me había escuchado comentarle mientras veníamos, a su inescrutabilidad de persona joven.

- En eso no nos parecemos. A mi índole resulta preferible elegir a comprender. Comprendiendo se pierde mucho de lo que abunda, pero eligiendo se gana bastante de lo esencial -

- ¿Sos una serpiente desconsolada? – pregunté, de puro petulante, sin pensar que era eya la serpiente de mi destentación y que yo iba con eya a destentarme de una vez para siempre, por las buenas o las malas -

- En cierto modo, sí - me dijo, dándome su sinceridad la impresión de que mentía mal a propósito.

- Y yo ¿seré a partir de ahora, un loco manso? – le pregunté, medio en broma, porque no sabía bien a qué simulaba referirme.

Eya, mirando a lo lejos por sobre las alamedas y los techos oxidados, me hizo ver que una respuesta u otra carecían de importancia. Estábamos tratando un asunto que ya no requería compostura sino terminar por quebrantarse contra el piso, igual a un jarrón que viene cayendo.

- Todas las explicaciones, como las demás cosas, están al alcance de nuestra voluntad. Lo que resta hacer es dedicarselá con empeño. Se trata de dedicación. Fijate que nosotros – y yo iba maniobrando la bolsa mientras esto decía, mirando la punta del camino meterse entre el verdor mojado, sin verme, (porque debía haberme visto) - cuando pedimos o rogamos a la altura, a lo supremo, es porque confiamos en su dedicación total, más que en su omnipotencia, que se nos escapa de las entendederas. Es porque confiamos en que el ser supremo dedica a nosotros su eternidad. Si no fuera así ¿cómo podría escucharnos? ¿Cómo podríamos creer que nos escucha? -

Y la caye era larga y dejaba hablar y pensar y volver a abrir la boca.

Vino el guardián del fusil y tomó a mi serpiente por el taye, casi por el naciente de sus caderas, por donde tan lindo se les percibe ondular cuando uno les apoya de la mano el canto y del meñique el primer sensor, un gesto de propiedad que me impidió respirar a continuación.

A continuación, apareció otro guardián, como muy cómplice del primero, con una mirada furibunda hirviendo a dos metros por delante de su nariz:

- La persona que está en verdaderos aprietes es aqueya que ya no puede hacer daño a otras, aqueya cuyo ofidio ha doblado la cabeza hacia el desconsuelo – vociferó, empujandomé con su aliento hacia el corralito de escape.

El sol picaba fuerte.

Dejé de soñar y por eso no la vi irse.

Salí con el rabo entre las piernas y un vacío enfriandosemé en la mano derecha, en la que durante horas había tenido la manija, sin saberlo. Hubiera querido alzar la bolsa que eya se quitó y llevarmelá de recuerdo, pero el guardián, adivinando mi intención aviesa, levantó el boyo de arpiyera con la punta de su zapato oscuro-legal y lo portó unos metros a tirarlo como si la bolsa tuviera rastros de sangre menstrual, al primer tacho para desperdicios visible, el que iniciaba o finalizaba una serie previsoras, bien dispuestas a lo largo de los senderos.

Yo había ido a destentarme. ¡Qué ganas de tirarme de cabeza en ese tacho!

Por el camino:

- ¿Vos me querés? – me había preguntado eya.

- ¿Y qué es querer? – le había contestado yo, siguiéndole la corriente como un idiota que se hace el vivo.

- Querer ¿no es pretender algo más? – me había planteado - ¿No es esperar precisamente lo que nos hace falta desear? ¿No es, acaso, indeterminar nuestro faltante e imaginar que sucede, que se concreta bajo ese rito? Querer siempre angustia. Querer no se trata de conservar o apreciar lo poseído. Quiero saber si yo te angustio, si en este momento todavía te angustiás conmigo –

- No, qué va – yo mismo me ponía sobre aviso – El hecho de no encontrarle sentido a algo ha sido y es una de las fronteras permanentes de las que dibujan nuestro mundo, achicandoló o ampliandoló, descubriendoló u oscureciendoló, a las que nos hemos habituado. Es decir, donde terminan su efecto los sentidos apreciados y apreciables, se ubica la penumbra, merodea un límite extraviado, la sustancia es reemplazada por algo indistinto o extravagante, artístico. Las pisadas de la gente van o vienen por eyas, por lo general cargando al hombro dioses o al menos, entusiasmos básicos, por no decir bárbaros. A la mayoría de las personas las cosas sin sentido, así dispuestas, nos tranquilizan como si hubieran sido descargadas, como se descargan las armas, pero no faltan quienes afirman o tratan de mostrarnos que constituyen el verdadero arsenal, el peligroso -

- Pero cada vez que ustedes creen en algo, vuelven a ser inocentes ¿no? – me preguntó - ¿No funciona así? ¿Qué ocurre cuando creen haber perdido la ingenuidad o cuando creen en algo más porque necesitan creer de cualquier modo? -

- Cuantas más cosas carecen de sentido más se empequeñece nuestro mundo alrededor. Es lo propio de cada situación o de cada estado de conciencia. Es ahí, en ese rededor donde van a parar, como a un andurrial, junto con los antiguos todos, todos los sinsentidos nuevos, digamos los necesarios sinsentidos. Desde ahí vuelven, cuando lo adquieren, cuando lo recobran, encabezando hordas invasoras. Se trata de una lucha comarcana. Nosotros, los humanos, comarcanos o tribales, vendríamos a ser, inequívocamente, un infinito territorio a disposición del sentido, sin otros obstáculos serios que le impidan corretearnos apenas surge la oportunidad, como en los viejos tiempos –

- ¿Es esa la raíz del miedo profundo que nunca los abandona y no terminan de entender? – me preguntó eya - ¿El sentirse tan indefensos cuando les faltan los alambros convencionales o la presencia de pirámides consecutivas? O sea, el terror final del ser humano ¿no sería otra cosa que un fruto de su capacidad para encontrarle sentido a todo? Hablando mal y pronto ¿a toda y cualquier cosa? Habitarían un mundo – dijo eya – donde todo, y me refiero a un absoluto más que religioso, relativizante, ¿todo, tarde o temprano encontrará sentido, y por tanto justificación, razón de suceder? ¿Sería éste el grado máximo del disparate humano? ¿El máximo desafío a la sensatez, consagrada en consecuencia la principal virtud divina, ajena? ¿Sentir que van, sin remedio, hacia eya, la demencia progresiva, a través del famoso entendimiento, del afamado conocimiento y la dulce ilusión? –

Los ojos verdes de la serpiente, fundiéndose en las galas mañaneras con las escamosidades verdosas, me miraban o reflejaban con intensidad glacial; ¿pretendían sus orlas multifacéticas que yo le contestara?

- ¿Se sienten ustedes siquiera capaces de mantener clasificadas, jerarquizadas y separadas unas locuras de otras? ¿Alcanzar algún orden discreto, estético? ¿Algún desorden contagioso? –

Pensé para mí tantas cosas sin goyete (por ejemplo: ¿cómo, acaso no lo habíamos logrado hacía mucho tiempo?) en tanto miraba para un costado, que me tranquilicé.

- ¿Han pensado alguna vez en lo que significa el hecho de perder el tiempo? – había vuelto a preguntarme.

Aquí donde está la ansiedad está el presente, me dije. Percibía cierta gravedad. Uno siente mejor cuando cruza ciertas líneas. Sentía el peso que me yevaba a darme cuenta de que son los deseos los que mejor nos relacionan con nuestros sentidos, incluidos los deseos de no sentir, esa destructora consecuencia del sentimentalismo. Pero luego es la frescura del presente la varita mágica del sentido aglutinante, culminante, ¡creador!... El presente ocupa la cabeza y con la punta de su flagelo produce, con facilidad, sentidos chispeantes, que se evaporan. Podemos descubrir y saborear los sentidos que se acuñaron en el pasado; podemos imaginar el futuro poblado por grandes sentidos poderosos, deslumbradores, pero aquí es, en el presente fino, hondo, lacerante, donde el acto de encontrar su sentido a lo que en apariencia no lo tiene o lo ha perdido, se convierte en sed.

- ¿Te fijaste que durante todo el camino no hemos ironizado? – comenté, para mantener mi ánimo y aplacar mis ganas de tomarme una cerveza.

- Es cierto – me dijo – Ahora, si la ironía no surge en parte alguna, será porque está siendo total a nuestro alrededor. Hemos venido funcionando como un fosforito en la oscuridad, o un cuenco a la luz del día. ¿Cómo equilibrarías o compensarías si no, estos minutos de saludable parvulismo? -

- Pero es evidente que cuando dedicamos ironías a ciertos tópicos, estamos poniendo a salvo el resto. ¿Qué significa apostar a la presencia de los niños primero que a la de los adultos, en el ministerio de la humanidad? - pregunta que es uno de mis cabayitos de bataya.

- No sé. Para mí es preferible elegir a comprender – sonrió la serpiente, quince centímetros por debajo de mi mandíbula, haciendosemé la nena.

A menudo las razones que se oponen a nuestros deseos pasan a ser consideradas razones absurdas, lo que constituye a la propia razonabilidad en el verdadero sinsentido de la situación. El sinsentido de más súbita creación y el de comprensión más inhumana. Como que no pide comprensión.

Ay, más de una vez nos he visto como a un palito flotando en la marea y tomado como referencia. Es la precisa ingenuidad de nuestra ignorancia gigantesca la que nos hace sentir al alcance de la mano toda y cada explicación contenida, todo y cada sentido necesario.

Por ejemplo, la tentación es una concesión divina. Es que la divinidad sabe de la larga insatisfacción de la que no somos culpables. Para nosotros, para nuestras simples artes humanas, la tentación no existiría. Existe el sentido perdido de la tentación, el sentido que estaría disuelto en eya misma.

Consecuencia o equivalente, mi voluntad había venido flaqueando por su lado, (al menos yo ya lo sentía desde acá, desde mi abandono) cercana, pero vagando en el otro territorio, con su cada vez más nutrido séquito de porqués, que se asentaban en su estela, ¡pájaros insectívoros entre sus patas de vaca ordeñada!

Cuando desperté ya me sentía desconsolado; estaba tendido largo a largo, quieto aún, sobre mi desconsuelo.

Ya venía sintiéndome desconsolado desde los instantes previos al despertar. Era esa la sensación que me había conmocionado. No era responsable la cara dura del custodio. No era temor a que el Servicio Especial descubriera mi impostura.

Pero ¿cómo?, trinaban las frases girando ante mí, pajaritos mecanizados disolviendo la penumbra, ¿finalmente resulta que la tentación concluye siendo el comienzo de una convicción? ¿De una convicción insoportable? ¿Empezar a sentir y luego a creer lo que ese sentimiento significa? Que mi vida nunca ha encontrado su sentido. Así que el premio no es más que otra fase de la culpa que tengo que pagar ahora. ¿Qué tengo que pagar ahora? ¿Es que me están condenando, no sólo a morir, sino a hacerlo renegando de lo que he vivido? ¿A preferir la desaparición física a la vergüenza de estar desnudo ante mí por el resto del tiempo? ¿A sentir, a vencerme, de que yo mismo me condeno?

Esto no puede pasarme a mí, precisamente a mí. ¡Otra más moderna! Tocarme esperar el final con mayor terror al absurdo del balance que a la imposición de sus costos definitivos. ¿De qué se trata, en realidad, todo esto? ¿Es una prueba? ¿Otra maldita, endiablada prueba más? ¿Es que eya misma me ha desechado porque yo no le sirvo?

¿Cómo?

En el momento de renunciar a la tentación de modo definitivo y culminante ¿tentarme eya y su despampanante espalda desnuda con esta idea absurda?

Pero ¿es que he sido tan ciego y tan obtuso? ¿Era tan maravioso lo que había dejado pasar de largo? ¿Estaba empezando a desear con desesperación lo que ya había tenido?

¿Es que me estaba volviendo loco? ¿Ser un tonto morbosamente yo, que aspiraba a las alturas? ¿Era ésta la forma seleccionada para mi locura senil?

Quedarme con el deseo más acá del sentido o quedarme con el sentido más allá del deseo. ¿De qué se trataba todo esto, por dios?

¡Tortura! ¡Torturadores! ¡Confabulación!...

Era una situación terrible la que recién descubría.

¿Qué hacer por mí ahora? Esta imposibilidad de reaccionar me aplasta, me aplasta esta roca sostenida por los brazos del presente. Ya no hay sueños. ¡Soñar es fugarse de este lugar donde el sentido de cada existencia resulta imprescindible para no enloquecer! ¡Deseo soñar! Pero, su para qué, su pobrecito para qué ¿qué sentido tiene ahora? ¿Ahora que sé, va a ser puro despertar, puro despertar, puro despertar?

Y desperté, nomás.

Porque las cosas son, pero mucho más pesadas son cuando se ponen de acuerdo con nuestras necesidades. Y yo ¿qué necesidad tenía de este peso encima?

¿Qué se proponían en realidad, estos cosos? ¡Acá había gato encerrado!

¿Y esta serpiente-boa, que de boa-serpiente pasaba a convertirse en morocha hipostática, alta, de ojos verdes, que pasaba a convertirse en un par de piernas diabólicas aún sin los pertinentes tacos altos, había sido mía hasta hoy por la mañana? ¿Y qué había hecho yo, a su lado, en tanto crecía y se metamorfoseaba?

Nada mejor que perder el tiempo. Sí, convertirme en culpable de perderlo. Era ese el sinsentido de buscarle un sentido. Eya me había dejado porque yo no le servía y se había ido con otro carcelero.

¡Acá había gato encerrado!

Oí al segundo guardián trabar el candado con un golpe autoritario y permanecer remoloneando por ahí, el fusil ametrayador contra la pechera impecable, color habano. Habano; no marrón, betún ni chocolate ni nada de eso. Eso significaba que yo ya estaba de este otro lado.

Un habano de implacable coloración.

Seguí desconsolandomé. Eya, la tentación, ya no era mía. Ya nunca iba a ser mía.

Ahí fue cuando el sueño pareció culminar suavemente... Cuando dejó de ser necesario.

* Cuya visión ejemplifica.

(Una primera versión apareció en www.freespeech.org/basilisco/cyberiohome.htm.)

(1995)

Las mujeres de Pocho

a ellos

Resbalando en lo que eran las veredas esa media tarde, huellas negruzcas entre el borde con yuyos inclinados hacia la zanja de desagüe y las bases aumentadas por el pasto crecido entre los alambres tejidos, panceados hacia adentro o hacia fuera pero nunca derechos, llegué a la esquina en construcción donde vivía la cuñada menor del Pocho, la que antes era delgada y no me interesaba lo mismo que ahora.

Siempre recuerdo una vez que pasó de largo con otras vagas por donde estaba trabajando y a los diez metros rieron las cuatro, pero sólo ella se agachó y se tiró la pollera roja sobre la espalda para mostrarme todo lo deseable que tenía debajo y hacerlas reír más fuerte mientras se alejaban.

Era su hábito andar con algún moretón reciente en un hombro o un muslo, su condecoración de los lunes. Yo no era de los que iba a señalarselo y a preguntarle cómo los conseguía porque ella tampoco iba a contestarme o me obsequiaría tan llana la verdad que su explicitación diría poco para mí.

Esta era la cuñada linda del Pocho, esa cuñada inevitable que todos sabemos conseguirnos, y me la había presentado cuando yo era un recién casado y temía mucho los escándalos de celos de mi mujer.

A minutos de estar charlando con ella cayó la hermana de en medio, como se suele decir, la más negra, gorda y fea entre esas cosas que suelen callarse, que desde siempre había sido gorda, fea y de piel más oscura, para su desgracia.

Para empezar por lo más llamativo y que les sirva de referencia, tenía las caderas cuadradas como si la hubieran armado alrededor del gabinete de un televisor y se parecía demasiado al padre y a los tíos y poco a su madre y a sus tías, pobre gorda. Vivía flotando por el barrio la mayor parte del tiempo, yendo y viniendo entre las ruinas del caserón marital y las casillas de sus hermanas porque no tenía casa propia donde hacer y deshacer a gusto y de donde echar a gritos a cuantos le cayesen mal.

Estaba casada desde hacía una eternidad con un negrito vago que todavía vivía con los padres en lo que antiguamente había sido una quinta periférica, y por eso la Zulma, ese era su nombre también más oscuro que otros, casi gordo y 'turco' también, la Zulma se lo pasaba flotando o rodando por el barrio hacia las casitas de sus hermanas, juntadas o tal vez peor casadas que ella pero que en todo caso le parecía preferible porque vivían solas nada más que con su marido o su macho, libres de las parentelas.

La mujer de Pocho, la mayor de las tres, sí que vivía sola desde que lo dejara solo al Pocho. Vivía apenas a dos cuadras de acá y yo pensaba ir a visitarla luego.

A las tres y media ya estaba anocheciendo porque era finales de Mayo y además llovía de a ratos y el cielo más que un cielo de barrio parecía un nido de gatos hecho con pulóveres viejos.

Las veredas, aunque fueran angostas o inexistentes, todavía estaban mejor que las calles.

La casita de Ana María así había quedado y seguido en veremos, como la vida de su ocupante, y apenas era algo donde estar debajo. Estando allí uno tenía en todo momento la presencia inmediata del asilo, la oscuridad del techado sobre la nuca. Había paredes comenzadas en algunos costados, Sin cerco de plantas ni alambres que las protegieran. La entrada principal, ya que también podía entrarse por otros lados donde tampoco había puertas, era una galería de postes que sostenían lo que llegaría a ser una losa cuando la terminaran. Así se llegaba directamente al primer rincón oscuro que era esta cocina adonde había encontrado a la más atractiva de las tres hermanas amasando para hacer tortas fritas, no con una botella verde sino con un palo de amasar auténtico, heredado de quién sabe qué abuela. No hubiera podido dejar de hacerme la ilusión de que enseguida me abrazaría o la abrazaría contra la oscuridad, contra una pata del encofrado y sin dificultades llegaría a su tajo húmedo y dilatado para hacer en él cuanto quisiese.

Ella era de esas mujeres que pueden hablar sin gesticular, sin mirarnos a la cara, sin cuidar su apariencia, sin dejar de hacer las ocupaciones como toda un ama de casa, aunque desde jovencita había sido una callejera y nunca haya sentado cabeza en honor de alguien y sin por eso dejar de seducirnos por completo. Ana María todavía amasaba a la luz gris que entraba a la cocina por el hueco que daba al norte, a la calle chirle, y por otros agujeros peor ubicados a esa hora con respecto a la claridad restante.

Tiraba harina sobre la masa y sobre la mesa desde setenta centímetros de altura con soltura y gracia, igual que una madre. Era glorioso verla. Era dulce comprender que muchos hombres la hubieran agarrado a trompadas por dejarlos por otros o por despreciarlos por otros y al enterarse de su última andanza y en lugar de agarrarse a trompadas entre ellos, porque Ana María no valía la pena y por saber que en realidad eran ellos quienes no valían nada y todo seguiría estando bien.

Por la abertura que daba al crepúsculo pasaban los vecinos, sus carros, sus caballos, sus esfuerzos, sus perros; pasaban despacio, regresando despacio, chapaleando barro y comentando el partido que habría esa noche y los sorteos que auroleaban el fin de semana.

Para cuando apareció Zulma el agua en la pava ya estaba protestando. Zulma nos miraba conversar redondeando sus ojos, hamacando de acá para allá sus tobillos entre los escombros, haciendo girar la base de la bombilla, secandolé la boquilla con un repasador en consideración a mi presencia mientras yo oía a su hermana discurrir por sobre el

hombro igual que la lluvia hacía sobre el cartón embreado. Pronto estuvimos comiendo tortas fritas calientes con mate dulce ensillado.

Debajo del delantal ella tenía puesto un batón oscuro, sin mangas; las ocupaciones le quitaban el frío y los brazos todavía le asomaban jóvenes. ¿Cómo no iba a ser glorioso ser abrazado por aquel par, recibir al oscuro un elogio risueño de la boca de aquella ex callejera del barrio? Me hubiera gustado ser cura para bendecir con algo húmedo los golpes que Ana María había ido recibiendo en toda su carne y tras cada una de sus andanzas durante todos estos años. Su charla de soltera me ayudaba a pensar en una tarde lluviosa de viernes cuando se vuelve tan pesado vivir, mientras miraba los agujeros remendados en el techo, las casi paredes y los boquetes convertidos en entradas y salidas por las esquinas que eran costados, fondos, dobleces, refuerzos, y la gotera de luz encendida entre ella y yo iluminando el cada vez más húmedo piso de tierra afirmada.

Ana me contó algo de los problemas de Pocho, pero también empezó a divagar respecto de sus propios fracasos maritales.

No sonreía, porque ya estaba bastante ocupada para además encontrarle la gracia a sus palabras, pero yo sabía que en cualquier momento era capaz de empezar a divertirse y a pedirme que fuera a la vuelta a traer una botella de algo alegre.

Metiéndose en nuestras frases sin terminar de las que todo el mundo abusa hoy para conversar, Zulma aprovechaba oportunidad tras oportunidad para meter algunas puteadas contra su marido, contra su suegro y hasta contra sus hijos, porque los tres eran varones. La eterna miseria de su vida era lo que la mantenía disgustada y le resultaba imposible separar a aquellos de cuanto había vivido.

Adornada con toda su bronca y su inocencia la gorda era una joya de barro fresco recostada junto al aparador. Igual que yo, pensaba en el momento en que debería irse, pero para volver adonde su familia política preparaba la carneada de un choncho, ese espectáculo hediondo, grasiento, sobre todo hediondo, que nos hace odiar el ajo, la sal y la pimienta, que engrasa y ensucia hasta cuanto ya está sucio por costumbre y aceptado con su suciedad acostumbrada, y lo vuelve peor y se vuelve peor e insoportable hasta que toda la casa y todas las ocupaciones de la casa piden a gritos recuperarse de su condición de chiquero.

El olor de las tortas fritas atrajo a un amigo de Ana que pasaba por si acaso. Era uno de esos como a ella le gustaban, altos y anchos, que para estar cómodo y mostrarle sus brazos se colgó de los armazones de lo que algún día sería el dintel. Algún día cuando también este tipo fuera algo terminado y útil.

Para hablar usaba un vozarrón acatarrado que ahuyentó los olores y ruidos a frituras que disfrutábamos hasta ese momento, que al menos yo estaba disfrutando intensamente; los pocos colores a salvo de la hora y las tripas abiertas del cielo y hasta las características del lugar y su dueña. ¿Cómo podía importarle? ¿Cómo un tipo tan poco significativo podía permitirse el lujo de despachar por delante y lejos los mínimos detalles rescatables entre tanta pobreza? ¿Creía compensarnos con los detalles propios? No parecía molestarle quedarse solo del todo frente a nosotros, separado por su propia frontera frente a las líneas desaparejas, frente a las sombras duplicadas y los brillos anaranjados que repartía la hornalla. Parecía estar acostumbrado a que el mundo lo soportara.

Supuse que Ana entendía su mensaje, su estilo; quise suponer que valoraba tanto descaro y que a mí no me tocaba juzgarlos.

A pesar de las escasas oportunidades que la situación brindaba, me preocupé por hacer evidente la diferencia existente entre ambos. Pero hasta esa tarde no había sido tan gentil y agradecido con la pobre Zulma, por ejemplo.

Siempre he sido o pasado por un infeliz procurando conseguir aceptación adonde fuera y con quienes me metiera, pero esta condición ya no me urgía ante las hermanas. Estaba lejos aún de proceder con ellas como este moscardón macho y sentir algún gusto en ello, elaborar algún mérito. Incluso vino a hablarnos de los temas que a él interesaba comentar porque los suponía, circunstancia mediante, capaces de adjudicarle un decisorio atractivo.

¿Nos importaba que su hermanito se hubiera roto el brazo cayendosé de un eucalipto porque el patrón lo mandó subir a atarle una sogá antes de hacharlo?

Por mi parte apenas consiguió alegrarme íntimamente con aquel infortunio. Yo era un infeliz que al menos se cuidaba de caer en semejantes ridículos. Como cuando Zulma le manguéo un cigarrillo y él reconoció que no le quedaban porque se acordó que entonces hubiera podido convidar a Ana María, y Ana María fue hasta donde estaba su cama y trajo su paquete casi vacío y nos convidó, y él, en lugar de agradecer como lo hice yo, le fumó uno.

A medida que la visibilidad desaparecía algunos manchones rojizos se filtraban hacia abajo y las nubes tomaron un gris de película vieja, como si hubieran encargado a alguien darle otra mano ahora, antes de la última escena.

La vivienda tenía tantos agujeros por donde uno buscase que mientras hablábamos yo no había dejado de espiar la tormenta, sus movimientos pausados de vientre gordísimo y los cambios que cada quince o veinte minutos se volvían perceptibles atrás y adelante, lejos y cerca, como si estuviese presenciando un partido entre dos equipos demasiado parejos.

El tipo, medio mojado por la llovizna, siguió hablando como si Zulma y yo no existiésemos, dejandolá a ella en su condición despreciable y dejando para mí el despreciable papel de atender a la fea. De vez en cuando cambiaba de pierna dando una patada al suelo y no hacia el menor caso cuando Zulma metía alguna pregunta o ganaba de mano en la respuesta. Esta grosería me reventaba más que a ella, acostumbrada desde siempre. El tipo estaba tratando de ahuyentarnos de un modo directo e imponerle a Ana su intención, su decisión.

Dejé de aceptar el mate en cuanto el tipo empezó a tomarlos. Las tortas fritas gloriosas se acabaron con su ayuda y empecé a comerme las uñas y Ana María empezó a preparar la cena sin cambiar de movimientos ni de trastos.

Limpió de harina la mesa con agua y cepillo y ubicó en medio su cortajeadá tabla para la carne. Me aislé un poco de la cháchara intrusa pensando en cuántas ocasiones la misma Ana era puesta sobre alguna cosa firme como si fuese esa útil tabla, igualmente engrasada, manchada y llena de cortaduras. Seguro de que todavía conseguía extraer placer de sí como podía hacerlo de una pata flaca de oveja poniendolá en una asadera con ajo y perejil. Se trataba de lograr una operación semejante.

Ana sabía meterse al horno, hacer de sí una presa, aderezarse con poco y nada como con ajo y perejil; sabía calentar contra su grasa su flacura interior y chorrear y embadurnarle la boca y las manos al invitado. Una cosa tan remota que no la soñaría le tocaría aprender cuando jovencita, cuando su cuerpo también la enloquecía y los olvidos y las omisiones eran cosa de cada día.

Ahora mismo me hubiera gustado dejarseló preguntado para que lo masticara luego, con la carne asada.

Zulma no pudo demorarse más. Sacó sus botas de goma de una bolsa de polietileno con el sello del supermercado próximo, puso adentro sus pobres mocasines y se fue por entre las puntas de las maderas desclavadas llevandosé por delante unas cuantas puteadas a medio terminar. Agarró por el centro de la calle hacia la vieja casa y los viejos galpones de la quinta de sus suegros que la esperaba con su fondo lleno de yuyales, un caballo atado, una vaca preñada, el chiquero hediondo y los palitos doblados con sus gallinas mojadas debajo del espinillo. Llegaría sacudiendo la otra punta de sus reniegos, pero riendosé un poco de cualquiera de nosotros para que la simpatía de los presentes la ayudara a entrar y ubicarse.

Las cosas nunca cambiaban para ella.

Su mundo visible seguiría funcionando igual que el invisible, la gente seguiría repitiendo y callando lo consabido, la vaca se empacaría en lugar de dejarse ordeñar, se rompería una de las ruedas del carro, la chimenea se ahogaba junto ahora cuando llovía, lanzaba hollín alrededor y había que empujar a los hombres a que la limpiasen pasandolé un manojo de alambre púas por la garganta.

Yo no me largaría como ella por lo peor del barro. Podía con mi físico, podía manejarlo. Sabía arreglarmelas para aprovechar los caminitos y pedazos de vereda y los bordes con pasto de las zanjas para deslizarme hasta lo de Marta, la mayor.

No me daría vergüenza ir cuidando mis zapatos y mis pantalones y nadie se burlaría de eso durante mi paseo.

Cuando el tipo se rindió y se fue, o se fue porque le dio frío de tanto estar colgado medio mojado exhibiendosé con poca ropa en medio de una corriente de aire, me imaginé lo que habría de comentar y volver a comentar de mí en el boliche.

Cuando Ana vino del fondo con la pata de oveja que pensaba hacer al horno, me le fui al humo enseguida. Me dio un beso que se quedó con todas mis palabras.

Entró el Pocho y se paró al lado del foco amarillento, es decir, en lo que era por efecto de la luz, el centro de todo. Había esperado que el otro saliera.

Traía la cara hinchada y más morada que otras veces. Directamente lo dijo a ella que necesitaba hablar de un asunto urgente y me preguntó si podía dejarlos solos.

El conjunto de casilla a medio terminar o a medio derrumbar donde vivía la mujer de Pocho, la mayor de las tres hermanas y la que había sido más linda y ambiciosa, estaba parada delante de la última mancha del atardecer. Los palitos de la estructura, los agujeros en las chapas de cartón, las partes inferiores sin coincidir ninguna, recortaban su negro nocturno a este lado, en medio de un baldío junto a otra esquina, apoyados en una filtración morada bajo la grisura.

Lo más arreglado y mejor presentado que había cerca era una pila de astillas de eucalipto que el padre depositaba allí para ir vendiendo al menudeo.

Marta tenía un foco colgando a la entrada y otro prendido en la cocina. En otra época Marta se había vuelto medio sucia y desordenada por pretenciosa, por querer atender varias cosas a la vez. Había malcriado una hija igualita a ella, que ya estaba juntada, y un varoncito cuya filiación paterna no quedara muy clara y era el gran problema que el Pocho no había podido superar.

Marta era la única mujer seria de las tres hermanas y la que se había metido en problemas distintos sólo por concretar sus sueños, sus ambiciones. Porque ha habido tramos en los últimos veinte años en los que hasta la gente como el Pocho y su mujer tuvieron aspiraciones económicas y sociales. Marta era quien lo había empujado más, aunque más no fuera por ella misma y su descendencia.

La pobre Zulma, por carencias particulares, creció siendo una resignada, y a Ana María en tanto, nunca pareció importarle otra cuestión que probar hombres, en el amplio espectro que nos brinda la palabra probar. Uno de los tantos problemas de los que yo me había aliviado en ese tiempo, por ejemplo, era el no dejarme poner a prueba, haber evitado que mi orgullo se enredara en los desafíos de Ana, porque también hubiera tratado de salir airoso de allí, y el asunto no daba para tanto.

Marta me recibió con bastante ceremonia. Primero me hizo sentar, tomamos unos mates y después me pidió que la acompañara a acomodar mejor su pieza.

Fui tras ella llevando alzada la silla de las visitas. Sobre las patas de una escalera medio tumbada contra la pared, tenía ropa puesta a secar alrededor de una estufa. Eran pañales de su nietito. A propósito, estuve contandolé las principales hazañas de mi hija en sus estudios. Enseguida noté que Marta se ponía a revolver en su pasado mientras hacía como que revolvía ropa, a revolver aquellas ambiciones que había acariciado, que algún hombre que no era su marido, con otras posibilidades, se había ofrecido a facilitarle, y el estúpido, el incapaz de Pocho no había sabido aceptar y agradecer. Me cuidé bien de defender al Pocho con alguna frase comprensiva.

Marta tenía bastante de niña todavía a pesar de su capacidad para las ilusiones y las maldades. Uno todavía puede ser peor adulto actuando como un niño porque al deseo de maldad del adulto unirá la torpeza del apasionamiento infantil.

Pobre. De nuevo pensé en Zulma, en su negrura, en su gordura y en su inminente condena a ayudar contra su gusto a carnear y facturar un chanco y en lo que, por el

contrario, sería capaz de hacer aquella gorda despechada con una cuchilla de carnear durante un ataque de desesperación. Si hubiera sido menos mansa, si su destino se hubiese parecido menos al destino de un chancho. La capacidad de maldad en todo caso está firmemente unida a otras capacidades igualmente importantes.

Marta, a esta altura de su edad, estaba serenada en todo sentido, pero una noche lluviosa de viernes permitía encontrarse mejor con sus lados blandos, que todavía la mantenían entre ellos.

- ¿Estuviste con Ana? – me preguntó, para saber de dónde y porqué venía. Yo no quería decirle que precisamente la había dejado con el Pocho, así que no debo haber estado muy convincente al responderle. Ella enseguida se imaginó una explicación para mi visita. Me pregunté otra vez qué cosa habría ido a plantear tan decidido aquel loco.

Podría haberme quedado escuchando al oscuro por ahí cerca si hubiera tenido un poco más de curiosidad.

- Me convidó con tortas fritas – agregué – También la vi a Zulma -

- ¿Y qué se quedó haciendo esa pelotuda? -

- También cayó un tipo, uno grandote... - agregué. Pero Marta no lo tuvo en cuenta.

- La gorda quiere venirse a vivir con alguna de nosotras a toda costa. Dice que no lo aguanta más al viejo, al suegro. Pero capaz que lo hace de puro envidiosa. Siempre lo ha hecho -

Me quedé como pensando en eso, pero en realidad imaginando qué hubiera podido hacer la Zulma con su liberación. Habiendo tenido presente a troche y moche los ejemplos de sus hermanas bonitas, la gorda debía contener tantos antojos guardados o mal exhibidos que la volvieran doblemente gorda y peligrosa.

- La gorda quiere poner un kiosco en esta esquina – se sonrió – Mejor dicho, quiere que el inútil del marido se lo ponga. Quiere sacarle plata al suegro a cambio de todo lo que la han hecho trabajar sin darle nunca nada. En una de esas piensa bien, pero a mí que no venga a joderme –

- Quien sabe... - dije, revisando el respaldo de mi silla, la silla de las visitas. ¿No sería acaso la propia Marta quien estaba empujando a la gorda a que se vengara con tanta efectividad? Ana me lo diría si disponía de una sobremesa con ella.

- ¿No te fijaste si le trajo lecha a Ana? -

- Creo que sí – Era eso de lo que quería darme cuenta, recordandolá amasar, echar algo al centro del montoncito de harina, como hacía mamá.

- No sé si también se la habrá llevado a mi hija, esta gorda pelotuda, que se apura a hacer lo que no tiene que hacer y siempre se calla lo que tendría que decir enseguida -

- Pobre – dije, por decir algo, esta vez en voz alta – Pero anda todo el día de un lado para el otro acarreando cosas -

- Espero que sí – dijo Marta, y el episodio quedó terminado.

Marta separó lo que precisaba y se puso a guardar el resto. Me preguntó cómo andaban mis asuntos, mi trabajo, mi mujer, que había sido maestra de su hija. No podía estar sin averiguarlo. Estaba ocupando mi papel. De las tres era la que se me parecía algo en esto de las ambiciones y la ilusión.

- Bien – dije – Voy tirando. En esta época con eso alcanza – Repetí toda esa sarta de frases hechas armadas de tanto repetir las mismas cosas cuando alguien me paraba a conversar. Le pregunté:

- Y vos ¿cómo estás? -

Dijo que bien, pero se encogió de hombros, como si no le importara.

Se le escapó un buche de risa contenida.

- ¿Cómo carajo querés que esté? ¿Acaso puedo estar mejor? Me preocupo por mi hija, por mi nieto. Ya soy abuela ¿entendés? ¿Qué querés que haga? ¿Acaso alguien anda bien en estos días? ¿Acaso vos andás bien? Si tu matrimonio marchara, si tus negocios marcharan, si tuvieras bastante trabajo, si anduvieras lo que se dice bien no vendrías a vernos, no tendrías tiempo. No te importaríamos, no te acordarías de nosotras -

Tenía que hacer algo enseguida. Me levanté, me acerqué y la abracé fuerte, un abrazo entre amigos. Marta seguía siendo la de siempre, quería seguir adelante y valía la pena estimularla.

- Se me pasó mi cuarto de hora – dijo, apartandose con un mohín – No pude evitar que mi hija pensara con la concha. ¡No pude evitar que mi hija pensara con la concha! El chico anda todo el día con el Pocho y con los tíos. Te imaginás, te imaginás lo que va a salir –

- Alcanza con que salga más o menos como cuando su padre era un muchacho – dije, sin darme cuenta de una cosa.

- Su padre... - murmuró Marta, creo que con amargura. Estuvo pensando, dandome la nuca. Yo también. No entendí lo que murmuró y fue mejor así.

- Perdoname. Estaba acordandome de cuando lo conocí, de cuando el Pocho era un pendejo que empezaba a subirse a los camiones, a viajar de acompañante. Estoy seguro de que soñaba con laburar en serio y ganarse la vida como correspondía. ¿Qué más hace falta para empezar bien cuando uno no es más que un pendejo? -

- Pero hace rato que no es buen ejemplo para nadie y menos para el chico. Yo tampoco soy gran cosa, pero por lo menos soy la madre y a eso debería sentirlo, debería valorarlo. A veces me da miedo de lo que pueda estar planeando para el chico. Por empezar lo ha alejado demasiado de mí y de todo lo que le conviene –

- ¿Querés que le hable? -

La seguí a otro de los rincones, esta vez sin llevar la silla. La ayudé a correr el esqueleto de la cama con su elástico hacia un lado donde el techo no goteara.

- ¿Querés que le hable? Como cosa mía... -

- Vos podrías hablarlo, pero ¿te parece que te va a escuchar? ¿Qué va a cambiar algo? -

- Nada se pierde con probar -

La ayudé a bajar el colchón enrollado.

- Y ¿estuviste con la Ana? – me preguntó cuando nos rozamos mientras la ayudaba a abrir el vientre del colchón y apoyarlo sobre las tripas del elástico.

- Si no te dije que me convidó con tortas fritas y todo – Sabía que no era eso lo que me estaba preguntando – Y estuvo la Zulma con su simpatía de siempre -

- Y esa pelotuda ¿qué se quedó haciendo con ustedes? Espero que les haya repartido la leche, por lo menos... -

- No sabría decirte -

- Y ¿Ana no te invitó a cenar? -

- ¿A cenar? No, pobre Ana, no tenía porqué - ¿Por qué tendría que haberme invitado a cenar?

- ¿Y por qué te viniste para acá con este tiempo? -

- Quería verte – A mi tono sólo le faltaba perfumarlo o que me echara perfume encima antes de responder.

- ¿Y no se apareció el Pocho por ahí cuando vos estabas? – me preguntó Marta mientras abría otra sábana con tantos remiendos como la anterior.

- No mientras yo estuve... ¿Y a qué tendría que haber ido el Pocho, si puedo saber? – quise saberlo, pensando en su cara de borracho, de loco.

- Y a qué te parece que va a ir... - Marta me había puesto a ayudarla a tender su cama, su vieja cama matrimonial hecha de caños avejentados – La única boluda que todavía puede darle pelota es ella... - se enderezó después de apretar una cobija a los pies – Si va a verla todos los días... Por un lado, mejor, así me lo saca de encima de una buena vez -

Ese era el asunto urgente, importante.

- Y vos... ¿cómo lo sabés?- ¿Ese era el asunto urgente e importante del que quería hablarle? Yo nunca se lo hubiera planteado así a Ana.

- Porque Ana me lo cuenta todos los días -

- Estuvimos hablando de Pocho, pero a mí no me lo dijo – dijo, pensando que podría ser una exageración de Marta y pensando adónde iría a parar mi comportamiento, mi discreción, al otro día, durante la mañana nomás.

- Y qué te parece que te va a explicar a vos si sos otro igual a él... -

- ¿Cómo me decís eso? -

- ¿Y qué? ¿Qué querés que te diga? ¿Qué te pregunte cómo anda tu mujer? ¿Por qué no me contás cómo anda, las cosas que te dice? ¿Te animás? ¿O no le das importancia? La verdad que a mí me pisa por la calle y ni me saluda – Me pregunté si alguna vez yo podría ser, sin torpeza alguna y sin visos ridículos, ser tan directo como ella, como ellas, como el otro tipo o como el mismo Pocho - Tu mujer todavía te da pelota ¿no? Todavía te aguanta, todavía de vez en cuando te dice que te quiere ¿no? -

- Ahí anda, ocupada en sus cuestiones, entreteniéndose con sus tonterías de siempre, el rosario, el horóscopo, los ángeles. Para mí son tonterías, qué querés que le haga – Yo nunca lo hubiera planteado como algo urgente o importante.

- Se habrá aburrido de darte pelota, se habrá aburrido de malcriarte... - Marta, en cambio, tan liso como había dejado el cubrecama, planteaba los temas, aunque se nos fuera la vida en ellos.

- ¿Por qué me decís eso? Ella también puede hacer lo que se le dé la gana. Si le planteo mi opinión algún comentario, me sale con que ella hace lo que mejor le parece y que no me meta más. Entonces ¿qué más quiere? ¿Qué voy a hacerle? -

- No se te puede preguntar nada hoy. Decime cómo andás vos, entonces. Contáme algo en serio. No habrás pasado por casualidad por lo de Ana María ¿no? No sos de esa clase vos; vos nunca hacés nada por casualidad... -

Parecía una gata. De verdad que estaba buscando parecerse a una gata. No respondí. Ya no quería buscar modos de responderle. Terminé de ayudarla en silencio.

Metió la escupidera bajo la cama y otra vez se enderezó sin un suspiro como parecía que iba a suceder en cualquier momento, sin que se le escapara un quejido cuando parecía que estaba a punto de suceder.

- ¿Vas a quedarte? – preguntó mirandomé con su ojo más serio, porque sus dos ojos eran serios, siempre estaban serios cualquiera de los dos. Pero que me quedara dependía de mí, no de ella, no de la seriedad de su mirada.

No pude evitar encogerme de hombros. Fue automático:

- Por un rato, no hasta muy tarde -

- Y, a ver, ¿qué querés hacer en tanto, para pasar el rato? – sonreía igual que una gata, inclinada ahora sobre su viejo velador sin pantalla, una imitación horrible y anticuada de una vela con lágrimas de cera a medio escurrirse. Buscaba poner la perilla en su sitio acostumbrado, para después apagar o encenderlo al tanteo.

- Quiero que me chupés bien chupados los huevos – le dije, como si ya estuviésemos en plena intimidad.

- Bueno -

Había una nota de burla, dividida y concentrada sobre la o; un rintintín triunfador bajo la sorna.

- Quiero que me chupés bien chupados los dos huevos, ¿sabés? – le dije, con las manos otra vez en el fondo de los bolsillos de mi campera.

Marta apagó el velador y vi a unos metros a través de los trastos, a través de la lluvia, medio iluminada, lo que podían considerarse los fragmentos inmóviles de su cocina.

- Bueno -

Ahora había otro tono y un tintineo de condescendencia, de benevolencia, alrededor de la o.

- ¿Sabés, mamita? – dijo en la casi oscuridad mi tono de voz verdadero. Mi voz verdadera, apareciendo a este lado de la lluvia, cerca de donde parpadeaba la estufa a kerosén.

- Bueno -

- ¿Sabés, mamita? -

- Sí – un sí alargado.

- Claro que sí – un sí breve.

(1995)

Partidos

Supongo que había salido a disfrutar un poco de las veredas iluminadas. De esa tibieza de panadería con que se cargan el pavimento y las paredes al acercarse el verano. Supongo que había salido a disfrutar en calma de las perspectivas fáciles de armar con fachadas y puertas, cordones, cables y postes de los servicios públicos, los troncos de los árboles y sus sombras respectivas. A disfrutar, tal vez, al comprobar el perceptible efecto de la nueva estación en las ramas, quietas y descolgadas, y en los bordes y ángulos donde vuelve a darse un gradual desplazamiento de reflejos y atenuaciones, tan similares a otros dones que vemos ir modificandose hacia la ostentación o la ambigüedad.

Me preguntaba si...

Me encontré con que en el bulevar aparecían instalados varios... ¿cómo decirlo para que se entienda mejor la primera impresión que recibí? Varios ¿corrales, jaulas? de cemento y alambre tejido, como si durante la noche última alguna empresa constructora se hubiera tomado el trabajo de serruchar, arrancar y acarrear las tantísimas canchas de paddle abandonadas por acá y allá en cada barrio y alrededor del centro de nuestra ciudad, entregadas desde hacía años a la actividad indeclinable de los yuyos y el descascaramiento, para, de pronto, destinarlas a otros sucesos imperiosos.

Ahora semejaban precarias instalaciones para aprendices de tenis, con un frontón cerrandolés lo que venía a convertirse en fondo y cercado el resto perimetral por un conjunto de elementos, disponiendo algo parecido a eso que denominamos alambrado olímpico.

Dentro de cada corralito, atestandolós, grupos de jugadores en ropaje azul, o verde, o rojo, o amarillo, cubiertos de avisos publicitarios, se movían con necesaria parsimonia y una despreocupación similar a la que yo andaba disfrutando esa mañana de domingo. Los racimos de hombres jóvenes se prestaban la pelota o se revisaban las uñas mientras otros levantaban graciosamente sus rodillas desnudas, velludas y tostadas, mostrando su relajamiento y su seriedad profesional, malambeando una especie de entrenamiento tan insignificante como el que suelen brindar los estudiantes y sus profesores a quienes pasamos al borde de los colegios.

Concentrando a cada grupo de deportistas tanto o más que lo reducido y poblado de cada ámbito, vestidos por su lado con amplios sobre trajes azulejo claro, mantas semirrígidas que les colgaban por delante y a la espalda casi hasta mitad del muslo, apenas ceñidas en la cintura por un lazo negro, en sus cabezas cascos azules con siglas blancas que no alcancé a identificar, un policía metido allí, apostado cada ¿dos metros? ¿dos con cincuenta? ¿tres metros?, las piernas en ángulo de treinta grados, en ristre el arma lanzadora de granadas lacrimógenas, sus caños y las bocas de los caños casi inocentes en su grisura opaca y el silencio, un policía cada dos o tres metros, digo, miraba hacia afuera, hacia mí, inmóvil, los carrillos recién afeitados, hieráticos, pretendiendo alcanzar también algún grado de solemnidad en la postura o, en una de esas, satisfacer la manía estética o televisiva de un jefe omnipresente.

A este lado de los alambretejidos, otra línea policial en uniforme azul marino, pistolas y bastones oscuros en sus correajes negros, los brazos, ese otro par de armas, al pecho, en la cintura o el correaje, vigilaba igualmente, unánime, hacia el contorno pueblerino, tranquilo bajo la luz cenital, vacío o vaciado o como desganado. El entorchado amarillo oro

sobre las viseras de las gorras ponía el toque vivificante en cada cordón de vigilancia externa y demostraba el rango superior de sus portadores.

Como hace en el gallinero el rojo de las crestas de los gallos.

Sí; no he querido usar antes la palabra gallinero, pero enseguida reapareció y encontró donde ubicarse.

Me acerqué a curiosear.

No lo advertí y por lo tanto no me preocupó, ser el único individuo que lo hacía; el único individualizable como curioso y, por tanto, foráneo.

Circundando las canchas y atraídas por la de los jugadores profesionales, era tan natural que reinara una inminente presencia multitudinaria que creo haber confundido la tibieza de la atmósfera con el calor de los cuerpos invisibles transitando, cruzando el césped a trancos iguales a los míos. En este caso ya no era el único sino el primero de cuantos colmarían la afluencia previsible.

Pero aun así creo que me acerqué a curiosear. Algo extraño emanaba de aquella escena; una sensación de absurdidad era lo que le daba mayor coherencia y peso.

Me detuve, en parte de manera casual y en parte porque no quise evitarlo, delante de un oficial en camisa celeste de mangas cortas, también rubio, serio y estirado para la ocasión.

Llevaba tres segundos detenido junto a él, a un metro de distancia de la línea imaginaria dibujada por el círculo de servidores públicos, usando de palco *avant l'escene* el trecho de visión libre entre uniforme y uniforme, llevaba ese instante digo, tratando de identificar al equipo o alguno de los futbolistas encerrados, cuando se movió, abandonó su posición y me encaró, abrió las piernas en escuadra al reubicarse, cruzó con ostentación sus fuertes brazos a la altura del esternón, los sostuvo allí: no los apoyó sobre el pecho sino que dejó lugar adonde infló el tórax previamente, como si estuviera a punto de usar toda su voz, ladeó y echó hacia atrás sobre el hombro derecho la cabeza descubierta, no necesitó carraspear, torció la boca hacia arriba por la comisura derecha y hacia abajo por la izquierda, en el mismo plano que el eje de la cabeza, arrugó la frente formando cuatro surcos nítidos, al hacerlo sacudió un prolijo mechón rubioso de los que precedían su peinado con fetitas de cabello cortadas por los dientes gruesos del peine, y fijó su par de ojos azules medio metro por encima de los míos, por encima de mis ojos comunes y escurridizos, lo hizo telescópicamente, supongo que fijandolós en los plátanos y tipas de suave verdor, treinta metros atrás de mí.

- Así que vos sos Esain ¿no?... Y se puede saber ¿qué es lo que andás buscando aquí? – gritó o me gritó, porque no acerté a definir su gesto, ya que no me miraba, sino que se fijaba a mi espalda, lejos, por encima, jerárquicamente, autoritariamente, como si no se dignara a hacerlo ni medio centímetro debajo de cierto nivel, como enfocando un plano de igual orden o entidad, que lo oyera o asintiese al oírlo. Elevaba el tono a un ritmo y torcía la boca al abrirla. Recogía los labios y sacudía la cara hacia atrás y hacia arriba al compás de la barbilla y el peinado, a medida que lanzaba las palabras mordisqueadas por la actividad nerviosa de su lengua, de su mandíbula unívoca y sus labios mecanizados. Transfigurados por la mueca impertinente.

- Y usted ¿quién es? – le pregunté, extrañado porque el tema de nuestras respectivas identidades me pareció tan insustancial como inconducente, de tan obvio. Quizá por ser tan obvio.

- Yo soy el que te va a moler el lomo a palos – me gritó, empezando a sacudir la rodilla izquierda como si en ella sostuviera el anclaje de un pistón que pone en marcha un ballet. Todo su cuerpo estaba empezando a concertar estos movimientos en una aparatización precisa, efectista, estudiada y tan ensayada como un ballet verdadero. Parecía que había pulsado su botón fundamental.

Confieso que se me heló un cierto tramo de la piel de la espalda mientras observaba su modo neurótico de articular las sílabas y, por fuerza el azul de sus ojos con el círculo oscuro en medio, demasiado brillantes para caer saludables como, recordé, lucían las ascuas de mi padre enojado cuando yo era chico y aprendía a sostenerle su rayo pulverizador.

- Acá no tenés nada que hacer ni nada que venir a husmear ¡Yo te voy a dar andar haciendoté el gallito! -

- Usted es un energúmeno – me oí replicarle, porque en tanto lo hacía ya calibraba el término usado, por si fuera de los que le brindarían ocasión para burlarse de mi formalismo o mi vocabulario en un arrebató de furor clasista. Él continuó como si fuera un muñeco a cuerda:

- Yo soy el energúmeno que precisamente está pensando en reventarte la cabeza a patadas hasta que los sesos se te desparramen por el piso y vengan los gatos muertos de hambre a comerselos - respondió, insistiendo en su actitud y utilizando el término en cuestión, con lo que reveló cierta preparación lingüística destinada a oficiales de inteligencia.

Pero la conversación, si es que así pudiera ser llamada, comenzó a parecerme un juego ridículo.

Los futbolistas se veían adormilados, contentandose en prestarse la pelota unos a otros y la pelota resonaba con monotonía propia de la cadencia con que era utilizada. La brisa venía de las esquinas y por debajo de la primera fila de árboles, acariciaba con amplitud el espacio abierto y soleado, nos acariciaba un poco con su suavidad de siempre, uno a uno acariciaba, según cualquiera podía comprobar, cada hoja en cada rama de los viejos plátanos a este lado del paseo, y saltaba, creo que saltaba o que se deslizaba por encima de las casas blancas y las casi blancas, al otro lado de la calle, como queriendo decir, quiero decir que se me ocurrió entonces que lo hacía queriendo decir alguna cosa, algún aviso que, por parecerme interesante o apropiado, tendía a distraerme.

Todavía permanecí frente al oficial de policía porque en el fondo de mí estaba tratando de entender qué hacían aquellos jugadores profesionales, atildados, equipados y ubicados entre tantas medidas de seguridad. No parecía, para empezar a verlo, algo exigente, útil o deportivo, lo que hacían. Allí el objetivo, y pido perdón por este vocablo, pero es el preciso, el objetivo justificante era otro.

Ejemplo uno: atraernos como a moscas al azúcar.

Si bien parecían estar transcurriendo el rato de espera, como en un hotel o un aeropuerto, o tomando el sol en la concentración, aguardaban que se produjera otro tipo de actividad. ¿Los involucraba? El sitio era adecuado. El césped natural brillaba bajo el mediodía e invitaba a disfrutarlo, fuera uno quien fuera. Arboledas y fachadas sencillas creaban un amplio recinto estático tras ellas, reteniendo allá pero sólo como continente, al público perfecto para una exhibición de indudable destreza. Los rumores se acallaban apenas se volvían distinguibles, anunciando que, de un momento a otro, dispersos altoparlantes comenzarían a pregonar la fiesta de los hombres.

Otros oficiales del cordón que rodeaba por afuera esta canchita que yo había singularizado con mi cercanía, sin necesidad de articular sus miembros apostados o producir sonido alguno, como si fueran figuras capaces de deslizarse llevadas o levadas por la brisa de un ímpetu sordo, estaban aproximándose y rodeándonos, mejor dicho, secundando a mi interlocutor a dejarme rodeado y hacerme sentir que los percibía encerrandomé, exhibiendo una actitud tan reconocible como un olor característico, mirandomé como a un bicho hediondo, a un bicho extraño, quiero decir, lo que llamamos un bicho peligroso, que habían reconocido desde lejos o del que habían sido avisados, y que ahora les brindaba la oportunidad de inspeccionarlo en directo.

¿Tal vez porque vestía jeans? ¿Y una remera ordinaria, vieja, sin alguna leyenda reconocida al pecho o la espalda, pero que podía haber estado allí?

Desperté. Sí, eso fue lo que pasó a continuación.

Enseguida hice la cuenta de que esta era la tercera pesadilla que me acometía esa madrugada.

Pensé unos segundos...

Encendí el velador para levantarme e ir al baño. Todavía tenía tiempo de volver a dormir.

Lo que pensé se confirmó al ver la píldora blanca junto a la perilla del selector de frecuencias del radio-grabador ubicado sobre la mesita de noche.

Gracias a los efectos del agotamiento mental había conciliado el sueño antes de ingerir mi medicamento diario.

Mis conmociones eran resultado de la abstinencia química. No alcancé a elaborar una frase al respecto, un comentario orientado a tantear el horror de fondo.

(1996)

Miguelito y el Ratón

a 'Betina'

En la cafetería céntrica me encontré a Miguel, el periodista, rozagante hasta cierto punto de su geografía a pesar de la grisura matinal, recién bañado al parecer, bien peinado al menos. Y me contó que esa mañana a la hora de levantarse toda la familia, había matado una rata. Y había que oír esa expresión en boca de un periodista pueblerino, típicamente pálido, cargado de espaldas, que nunca se despeina.

Había aprovechado el chaparrón que se descolgaba en aquel momento, la inundación escandalosa que se daba en alguna habitación trasera y el desborde en los desagües de la casa, para perseguir y aplastar a escobazos a la intrusa que desde hacía tiempo oían anidar en el caño principal.

No sé a qué parte de las viejas canaletas de su casa llamará caño principal, pero pienso en el brazo que baja al patio interno en la casa de mi madre, donde de tanto en tanto anidan gorriones y causan inconvenientes parecidos.

Me contó que se había mojado bastante, aunque no puedo saber a qué grado llamará bastante en su jerga. Según su inalterable tono de voz toda la circunstancia le parecía meritoria. En principio sonaba un poco absurdo, y sé que decirlo así es parte de un proceder incorrecto, pero considero que bastante expresivo.

Yo no tenía mérito alguno que oponer al suyo esa mañana, y el clima me parecía inapropiado. Sobrellevé esas impresiones obligado a tomar con su pinza lo que sucedía. Por ejemplo, una de sus pantuflas se había ahogado, pero él pensaba recuperar pronto el cadáver y luego la utilidad del mismo.

Al final del hecho la rata había quedado tendida sobre los adoquines de la calle lateral, durmiendo por el resto de la eternidad, algo como una pata rosada recogida bajo el vientre gris claro y la otra estirada bajo la lluvia, descalza o desnuda, artística. Creo que agregó la palabra 'patética' pero no estoy seguro porque me aburría y no lo oí bien, así que prefiero no incluirla.

Tampoco voy a referirme a las imágenes fúnebres de la represión militar que se me ocurrieron solapadas a sus expresiones, por incongruentes.

La cuestión fue que Miguelito pudo demostrar a su mujer que sigue siendo hombre de pelo en pecho. Me imaginé que el pelo gris de la rata empapada y despeinada, luciría metálico, bárbaro y profundo sobre el gris brillante del flujo callejero bajo la tormenta impetuosa. A él no se le hubiera ocurrido lo del gris metálico. Tal vez sí se le ocurriera el término 'metalizado'. Incluso el juego de temperaturas propias que puede darse entre la de los objetos mayores expuestos, árboles y paredes, por ejemplo, la del aire matinal opuesto al abúlico retenido en las habitaciones, el frescor especial del agua llovida y el que puede ser percibido atravesandonos la ropa mojada, que no vienen al caso; es inconducente comentarlo.

Él tenía buenas razones. Esa mañana Miguelito había salido a 'recorrer el espinel' urgido por el innegable deterioro del aporte publicitario en sus audiciones televisivas y radiales; a pesar de que,

gracias a difundir la opinión más crítica sobre la gestión municipal a cargo del partido populista, un importante sector del público lo respaldaba. Ya se había decidido a cobrar menos sus avisos porque ya los conseguía menguados, pero no podía evitar que los avisos fueran contratados o renovados por lapsos menores, las sumas netas por todo concepto encogían proporcionalmente y, eso sí, efectuar la cobranza demandaba mayor atención, paciencia y tacto, su desconfianza como inversor aumentaba otro tanto, a pesar de todo el empeño manifiesto sus clientes seguían vendiendo menos, disponían de sumas menores y se comportaban peor justificadamente, justificados por las mismas innegables razones que lo acosaban, con una intención diversa, detrás de su apostura. La publicidad resultaba cada vez menos efectiva como respaldo económico y como negocio. La competencia recurría a ingenio y deslealtades comprensibles que apenas venían a cuento para una broma de mesa a mesa en el bar o en alguna reunión sabatina. Esto lo amargaba. Volver más eficiente el mensaje publicitario implicaba mayor esfuerzo intelectual y esto le restaba ganancia líquida tanto como calidad de vida. Es decir, en sus dichos fluía un mar de efectos secundarios que, por ahora, ocultaba la causa del empobrecimiento general, que nadie se avenía a reconocer.

Por ignorancia o ceguera, la farsa todavía se vendía y se compraba gracias a que todos seguían esperanzados en el resultado final.

Pero esta mañana lo hallé contento de sí en particular y esa contentura le duraría unas horas, hasta un rato antes de comenzar su labor vespertina.

Había conseguido otro cliente.

No un gran cliente y un aviso importante; sucesos de tal categoría ya estaban descartados de su panorama normal. Se trataba de otro simple cliente para salpicar las tandas radiofónicas: nada menos que el carnicero a la vuelta de su casa, con el que, por algún milagro, seguía en buenas relaciones personales. El hombre no había tenido motivos para apelar a los periodistas de la competencia como alguna forma de venganza. Esta competencia, por ejercer un discurso opuesto en materia partidaria, es decir a favor de la gestión municipal, sobrevivía solventada por el presupuesto público y era tan desleal como el mismo Miguelito denunciaba a cada rato, deseoso al cabo, de recuperar aquel rol.

De puro agradecido y solidario se compró un kilo de chorizos luego de cerrar el trato.

Había vuelto bajo la llovizna con las carpetas en la mano y en la otra la bolsa de polietileno con leyenda roja, sintiendo que portaba un ramo de crisantemos amarillos destinados al florero de su comedor antes que al agradecimiento de su esposa.

Festejamos la imagen.

El interior de uno de esos chorizos parrilleros era lo que me mostraba ahora.

Allí estaban los trozos en que había sido convertida la rata gris, todavía envueltos en su pelambre empapada, tal como me la había imaginado al oírle el relato de su hazaña. Ahí estaba la cola pelada, seccionada en trozos de centímetro y medio, y cada una de sus patas que, de ningún modo alcanzaban a parecemos artísticas, y partes desmembradas de la cadera.

- ¿Y no lo denunciaste? -

Miguelito me miró sin que su bonhomía variase. Sobre todo, su bigote permanecía impasible. Era su experiencia de hombre político que le servía para toda ocasión. Me miraba con suavidad, como a un chico, mientras hablaba:

- ¿Y para qué? ¿Para perder un cliente? Mejor que eso saco los pedazos de rata y me como el resto del chorizo, que está bueno -

Una señora metáfora de nuestra actualidad.

Me pareció advertir toda clase de fragmentos de origen sospechoso en la masa semirojiza en la mejilla del plato blanco que Miguelito inclinaba hacia mí. Él no abrigaba otra intención que demostrarme en qué consistía su habitualidad profesional. Mi asimetría vigente, aunque variase el motivo.

Debo aclarar pronto que no me resultaba absurdo que mi amigo se sirviera crudo el embutido fresco y que la carne y grasa picadas, hediondas por naturaleza, no nos provocaran invencible repulsión. Miguelito comía con calma, dedicando instantes a discriminar lo que se llevaría a la boca, mientras charlábamos como ante platitos de vermú.

Inquietado por mi desequilibrio matinal, me tomé la molestia de pasar por la misma carnicería y pedir chorizos. Tres chorizos pedí; sólo un cuarto kilo, para probarlos. El carnicero me atendió muy amable. Yo tendía a resistir las compulsiones pueblerinas que en este caso me hubieran obligado a comprar por lo menos un kilo de haber allí una señora presente, ni siquiera medio. ¿Dije que el dueño de la carnicería me atendió con su mejor sonrisa?

Volví a casa pisando el mediodía, uno oscuro e inservible, apenas cierta tibieza remanente y confortable mezclada al aire. Puse mi compra sobre la mesada y me armé de un cuchillo. Abrí a lo

largo cada chorizo y enseguida apareció el gris pelambre patético de la rata pegoteada a sus trozos, leve carne como de pollo, mordida y desmenuzada por la máquina picadora. El pelo ya estaba desprendido y contaminaba el embutido entero.

Sentí un asco tremendo. Un asco que no sólo podía ser relacionado con la evidencia de la aberración o el comportamiento de mi amigo acerca de ella.

Hice otro asqueroso cálculo: una sola rata ahogada en el chaparrón de las ocho no podía proporcionar tanta carne. Tampoco cabía que pensáramos en una oportunidad casual.

Me imaginé al buen carnicero pescandolás, moribundas, en las rejillas del alcantarillado y llevandose las agarradas por las puntas de las colas, en un racimo oscuro. Vi los bigotes patéticos, sí, ahora patéticos, chorreantes al final del racimo oscuro.

Desperté con la boca llena de saliva amarga, salada, retenida durante el sueño. La retención inconsciente de saliva como causante de mi pesadilla. Fui al baño a escupirla y enjugarme la lengua y las encías.

También me pregunté qué me pasaba.

Recordé otro capítulo del sueño.

Por lo habitual cada vez que cruzo las vías férreas cerca de casa, me permito revivir una sensación grata. La de contemplar algo distinto, marginal pero cálido. Se acentúa un aprecio familiar. No es largo de explicarlo. Entre la visión normal de una calle corriendo entre fachadas y edificios, y la visión del paisaje ferroviario que se cuele por los fondos y los trastes de las construcciones como un ofidio doméstico, surge una divergencia que excita la potente intimidad del uno enfrentado a la inerte gravedad y compostura del otro. Los rieles sin fin, unitivos, y los patios cercenados, cicatrizados por el humor y el silencio de acciones antiguas y relegadas, arman un cuadro recoleto, propicio al interés restante en unos ojos aburridos por la intemperie y el trato mecánico. Hay algo de fogón, de humareda común y de cocinas unísonas mezclado a la presencia impetuosa, imponente, de las locomotoras.

Las locomotoras son la vida que pasa como si fuera otra cosa; bufando y resoplando por entre los hierros y la ropa tendida que son nuestras vidas. Los trenes resultan un juguete onírico para cualquier impotencia, y huelen a expectativa. Dejan flotando, al pasar, el olor a esperanza de sus viajeros o posada en sus asientos vacíos.

Había abordado el servicio ferroviario propiedad de Miguelito.

Me trasladaba a la estación siguiente, un caserío fabriquero, donde alguien me esperaría gracias a la combinación con un convoy metropolitano. Es que antes de dedicarse al periodismo, Miguel había invertido sus ahorros de cuando fuera edil municipal, en un tramo regional del servicio público sacado a remate tiempo atrás. Un ramal dejado ciego o manco ahora, atravesaba tres o cuatro estaciones en campos del partido, manteniendolás unidas a la cabecera urbana.

El viaje de ida me pareció interminable, desmoralizador. Otoñal. Toda clase de pensamientos rencorosos correataron por mi mente sin que pudiera controlarlos. No tanto porque viajaba sin compañía, incómodo, inseguro de que mi amiga hubiera podido acudir a nuestra cita, porque no le resultaba sencillo escaparse de su hogar para encontrarnos, sino por las condiciones residuales del material rodante y los modos folklóricos del servicio a bordo, y por tener que presenciar gratuitamente adonde fuera que fijase la mirada, un muestrario histórico de nuestra animalidad civil, que llevaba a quien fuera a renegarse al fin, mientras el destino concreto del viaje y cualquier otro destino, se demoraba, se hacía desear u odiar.

La incomodidad sufrida era una muy personal sensación de que la realidad, esa primera certeza de que es posible comprenderlo todo, bajo la que pueden ser palpadas y halladas numerosas capas comprensibles, esa certeza, digo, está formada por muchísimas capas de distintas absurdidades. Y resultaba más que absurdo, ridículo, plantearle ese nivel del reclamo al inspector del servicio, cuando me vigiló su rostro decrepito.

Un empleado de Miguel.

Mi amiga era una aficionada que quería escribir una novela. Para protagonizarla desde otras experiencias.

A menudo he pensado que la novela es una truculencia innecesaria. He reflexionado que nuestras claves íntimas, individuales y sociales, coinciden mejor con el fenómeno de la actualidad. La actualidad, intensamente conformada por la individualidad socializada, resulta un complejo dinámico del que sólo advertimos la parte emergida, legible, la parte que relacionamos con el hecho de ver y entender, aun cuando funcione mediatizado. Ya no se trata de un continuo saludable, de un misterio temporal saludable sino de uno vertical, verticalizado, profundizado, esquizofrénico. Como fenómeno vicario de comprensión, el suceso mediático ya ha reemplazado a la novela. No se trata de realizar una costura entre dos telas sino de tomar las agujas y hundirselas en un dedo o en la palma de la mano, lo más hondo o lo más lento que se tolere.

Una vez reunido con mi visitante me apuré a contarle la anécdota:

- Vos qué dirías de un buen padre de familia que cumple con su deber de eliminar una plaga doméstica y se reencuentra con sus restos en el relleno de un alimento cárnico, alimento del que tiene la obligación comercial de publicitarlo. Persona esta a la que veo cometer el absurdo de consumir el producto en vez de denunciarlo. Y qué dirías de mí, un tipo sensato que, sabiéndolo, va y compra esos inmundos chorizos en la misma carnicería, para probarlos. ¿Para probarse qué? ¿Y por qué lo hace? ¿Porque su amigo difunde la publicidad radial? Y cuando comprueba, quiero decir cuando compruebo, que la aberración es mayor, despierto a la realidad impulsado por mi asco, para comprobar que la causa de la sensación asquerosa es anterior y estaba propiciándolo todo desde el principio y desde mí mismo – Pausa - ¿Te das cuenta, Betina? ¿Te das cuenta? –

- No – La impaciencia conmovía sus caderas.

- Es que yo te lo explico así y ahora, como si vos pudieras comprenderlo. Sé que pretenderlo encierra otro absurdo, pero todavía no sé cuál –

Mi amiga me palmeó una mejilla.

- No pensés tanto que te va a hacer mal – repiquetearon sus pulseras de nogal encerado.

Nos acercamos adonde Miguel cumplía funciones gerenciales en el insignificante andén. Medio en broma, como sucedía casi todo entre nosotros, le expresé mi queja de usuario.

- Vení – me dijo, imperturbable – Los invito a acompañarnos a viajar en la máquina locomotora para que comprueben de lo que somos capaces. Sobradamente. Yo sé la clase de tipo que sos vos y lo que hay que hacer para conformarte –

Sospeché que en tanto lo decía, cruzaba o trataba de cruzar una mirada cómplice con mi amiga, pero sólo fue una sospecha. No alcancé a percibir más. La cara de Miguelito sonreía como siempre y en la boca de mi amiga la reciprocidad a cada sonrisa masculina era un hábito del que yo no quería saber más que eso; que era un hábito.

Nos amontonamos los cuatro entre planchas remachadas, oxidadas, naturalmente ásperas, angulosas, inocentemente incómodas, agrisadas hasta el blanco lienzo por los recalentamientos transmitidos desde la caldera en quién sabe cuántas ocasiones. Así y todo, interesante, como esposa ajena.

Tras la dulce campanada y el pitido entrañable sonando en medio del campo, partimos suavemente, pero la máquina pronto pareció enloquecer y acelerar a punto de destartarse.

Miguelito, lleno de entusiasmo, gritaba. Quiero decir que nos hablaba a los gritos.

Sus gritos nos explicaban que todo era cuestión de acostumbramiento. No había real peligro alguno. Padre e hijo se ubicaban de espaldas a la dirección de avance, para tranquilizarnos. Otra magnífica metáfora del periodista. Del diario del maquinista sacaron y nos mostraron un recorte amarillento tomado de un periódico nacional. El promedio de descarrilamientos, decía, no había aumentado en los últimos diez años.

Si quieren que sea muy alevoso y trate de graficar una hermosa sensación onírica, les digo que un chorro, el mismo efecto que causa la emisión rápida de una película en el trabajo de compaginación, un chorro alargado, angostado al llegarnos y ensanchado al ir quedando atrás, paradójicamente formado por lo estático, lo estático veloz como en un tic acinésico, casas, patios, tapiales, esquinas, retoños de álamos y cañaverales, corría adosado a una serie de cruces descuidados, ruidosos, eventuales extensiones de paredones apolillados o largos zigzagueos bidimensionales de perfiles y ángulos en que iban siendo convertidos los techados y algunas chimeneas muertas, cuerpos carcomidos que así resucitaban y se alzaban, montones envejecidos, descascarados, pintarrajeados, violentados. La aglomeración y el despliegue veloz en momento alguno se interrumpían a cada lado de los rieles. La pequeña máquina atropellaba, alegre, la cortina de yuyales, enredaderas trepadoras, hilos de alambre y alambre tejido, sombras de lo corpóreo, cañaverales, patios, almacigos y tomateras íntimas. Al menos yo tuve la sensación de cabalgar una yegua negra desbocada, espumeante, que trataba de manifestar su alegría de algún modo.

Por cierto, que no sentí miedo. Pensé en el absurdo como resultado de la realidad. El humo y el vapor, en cambio, tras el efecto de la velocidad, nos servían de paraguas contra la llovizna.

La máquina siguió acelerandose mientras el fuego jugueteaba y se divertía en la boca de la caldera.

Viajamos a una velocidad innecesaria con la que Miguel y su hijo pretendieron convencernos de la excelencia que podía alcanzar el servicio privatizado.

Pensé en la nunca bien reconocida capacidad industrial de los antiguos ingleses. Pero hacerlo me planteaba una incongruencia. Pensé en un viaje hacia el absurdo. La máquina me hacía recordar a mi abuela, que de inglesa tenía nada. Sólo principié a imaginar mi abuela en cuatro patas, mi abuela estática y veloz absorta en este tic: correr cuadreras a orillas de las vías contra caballos de verdad, en tanto el público sentado miraba y se iba hacia el largo horizonte, trepidando.

No sé si por viajar conversando a gritos todo el tiempo, por bromear con Miguel y su hijo, que hacía de fogonero y maquinista bajo su tierna supervisión, o por sentir el brazo y las caderas de mi amiga contra mi cuerpo, en un par de minutos convulsos y cinematográficos, estuvimos de regreso.

Al descender, la locomotora no me pareció tan enorme y salvaje y la hubiera palmeado en el lomo si no la hubiera sabido hirviente. Pero fuimos a contemplarla, a admirarla y olerla, empequeñecida.

Al cruzar el andén manteniendo cierta compostura, notamos cuán ensordecidos y mareados llegábamos a la perspectiva del placer. Cruzamos la estación hacia la calle y los efectos del vapor y la llovizna nos chorrearón por el rostro.

Los taxímetros partían ocupados, dejando improntas demenciales en el suelo.

El público usuario se dividía en recién llegados que se dispersaban en pocos segundos.

Nosotros no. Caminamos hacia el centro de la ciudad sintiendo que abandonábamos algo, que este abandono se convertía en cierta chatura, que esta chatura acentuaba un promedio general y que cierto nivel en los rumores circundantes cometía algo parecido, a medida que la sordera terminaba de salir por nuestras orejas.

Pudimos comprobar que cada pasajero retomaba sus ocupaciones rutinarias sin que importase el mal tiempo o importase la suciedad del pavimento y veredas, que se nos pegoteaba al calzado. Y la tristeza se aburría como una solterona o un jubilado junto a cada puerta particular.

Miguel había podido contra la rata; nos había reconciliado con el disgusto de viajar en su tren. Había que perdonarlo y celebrarselo.

Se lo dije a mi amiga, y me abrazó por la cintura. Así fuimos seis o siete metros tropezando por el pedregullo del paseo hacia el final de la plaza Sarmiento.

Antes de la esquina logró lo que buscaba. Apoyó sus pechos en mi torso, allí los apretó durante unos segundos y me miró, sonriendo, sin palabras.

(1996)

Subjetividad

ellos / son más verdad que yo, porque están / muertos
Eduardo D'Anna

Emergíamos bañados en sudor desde todo un día dedicado a planteos y resoluciones asistenciales, presentadas en sus correlativos formularios y ventanillas, inevitables vías de acceso a las cuestiones burocráticas; cuestiones inhabitables, cabe denunciarlo, destinadas a la postrera paciencia de las necesidades de los viejos. Reclamos regulares convertidos en previos, en dilucidaciones previas, en papelería básica para comenzar trámites, o para continuarlos; para reclamar o para recibirlos, revisarlos, aceptarlos. Pasto para gestores oficiosos. Para convertir una vida particular principalmente en eso, para dejarla convertida; para insertarle series, fichas, categorías, montos, dádivas.

Comprobantes, certificados, visados, poderes, tarjetas, recibos, liquidaciones, ítems, oficios. Otra especie de esqueleto al que va a tocarle sostenerla entre nosotros, los todavía irregulares actuantes. Para presentarla a medio armar o medio desnuda en distintas y a menudo distantes oficinas, donde su resistencia sigue puesta a prueba porque espera otra espera, otra dilación absurda, alguna solicitud extra o novedosa, que le hace retroceder el camino andado a la búsqueda de una firma que nos reinstale ante las otras firmas, para relanzarnos hacia delante, hacia el nuevo tiempo o la nueva fotocopia.

Digo que emergíamos sudados o recién bañados, qué importa, porque los ochenta años precisamente recién cumplidos por mi padre, habían convocado a sus fantasmas entre estos otros; los fantasmas rejuvenecidos y sonrientes de su hermano y hermanas, que terminaron por aparecer como último, tal vez inmediato resultado de tanto ahínco, desvarío e impaciencia.

Era posible que vinieran siguiendonos antes de que nos diésemos cuenta. Mi padre era un perrito arrugado y esquilado que me seguía unos pasos detrás en mi ocupación de representarlo; encogido, como si le interesase sin interrupciones lo que significaba el suelo, sonriéndome o mordidosé. Evocandomelós. Recordandoselós. Porque ya nadie lo reconocía al verlo en cualquiera de los lugares donde entrábamos y hacíamos cola; y él a nadie conocía ya. Nadie lo llamaba y creo que los aguardaba aún, dando vueltas, dandose vuelta, metiendose en los bolsillos los gestos ansiosos de una mano útil.

La gente y los empleados pasaban por el visor electrónico de sus ojos sin decirle nada; dejándolo envuelto y desolado en sus sempiternas estratagemas socializantes, ya inservibles.

Sobra en este mundo, en esta versión del mundo.

Era admisible que necesitara cumplir todas aquellas exigencias funcionales para que el mundo de este tiempo le renovara su derecho a continuar existiendo, funcionando, sobreviviendo, al menos convertido en una planilla insertable en una docena de consultorios, y en un carné que funcionara como su penúltimo grito de auxilio, planchado y plastificado.

Sus fantasmas consiguieron alcanzarlo y rejuvenecerlo mientras él los buscaba para contenerse en el transcurso de estos racimos sudorosos que robaba, exprimía y bebía en las esperas de su sed y el largo rato libre que siguiera.

Convertido por sus manos en una copa cristalina.

Los fantasmas consiguieron hacerlo sonreír con placidez mediante una misteriosa e inorgánica gestión acelerada. Y creo que lo hicieron mientras ellos mismos mutaban cronológicamente, como si se nos acercaran descendiendo de fotografía en fotografía, de afiche en afiche; desde la imagen en el retrato que estuviera años colgado a la cabecera de la cama hasta el grupo seleccionado de ancianos a todo color, exhibido en los muros del banco provincial para ser admirados por los pobres viejos de las colas irreales, saltando al varonil grupo fotografiado en su marco de nácar decorado y el de la fotografía con ellas, que está sobre la cómoda, de allí al crucifijo de bronce con la cinta argentina santificando el escritorio de una dirección, a las imágenes que reposan en un sobre en alguno de los cajones y a los folletos ilustrados y a muchas otras piezas pequeñas, vueltas sepias o amarillentas en el cajoncito de la mesa de noche, hasta alcanzarlo como si recién salieran del ascensor a este mundo o a este piso del mundo, a provocarlo, a mejorar un poco sus peores modales y acomodarse ellos otro poco a las aceleraciones de su famosa impaciencia. Sabiendo como ellos y él sabían, que la añoranza de sus manos y voces era adonde le quedaba aferrarse.

A lo largo del día la ciudad fue testigo de nuestro trajinar bajo su sol.

Bien que nos hizo transpirar buscarle las veredas sombreadas, disfrutar cuando tuvimos suerte de una oficina con aire acondicionado, que sin embargo nos recibía como a animalitos subrepticios. La ciudad era todas las ciudades y se extendía a los pies de la parte vieja, elevada, y su parque arbolado, y la mirábamos desde las esquinas, con ganas de visitarlos.

Cuando llegó el momento, las primeras escalinatas nos permitieron emerger, para sumergirnos en otra perspectiva con la lentitud precisa, con las necesarias estaciones, corrillos, comentarios, parejas brevemente silenciosas, distracciones individuales y llamadas.

Primero terminaron por cerrarse las oficinas. Las empleadas dejaron su sonrisa en los baños y nos permitieron desentendernos del trámite, olvidarlas también. Dedicar lo que restaba en nosotros a torcernos sobre la barrera del presente, mutar las sucesivas broncas en insolación e internarnos por una calle insuficiente en las calles presentidas, que no subían ni bajaban, sino que nos atravesaban, con sorpresas, y se internaban por sobre nuestras exclamaciones en lo nunca dicho todavía o no dicho las requeridas veces, que venían a creerse la misma vía.

El atardecer alivió el agobio diurno y tal vez nos bañamos.

El sol se ubicó afuera o al otro lado de todo; se metió bajo sábanas rojizas y estuvo un rato allí, recalentandose hasta el rojo vivo, regodeandose con lo que hacía, antes de comenzar a apagarse. Y la niebla comenzó a acumular su abdomen sobre el Este, y a ser ilumina desde abajo y a ser convertidos en espuma sus jardines de leche por la luz de la luna. La luna creciente, la luna engordada, la que parecía volcarse de boca sobre nuestros pasos y en harina apenas visible. En esa posición navegaba sin apuro hacia otros encuentros conocidos.

El barrio al pie de la explanada de acceso estaba tan pobremente iluminado como parecía estarlo dulcemente el sector contiguo, dedicado al recreo, a los paseantes, al turismo. Nos vi subir a los cinco por el *calvario* distribuido en las escalinatas.

La luz de la luna comenzó a cumplir su papel progresivo, como si bajara hacia aquí por otro juego de escaleras, trayendo sus detalles del otro abismo que los viejos traían.

La bruma lejana se desencadenó y empujó con la brisa sus ovejas despeinadas hacia el otro extremo, por encima, a baja altura. Yo la miraba un poco a ella, a la luna, y otro poco a ellos. Ella, luna, empezó a correr contra la dirección de la niebla sin que ellos se enteraran; porque hubieran dicho que corría, como cuando eran chicos, como una rueda de madera de plata metida casi hasta el eje en el agua. La luna se puso a navegar a toda vela en sentido opuesto al de la brisa, como un barco de dos proas. Navegaba hacia sí misma, un poco como ellos. Se entristecía o animaba, callaba o se reía, relucía como nieve, al compás de sucesivas turbiedades altas, manojos de polvo de carbón arrojados encima de su faz. Igual les pasaba a los viejos con los ruidos de la vida sobre su memoria estancada.

En razón de algún instinto propicio, subíamos las escalinatas en diagonal, menguando y estirando el ascenso. Nos vi subir en diagonal usando la zona menos iluminada de las escalinatas, donde nuestras sombras se duplicaban hacia uno y otro foco de luz, zona donde los reflejos jugueteaban mejor, envolvían más; los volúmenes sumados se instalaban en los rostros, mitad en varias sombras, caricias reiteradas que nos mirábamos recibir con la brillante mitad nuestra del sudor de la tersura novedosa. Los rostros ya traían con ellos sus ahorros interiores, sus relámpagos veraniegos de tormentas lejanas, dejadas atrás como cargamentos sin valor. Los cuatro eran gotas de una lluvia pasada, un resto de la oscuridad conocida.

Hubo momentos perfectos en que caminaron apareados, captados entre sí en diversas instantáneas. En otros, y otras instantáneas, ambos varones enfrentaban o esperaban a las dos hermanas. Ellas se les unían, riendo bajo sus peinados idénticos, anticuados, y ellos bajo la gomina común, obligados a sospecharse ridículos, preguntando qué, qué, el porqué de la risa, también reían, aunque no les contestaran.

Uno puede fijar su atención en los detalles reales o en los ecos significativos que su naturalidad expresa. Yo no escuchaba más el rumor de sus suelas en los granitos acostados que el de las etapas rituales que veníamos dejando cumplidas, protocolizadas, sin revisión posible. Se mostraban avenidos con aquella escultura ciega.

Yo subía los escalones apenas adelantado para que no me reclamaran o gritaran algo, por mostrar mi diferencia, para proteger con discreción mi subjetividad, aún inquieta, tanto por verlos mejor, para encuadrarlos y contemplarlos desde mi ojo cinematográfico, esa sección técnica a la que nunca renuncio.

Siempre necesitamos que sucedan determinadas cosas. Allí necesitábamos que sucediera tal cosa o tales otras, y sucedían. Había que oír las. Había que verlas entretejerse. Creo que hasta podríamos encontrarlas más tarde en nuestros bolsillos o en nuestras muelas, si nos lo proponíamos. Como cuando los escombros se acomodan en la pila y se hace imposible otro derrumbe o cuando uno llega a leer las manchas de humedad en las paredes silenciosas.

A la vez me veía desde más arriba, desde donde las columnas del alumbrado tradicional, como si estuviese en el ojo de uno de los cascarudos que revoloteaban esperando el final. Nunca puede saberse qué esperan los insectos atrapados, engañados por las luces callejeras.

Nos detuvimos en lo alto, viendo la vereda que coronaba el último peldaño, como diciendo:

- Vean nos, si pueden. Somos la verdadera novedad, el verdadero atracción, el fenómeno tenso. Llegamos. La fiesta recién empieza. Hoy queremos ser del todo felices -

No parecían sordos los árboles, no parecían dormidos, no parecían gastados como suelen estarlo en algunos parques públicos. Los primeros cipreses del recinto, los que nos recibieron, no anticipaban todo, no parecían ciegos ni sordos. Por debajo y detrás, los senderos ocultos. Aparecían donde caía la Luna pero era un falso aparecer. Los cascarudos nos ahuyentaron pronto. Caminamos al azar. Altos pinos, casuarinas y acacias se mostraban desgarrados por la separación, una distribución especial que sobrevivía más acá de las tapias y cercos desaparecidos entre propiedad y propiedad linderas, que habían dejado intercalados sus vacíos. Asomaban cerrados, tranquilos, sin que tuvieran que ver con nuestras oficinas burocráticas, replegadas, apagadas.

Eran el parque del barrio en ruinas.

Viejas quintas convertidas por la conservación en hermosos cascarones. Gruesas fachadas absolutas, dispuestas en su desarreglo, apareciendo como dentaduras de una encía, de una encía vercosa dispuesta a masticar los corazones suicidas. Prolijos rincones como caminos, de pie sobre el césped, todavía rosados o celestes, con algunos umbrales desdentados.

La torre iluminada en tonos pastel por sus propios fanales circundantes, surgía menos solitaria, paradójica, por delante, entre un mar de espaldas negras.

El parque me pareció un tablero de ajedrez, con piezas iluminadas por su posición y piezas a oscuras; sombras e iluminaciones alternando los escaques. El día se había convertido en una noche alta, reparadora. Nos hacía sentir que habíamos transitado una herida formada por tajos cicatrizados.

Sentí que caminábamos por el lapso entre una jugada y otra.

Mi padre, su hermano y sus hermanas eran cuatro adultos de mejillas recién afeitadas, maquilladas, asoleadas, sonrientes, sólo caducos en sus ropas de muertos, en los vestidos con hombreras y prendedor brillante justo al final de los escotes, y en las camisas y pantalones rayados. Como si sus huesos faciales se lo impusieran sólo recordaban anécdotas que terminarían en carcajadas. Creo que la risa les hacía transpirar los ojos y mirarme sorprendidos de su propia alegría.

Mi padre estaba radiante pero ese curioso esfuerzo era posible al volver a ostentar los treinta y cinco años que yo le recordaba. Me miraba a cada momento, vigilandomé, y a veces intentaba explicarme algo porque no quería que me escapara a sus complicidades.

- Ya me lo has contado – le decía yo, para tranquilizarlo.

El rocío o su emoción iban mojando el césped por donde caminábamos, yo primero que ellos; lo señalo porque sé de lo que es capaz su emoción.

Fuimos eligiendo acercarnos a unas paredes amarillentas que nos gustaron más que otras, restos de los que habían sido unos caserones típicamente mediterráneos, como podíamos recordarlos de alguna chacra gringa en los andurriales del pueblo natal, con ventanas pequeñas demasiado altas para nuestros talones. Luego derivamos hacia un perfume vegetal que dijeron reconocer.

Yo no dejaba de admirar la torre azul. Así la denominé.

Ella se corría hacia nuestra derecha; volvía a ubicarse delante de nuestra marcha; quedó luego asomada a nuestra izquierda. Era una hermosa torre cuadrada, colonial, con visos celestes, mirada adusta, techo de mosaicos azules y pararrayos quebradizo. El resto del edificio había sido quitado por los diseñadores y ahora parecía haber existido sólo para ayudarla a quedar de pie en su soberbia. La rodeaban serviciales, el pasto, la noche y el recuerdo de lo que el barrio fuera. La punta de la torre y la luna corriendo juntas provocarían vértigo a quienquiera se animara a levantar los ojos hacia ellas desde la posición justa. Llegamos a sus cercanías y aparecimos otra vez en un claro de árboles, luego de caminar una línea imprecisa que los interceptaba.

Allí estaba una de las reliquias más hermosas que he visto. Bien iluminada por el servicio de ornamentaciones municipales, geométrica, simétrica, mostrándonos el escenario de su vientre y dando al frente la íntima pared del fondo, justo el doble más larga que las paredes laterales, que la sostenían sin derrumbarse; enteras las tres, firmes y por tanto despojadas, como un anfiteatro, sus órbitas vaciadas en la planta baja y en la superior, asomadas a la noche, conservadas sólo las marcas perimetrales en donde les arrancaron el piso y los techos; azuleja, fosforescente, mirandonós fijamente, rodeandonós como un abrazo. Parecía la cara de la escultura de un pez. Era sin duda, la reina del parque. Parecía un vestido de fiesta pretenciosa, largo hasta el suelo. Mi padre y mis tíos callaron y por fin escucharon mi ademán de silencio.

Estaba dejandolós ante el espejo de su tiempo.

Aquella era la acogida perfecta para que un fenómeno se diluyera en el otro.

De pronto estuvimos y nos sentimos rodeados por un circo demasiado fantástico, bajo una cúpula de porcelana. Creo que el debilitado gusto artístico de los cuatro viejos fue conmovido. Dejaron de reclamarme que dejara de lado mi subjetividad.

Allá, a la derecha, de donde veníamos, casi bajo el carro lunar, la última casa amarillenta rodeada de cinturas. Encima, enfrentandonós, esta dentadura y su abertura musical de ópera mozartiana, una caja para joyas usadas o robadas, vaciada. El mejor fantasma del pasado frente a las lozanías fantasmales de cuatro octogenarios, rejuvenecidos, palpitando frente a la ruina tan vieja e imposible como ellos, tanto tiempo de pie y admirable. Propia de un sueño.

Detrás, sobre el perfil de pinos y casuarinas, la torre con el agujero del reloj que vivió sostenido y se abandonó a la gravedad en el último minuto.

Por la izquierda proseguía el derroche ignorado. MI padre les cantaba una anécdota protagonizada por mí, por el que fui en mi infancia según él recordaba. Quería que me les volviera transparente del todo, hasta evaporarme o despertarme.

Me daba cuenta por la firmeza de sus gestos. Como siempre, la verdadera ternura tendía huir de ellos.

Para rejuvenecer del todo necesitaban reducirme a una simple expectativa familiar, dulzona, que todavía eran capaces de recrear y saborear. Tres o cuatro lágrimas hambrientas corrían por las eternas mejillas de la tía triste, la que murió primero, como correspondía. Se tomaba las manos sobre el regazo en una inmanejable regresión doméstica, todavía como siempre para reír o llorar, y nadie podía decir si el llanto o la risa sobrevendrían en su boca.

Su hermana era un espejo imperturbable para mí.

El tío esperaba balbuceante su turno para entremezclar al de papá su relato filial, sin apreciar mayores sutilezas, como siempre. Mi padre todavía era un muchacho bromista. Le sobraban vida, fuerzas e inmadurez para derrochar viejos errores hasta la madrugada.

Algo sucedía allá abajo, en la ciudad, donde también estaba el puerto.

Algo típico, relacionado con otra forma de vida. Una forma donde toda mi carga apenas significaba impotencia.

(1996)

Soñando sobre la situación

Las calles subían y bajaban y nosotros subíamos y bajábamos por ellas. A cada cuatro o cinco manzanas dábamos una vuelta, medio perdidos, medio encaprichados, buscando el modo de entretenernos.

Y volvíamos a verlas aplastarse, descender o arrastrarse a superar unas lomas cubiertas de casas avejentadas o de otras más nuevas, pero menos cómodas, encogidas, pero mejor ordenadas, y casuchas remendadas y desorientadas, y terrenos baldíos con los bordes y los fondos tapiados por yuyales boca abajo por el peso del agua, donde algún caballo aparecía apostado amaneciendo con las ancas al sur.

El temporal había convertido las calles en surcos y en chorizos de barro, entre charcos y pastizales brillantes.

Nuestro Chevy 400 avanzaba protestando, coleteando y embarrandose a lo bagre. Levantaba cortinas de agua barrota sobre las veredas o las zanjas inundadas. Cada tanto rezongaban y zumbaban sus neumáticos traseros, nuestros nervios nos hacían sonreír y los asientos en sus fundas sintéticas, estaban terminando de volversenós repugnantes aquella madrugada.

Cerca de algunas esquinas encontrábamos eucaliptos viejos y jóvenes por igual, lloriqueando de pie.

Haber dormido vestido me causaba un malestar tétrico.

Tardamos una hora en localizar la casilla de Pedro. Cuando estuvimos bien seguros de haberla encontrado, corrimos hasta su alero, como chicos, eligiendo donde dar algunos saltos para mojarnos menos las zapatillas. Pasaron como diez minutos antes de que alguien nos atendiera, abriese diez centímetros la puerta del porche y un imberbe de cara manchada preguntara quiénes éramos y qué queríamos.

- Nos manda el 'Turco' - dijimos, pateando el suelo para evacuar el calzado y la impaciencia. Era el modo indicado de entrar allí, dejando antes nuestras pulgas afuera.

Encendimos cigarrillos sin invitar al cara manchada.

Pedro salió de la pieza, pero sin hacerlo de los resabios de una borrachera feroz. Su barba llevaba al menos cuatro días sin ser afeitada. Se había puesto un pantalón verde, de entre casa, y se enjugó la boca con un buche de un whisky que podía verse de oferta en muchos lados. Nos explicó paternalmente dónde quedaba la casa de la mujer del 'Turco' y cómo llegar mejor con semejante

día. Habíamos estado cenando en ella dos semanas atrás pero ni por broma recordábamos su ubicación. No podíamos andar preguntando. Era donde debíamos entregar el depósito, lo que ellos llamaban el depósito. Todos estos veremes, estas idas y venidas eran el trámite necesario de las precauciones que el 'Turco' se tomaba para incluirnos en el negocio.

No era pesado trabajar para el 'Turco'; era tedioso. Y pensar que él se enriquecía mientras nos aburríamos de lo bien que le salía todo. Él era de los que sabían dónde poner la friega para que todo funcionara.

Aun medio dormido y borrascoso, Pedro nos relajó con indulgencia. Su compañero se mantenía de pie, la flacura de sus brazos sobre el pecho, junto a la ventana desnuda. Pedro nos conocía, sobre todo al 'Pirincho', nuestro chofer, pero igual nos evaluaba y nos transmitía pautas a través de su comportamiento. Debíamos atenderlo. Cumplía con cada detalle de las cosas que tenía encargado ocuparse. Nunca era sencillo hablar con él porque definía todo a su gusto y paladar. Ya lo tenía todo juzgado y estimado y no aceptaba versiones diferentes. Lo hacía tal cual su patrón, el 'Turco'. En cualquier caso, su primera reacción era colocar por delante la probable opinión de su jefe, como un letrado de advertencia.

Comenzó a quejarse de la lluvia y la humedad. Vi unos papeles impresos sobre una mesa ratona en el centro de la salita. Una '45 lista, servía de pisapapeles.

La mujer del 'Turco' era bastante menor que él y le había dado tres o cuatro hijos más. No era de mal carácter. Se había vuelto amarga desde un tiempo antes; cortante, desconfiada sobre todo, y al 'Turco' le venía bien que ella aportara esta disposición a sus manejos. Le aliviaba parte de las recomendaciones y previsiones del trabajo y ella tenía dónde meter su naricita a gusto y, de yapa, fruncirla con impertinencia.

Nos dimos cuenta de que tendríamos que irnos de la casilla sin matear. Nos moríamos de ganas, pero era muy temprano. En realidad, todavía estaba amaneciendo; la capa tormentosa embargaba la luz de Noviembre distribuyendola en forma de grisura.

Pedro estaría con todos los pedos mañaneros en la panza.

Casi todo el mundo dormía aún y era mejor así.

Ahora pasamos frente al caserón de la mujer del 'Turco', lo reconocimos y memorizamos cómo regresar evitando los peores pantanos. En el baldío de enfrente se inundaba una canchita de fútbol, pero nuestro Chevy casi se quedó en los chorizos oscuros de la cuadra siguiente, por donde se nos ocurrió dar la vuelta hacia el bulevar.

Habíamos hecho noche en lo de doña Mariana, un montón de ruinas entre las que dos habitaciones seguían de pie, conservaban encima la techumbre protectora, aunque igual la lluvia cantara en varios tachos, chorreara ante la puerta como una cortina de vidrios, salpicara al interior y provocara que las tablas carcomidas y ahumadas del cielo raso olieran de un modo apenas soportable.

Me ubiqué en el rincón donde solía estar una alacena verde y la mancha clara conservada por la pared acunó mi sombra, que apenas se movía. Habiendo tenido tan poco que ver con el tipo de vida transcurrida entre sus paredes, aquella casa había sido importante para mí. Ahora era un montón increíble de escombros que me atraían. Observé el piso en plena cavilación. Es mejor denominarlos el conjunto de contrapisos restantes. Descubrí que la casa había sido construida varias veces sobre sí misma. Que su emplazamiento inicial había copiado la ochava de la esquina, como demostraba el material más antiguo. Superpuestos, habían ido derivando los otros dos o tres hasta adoptar la habitual posición en ángulo recto con relación al paso de la vereda, la única que yo había conocido desde mi infancia.

Mientras los otros bromeaban y manoseaban a las pobres mujeres sobrevivientes que, más que nada en mi memoria, yo quería y respetaba, el invariable guiso con mucho zapallo y fideos moñito, se calentaba de a poco en el mechero a kerosén y de a poco iban comiendoselo a medida que lo encontraban a medio calentar y se invitaban con la única cuchara. Yo trataba de entender el fenómeno de la nostalgia, ese océano de ilusiones, de engaños y estupidez, que amasa cada uno, tan incansablemente como a su agua el mar.

Me preguntaba si cada uno de los otros vivía igual de sometido a ese embate, a sus derrames, y luchaba a brazo partido para escaparse ileso por medio de las absurdas versiones de la conducta cotidiana.

Esa madrugada llovió muy fuerte y me hicieron levantar antes de que lograra dormirme. Estaqueado por la incomodidad, me había desolado el monótono canto de las goteras. Nunca como esas noches se me vuelve tan odioso el ronquido ajeno.

Pensé, pero no pude soñar y quién sabe qué hubiera soñado alguien transportado de este modo a rincones de su infancia y adolescencia, su época querida, plagada de ilusiones y empeño,

desvaríos y nobleza, de la que emergió a la vida emplumado de rojo como un pollo de riña, deseando lucirse todavía en cada tarea, con los pendones de padres y hermanos y de su flamante historieta sobre los hombros.

Fui a orinar con una linterna en la mano y vi los pisos desfondados alrededor del baño y frente al patio, desfondados sobre la tirantería paralela que los hacía cubrir un breve sótano de ventilación bajo los cuartos. El aserrín habría llovido alegremente cuando los cielos rasos de arpillera y papel se abrieron, se rajaron y acabaron aplastados bajo una mezcla de ladrillos, cal y chapas podridas, colgada de algunos rincones en posición de derrumbamiento congelado; ahora empapados de nuevo, hinchados y hediondos cadáveres en el alba.

Con el pensamiento volví a elevarlos y a reconstruir su aspecto, buscando mantenerlos a salvo como cuando unas velas encendidas frente a las estampas religiosas, alumbraban el gran cuadro del dormitorio principal, las tres mujeres acostadas en sendos lechos matrimoniales, alcanfor, alcohol y naftalina, conversando entre sí la más vieja, la madura y la más joven; anteojos, tristezas, cremas faciales.

Los sostuve en su puesto por unos segundos mientras liberaba la vejiga. Sólo unos segundos hasta oír las voces conservadas por mi memoria en su justa naturaleza. Pero alguien ya había arrasado el patio y oí, como si gimotearan, los pedazos de jardín, del gallinero, donde sólo reconocía en su lugar un rectángulo infértil de bosta apelmazada sobresaliendo cinco centímetros, el limonero seco, la palma, el aljibe, los sapos impasibles tras sus ojos abiertos, instalados bajo una lluvia más intensa que ésta. Cuando el mundo empieza a quedarse vacío, sin detalles queridos, es cuando están robandonos la firmeza y sus puntales.

Todavía niño había visto secarse y desaparecer una glorieta de lilas a la entrada, por encima de donde nuestros saludos y despedidas se estiraban, tibios, entre grandes y chicos, como rocas de lana.

Las personas mayores acariciandose y halagandose atrapaban mi curiosidad y sacaban afuera mi pudor.

Guardaba reminiscencias de cada una de las casas donde había vivido y transcurrido temporadas o visitas frecuentes. Dentro de cada una existía un instrumento de cuerdas diversas que comenzaba a sonar no bien se atravesaba la puerta y dejaba oír sus ruidos típicos, música reconocible y entrañable como el olor de muebles y cocina. El cuerpo cascarudo preservaba su figura íntima, cierta planta en su maceta regada cada vez que uno de sus miembros se lavaba la cara, las manos o los dientes, o una canilla goteaba sin remedio.

Cada una era un modo de vivir y de considerar cómo vivían las demás. Allí nada podía ser injusto. Estaban erigidas alrededor de un modo de ganarse la vida, de reír, de comer y entretenerse. Cada una era un modo de recibir al otro. Cada familia era un modo de adoptar y adaptarse a una fachada, a un comedor, a un patio, a la ubicación de una casa y el cariz de un barrio. Nada terminaba siendo casual o inculto. ¿Cuál de ellas no había llegado a ser un universo de adultos, niños y adolescentes, varones y mujeres? Adentrarse en cada una era reconocer su esquema completo. Conjuntos con cierto grado de generosidad y egoísmo, de intimidad, de complicidad y la alegría resultante. Ciertas aceleraciones eran toleradas o ciertos vacíos se volvían incómodos. Sus pasillos permitían carreras o sus patios desórdenes y redondeles. En cada una vibraban una formalidad y un horario.

¿Qué significaba haberse separado de aquellos pequeños mundos? ¿A dónde habían ido sus habitantes? ¿Cómo había resultado posible tanta separación y olvido?

Hacía mucho tiempo que no me sentía ubicado en alguna de aquellas casas. Por los cuatro costados me sentía rodeado por depósitos de decepción.

Me asomé al interior de mi memoria. Vi descuartizado mi pasado, amarradas a lugares dispersos las partes corrompidas, sin valor. Me dieron ganas de morir, de ya estar muerto, de ser otro fantasma. La verdadera vida estaba muerta ya. Creo que deseé estar soñando mientras orinaba, y que todo se convirtiera en el orín de una ligera pesadilla. Yo también era un montón de cascotes, de otro modo no me hubiera encontrado metido en este paseo.

Algo se había derrumbado sin que supiese evitarlo.

Relacioné aquel momento con la matanza de vacas, su desmembramiento cruel, los invariables y lustrosos ganchos grasientos que ordenaban el espectáculo, la carne en su frialdad y el olor en el interior de un carro cubierto por una lona o el de un furgón del reparto clandestino. Nos vi a todos vestidos de blanco, tarde o temprano, chorreados de sangre, sin reaccionar, absorbiendo en el alma aquella podredumbre.

Yo trataba de comprender a Pedro, por ejemplo. Trataba de pensar que era uno de nosotros; trataba de disculparlo, no sé por qué. Él no era de los que pedían consideración; amedrentaba y prefería amedrentar. Para eso le pagaban.

Esperamos un buen rato antes de ir a golpear en lo de la 'Negra', la mujer del 'Turco'. A pesar del sobrenombre era hija de gallegos y blanca como la leche. Mientras pestañeaba y se tenía el cuello de la bata bajo la papada, nos hizo dejar la caja de galletitas donde le llevábamos el cambio menudo, nosotros, que entre los tres juntábamos para ir a comer una pizza con cerveza. El Pirincho la dejó sobre una mesa en el centro de la sala que ocupaba toda la planta baja del caserón y servía de garaje y lugar de entretenimientos, a juzgar por lo que contenía, por lo que amontonaban contra las paredes.

Ella extrajo la antena del auricular y marcó un número.

- Hablo yo – dijo – Los chicos ya dejaron el depósito. Van a pasar por ahí cuando vos digas -

- Vayan a eso de las diez – fue su frase de despedida, y nos empujó afuera como si ya no soportara nuestro olor a desgraciados – Yo voy a recontar esto y él va a entregarles el pago en billetes grandes -

Subimos otra vez hacia donde estaba el cementerio del sector fabril, por donde habíamos pasado al llegar.

En sus comienzos como parque industrial, los límites suburbanos apenas asomaban con alguno que otro rancho, chiqueros, basureros inestables. Treinta años después una barriada lo rodeaba y rebasaba largamente, contenía una avenida con bulevar de chivatos rojos y amarillos, sauces, y un barrizal transitable. El paisaje familiar incluía el fantasma orinado de una destilería, de una ex fraccionadora de gas, de un aserradero chato y oscuro y las dentaduras huecas de los ventanales apedreados de fábricas pintarrajeadas, abolladas y calladas como monumentos inconclusos.

Creo que fuimos puntuales por puro despecho. Planeábamos comprar un equipo de mate en cuanto pudiésemos. Estábamos hartos de fumar o mascar chicle, hartos del lugar y sus fantasmas grises.

Estacionamos de punta, encajando los remates del chasis en las cejas de la vereda, ante la boca de un cascarón de mampostería y chapa. Aprovechaban directamente el boquete en el fondo destruido para realizar las descargas y cargas. Cantidad de medias reses colgaban en desorden desde clavadores firmes todavía; adornaban el oscuro vacío bajo techo. Los cadáveres apenas se balanceaban en el aire húmedo, apenas giraban hacia un lado, retrocedían hacia el otro, goteaban el rojo final por el extremo de los cogotes al piso de tierra encastrada de coágulos.

Dos o tres docenas de hombres de variada edad y aspecto participaban de la subasta. Todos usaban botas de goma y expresiones aislantes.

Subido a una mesa de madera, cuaderno en mano, su voz gruesa y amable de abogado enriquecido, el 'Turco' se ocupaba de estimular los avances de la demanda. Manos alzadas hacia la mercadería colgante, le señalaban condiciones o detalles que la voz de cada cliente trataba de ir convirtiendo el modo más gracioso posible, en alegato de defensa.

El bigote del 'Turco' se las arreglaba para descalificarlos.

Nosotros no veníamos a compartir la función.

Nos miró acercarnos tranqueando, asomando entre dos furgones y sin pensarlo lo saludó al Pirincho, manteniendo su mano durante tres segundos, quince centímetros por encima del revoltijo de sus gesticulaciones.

Nuestro chofer le respondió con una sonrisa pálida y ahí nomás se detuvo, a relojear la concurrencia. A muchos los conocía y a otros no.

Otra vez nos pusimos a fumar.

Ya era noche cerrada cuando doblé a la izquierda la última de noventa grados y aparecieron los primeros detalles que mi llegada volvía visibles, luego reconocibles y enseguida controlables, sus árboles y la casa, cuyo estado aparente era mi diaria inquietud como jefe de familia. Era mi mujer la que a continuación se encargaba del timón general.

Emboqué la entrada con un volantazo sobre el terreno carcomido y frené ante la tranquera blanca, deslumbrante. Una maniobra que podía hacer a ciegas. Tres pares de ojos vidriosos sacudían sus colas de un lado al otro cruzando el patio al trote, competitivos. En ese momento mi esposa abrió la puerta y salió, evitando ser encandilada por los faros.

Sumado a este movimiento de bienvenida me hubiera gustado ver más luces encendidas por las ventanas.

Sonó el teléfono y me lo llevé a la oreja mientras me deslizaba del asiento confortable. Más que preocupado por los inconvenientes del día, llegaba ansioso, necesitado de relajarme hasta mañana. Deseaba reencontrarme desnudo, en brazos de mi mujer, y pensarnos abrazados también por la casa en calma, cobijados todos por el silencio imperturbable del cielo nocturno, nuestro cielo nocturno.

Hablé con uno de mis socios, a los que acababa de ver esa tarde de viernes. Mi mujer había venido acercándose, provocando una gran sombra movediza sobre la fachada. Ahora escuchaba mis monosílabos finales, de pie junto a la tranquera abierta a la izquierda, iluminada por los faros del automóvil ronroneante. Sin embargo, su ceño me hacía sentir que algo no me franqueaba el paso todavía.

Embutí la antena luego de agradecer las novedades. Me reproché el tono final que ocupó mi boca. Mi sombra proyectada entró en escena y se unió a la de ella. Le besé los labios, mecánicamente.

Metí el auricular en un bolsillo de la campera y también la otra mano. Nada de abrazos. Sentí que el peso de mi cansancio me tiraba de los hombros.

- ¿Qué vas a hacer ahora? -

- Volverme – no se me ocurrió qué más decir – Yo no sabía nada ¿podés creerlo? ¿Has estado escuchando los informativos? – Asintió. Miraba a un costado, no tanto por el destello a mi espalda. Estaba asustada, todo lo asustada que cabía. Los perros pedían caricias como a cada arribo. Los contemplé esperarlas. Estaba bien que no hubiera más luces en las ventanas.

Miré por encima de la arboleda, pero encontraba un telón negro, descendido. Era uno de esos momentos en que es deseada intensamente la inminencia de los detalles hogareños, vagamente extrañados durante la jornada.

No sabía qué palabras agregar y ella tampoco. Me demostraba que su seriedad habitual podía ahondarse aún.

Le acaricié la cabeza y los tres perros sonrieron y sacudieron sus plumeros suaves; sabían, suponían que les llegaba el turno. Volví al automóvil y recuperé su olor a máquina dócil, preparada, diferente del aroma a tierra y vegetación humedecida por el relente. Salí marcha atrás y odié esa curva plana y polvorienta que amaba desde la niñez, que se abría a la derecha, revertida, sobre el párpado del tablero fosforescente.

Encendí la radio y moví el dial del punto seleccionado donde obtenía mi música, en busca de noticias, a pesar de lo que me asqueaban.

La oscuridad del pueblo no me sorprendió. Mis socios esperaban frente a la fábrica, apoyados en sus vehículos, detenidos en mitad de la calle. A mi vez frené sin cuidarme de dónde lo hacía. Pensé en tres terratenientes bien montados a los que citaba en un mojón una preocupación de clase. No había tránsito que oír ni peatones que ver. Éramos tres hombres altos y serios buscando ponernos a la altura de la circunstancia.

Ellos habían estado estimando qué podíamos hacer, primero que nada. Ya se habían repartido algunas tareas.

- Nos conviene que preparés tu casa acá pero que siga pareciendo deshabitada. Queremos que descansés la cabeza un rato. Vas a tener que tirar algo importante para mañana temprano y hacerlo en tres niveles ¿entendés?... Voy a instalarte una fotocopiadora; mi mujer va a sacarla de la biblioteca del colegio -

- Ya hubieron choques aquí cerca y se están preparando otros más gordos y del estilo que te imaginás. Lo mejor será que nos anticipemos a todo cuanto podamos. Precisamos descargar el camión antes de acomodarlo para nosotros –

- Pero también hay que decidir en qué lo ocuparemos primero -

Me explicaron cómo se planteaba la situación a nivel local y con quienes se habían entrevistado ya, dentro y fuera del grupo. Sin necesidad de explicitarlo sabíamos en qué medidas estaríamos de acuerdo.

La fábrica nos escuchaba cerrada, a oscuras, como una abuela muerta.

- ¿Qué hacemos con ésta? -

- ¡Ja! ¡Qué lo sa! -

- ¿Han probado comunicarse con alguno en La Plata o Capital? -

- Andá a ubicarlos ahora. Sabés el lío que tendrán. Es más fácil que nos llamen ellos -

- Pero no esperemos más de las seis de la mañana – fijé.

Los adoquines brillaban por su cuenta, como si acabaran de ser barridos.

- El puente de la ruta está cortado y ahí es donde hubo disturbios entre las familias de los metalúrgicos y los que salieron del barrio -

- Quién lo hubiera imaginado... -

- Por qué no preparás tu bastión lo mejor que puedas. Hacenos lugar. Yo voy a llevar algunas herramientas más tarde – me dijo uno. Sentí que los tres éramos intercambiables, que la confianza de tanto tiempo nos lo permitía, llegada la hora.

- Si no tenés un televisor puedo llevarte uno -

Asentí. Me venía muy bien que hubieran pensado en todas esas cuestiones.

Con un imprescindible empujón a cierta altura, abrí las puertas pretenciosas de vieja madera ornamentada.

Usé mi linterna de bolsillo. La lámpara seguía colgando su elegancia en medio del vestíbulo, pero el piso estaba demasiado sucio. Primero pensé que eran pichones de paloma; luego los desconocí. Redondos, panzones, desvalidos, torpes como pingüinos, se confundían con sus sombras, pico largo, plumaje rojizo, casi terracota, lacio y encanutado todavía. ¿De quién eran hijos?

Hojas de roble, hebras de colas de zorro y cebadilla seca desfiguraban al encimarse los motivos de los mosaicos. Algo había deshecho un arreglo floral. Tuve miedo de resbalar al pisar todo aquello. Todavía calzaba mis botas de montar, pero así y todo el mío era un miedo gris.

Con una perfecta patada me descargué un poco de los nervios y lancé por la entrada hacia el fondo de la calle a aquel bicharraco desagradable. El otro, con su invalidez ominosa, se acurrucaba junto al zócalo, intentando mimetizarse. Retrocedí y cerré la puerta de calle. Busqué la llave general e iluminé la habitación. De entre las hojas se removieron varios pichones de gato, tambaleantes y chuecos, que instintivamente se alejaron de mí hacia la puerta vidriera que daba al comedor principal, mostrandomé sus culitos oscuros al alzar las colas para estabilizarse.

Había descuidado la vieja casa paterna.

Fui hasta el segundo pajarraco y lo aparté con la punta de la bota. Me cuidé de presionarlo porque, mirandoló mejor, parecía una pústula a punto de reventar y derramar su inmundicia interna. En verdad parecía un juguete diabólico de ojos perdidos en la idiotez. Los gatitos se detuvieron al borde de la penumbra; se volvieron y maullaron porque nadie los amparaba. Pensé que eran los hijos de la gata gris, si fuera posible que la gata todavía viviera. Aquella mugre me desalentaba. No iba a matarlos. El olor a muerte ya abundaba. Los metería en un cajón y al patio del fondo. Había lugar de sobra.

Necesitaría desplegar los mapas en la mesa del comedor; nos imaginé juntando las cabezas sobre ellos. Despejaría de muebles inútiles los dos o tres cuartos contiguos.

Pensé de adónde habrían aparecido esos pichones asquerosos y de qué especie serían. En Australia existían parecidos, pero de ahí a resultarme lógico que me esperaran en la casa... Oía los quejidos de otro más. Estaría también a punto de reventar. Los barrería enseguida, junto con la hojarasca y la mugre, pero los tiraría por sobre la tapia al baldío de enfrente para no dejar señales de mi presencia.

Debajo de la cortina desteñida, recogida en un rincón, como siempre, vi asomar una jeringa descartable, vacía, polvorienta, con la aguja colocada.

Sonó el teléfono en el bolsillo de mi campera. También tendí a imaginarme quién era el que llamaba, a definir un rostro conocido entre los rostros que giraban en mi cabeza.

Debería sacar mis armas, limpiarlas y revisarlas.

(1997)

El viaje

In memoriam M. A. V.

Quien no ha muerto joven, no merece vivir.
Cioran

Hace años vengo prometiendo escribir un relato sobre aquella vez que viajamos en tren desde Ranchos a Altamirano y, combinación mediante, a Chascomús.

No sé si lo recordarás. Por mi lado puedo hacer la memoria de mis propios recuerdos.

El vagón estaba muy iluminado, como un parque de diversiones, para lo que fueran la penumbra pueblerina y la oscuridad del campo. Nos habíamos quedado unos días terminando detalles del trabajo y pasamos tres noches enteras discutiendo de política a nuestras anchas. A tu instancia, también hablamos un poco de ese otro misterio, las mujeres. Por postura ideológica te negabas a ser cliente de prostíbulo y se te volvía cuestión perentoria el seducir a alguna cada tanto. Algo parecido hacías con la política y sus expectativas de entonces. Había una sola relación legítima para conformar tu ímpetu, una que, adonde fueras, exhibías por delante, como a tus ganas de seducir.

Ubicandonos de a poco, diría que viajamos en una burbuja de luz que, si observo bien, era una luz gastada. No me interesa aclarar si fue un atardecer húmedo y oscuro, con bolsones de neblina al fondo de las calles, o si se trató de un cielo colgado, azul turqués y frío.

La calle real perfilaba su procesión junto a las vías del lado de nuestras ventanillas, recortándose contra los efectos crepusculares. Fumábamos frente a frente y puedo reconstruir tu mano sosteniendo el cigarrillo.

Encontrarte bajo luces y un auditorio cautivo en sus asientos, que tu gesto podía convertir en platea, comenzó a insinuarse y provocarte.

Estábamos al comienzo del vagón y vos de espaldas al pasaje.

- Miralos – dijo por sobre el hombro, tu irónico agridulce – Miralos ir y venir cada día del matadero, como borregos. Miralos, engañados por completo y tranquilos. Oílos hablar de fútbol o chismes. Entregados a los entretenimientos del establishment. Viven ciegos y sordos porque no quieren ver ni oír. ¿Qué te parece si aprovechamos para hablarles? -

Era una linda idea.

- ¿Te parece? Vas a conseguir que nos tomen por chiflados. No los asustés. Nada les gusta menos que los pongan de cara a sus propias limitaciones y miserias. ¿A quién le gusta? Sabés que a esas cuestiones se las convierte en folklore. Vas a quemarte vos, y lo que es peor, vas a quemar el mensaje -

Te habías embalado:

- ¿Qué te parece si me paro y les pido un minuto de atención? ¿Acaso no se bancan al vendedor de biromes? ¿No te animás a armar un debate? -

. ¿Les vas a vender a Marx, al Che, a Camilo Cienfuegos? ¿Les vas a proponer que exijan la reforma agraria en la provincia de Buenos Aires? Vas a conseguir que te miren con lástima, o que se burlen del discurso a través de vos, o de vos a través del discurso. O que alguna vieja chupacirios llame al guarda -

- Al guarda también hay que explicarle que es un explotado, si es que no lo sabe. Que mientras unos se dejan arrear como animalitos, él es otro de los que hacen el trabajo del perro pastor para el dueño de la majada -

- No, no sirve. Ya sospechan esas cosas y se las aguantan. Es el mérito de su despecho. Es como un trueque moral. Se lo convertís en un problema existencial y les creás un peso extra que no soportan. Y encontrarán el modo de sacarselo de encima. O si no, se te empacan como burros. Estoy seguro de que al guarda le interesa que no le vayan con problemas y volver cuanto antes a su casa. Aprendé del vendedor de biromes: lo primero que hace es tratarlos de damas y caballeros; a partir de ahí todos juegan su juego. Modificar estas formas acomodaticias no es fácil; significa

quitarles a sus vidas lo que tienen de más íntimo y espontáneo, de acomodadas y de característico. No podés pedirles que renuncien a esa gracia -

Te acodaste en el marco de la ventanilla y pareciste resignado. – Integrados, integrados – rezongabas. Te tenía enganchado esa definición. Me miraste de reojo. Sabías que yo tenía razón y que la psicología me respaldaba. Yo no era tu compinche ideal. A mí también me hubiera gustado verte secundado por otro, con tus mismas ganas.

- Sí – dije – Claro que son unos integrados y una majada. Nunca vas a convertirlos en lobos usando ideología – Me miraste con el mismo rencor que yo suponía ibas a encontrar en sus ojos. Decir que las verdades no sirven con la gente, no significa haber encontrado otras verdades. Significa que muchas otras verdades se nos escapan, y que su peso, aún oscuro, mineral, curva la realidad y la arrastra a su camino. Es un error tan frecuente y tan grave meterse en realidades despojadas de todo misterio.

Siempre restan explicaciones, más profundas cada vez. Indican que pisamos nuestra condena a la superficie. Pero ¿por qué un joven va a reconocer y respetar precisamente al misterio? Imposible. La sangre le hierve, sus ojos se abren inundados por lo inaceptable. Enarbola el misterio de su propia vida puesta en vilo, único hierro que tiene en las manos.

Al minuto te volviste hacia el pasillo, encorvado bajo una supuesta joroba, adelantado el mentón. Actuabas:

- Integrados – murmuraste, a modo de prueba de sonido, buscando el tono – In-te-gra-dos... -

Devolviste tu espalda encrespada al respaldo de madera y me sonreíste, satisfecho.

- Lo que hace falta es la máscara... Si yo fuera el Che o Alfredo Alcón, me darían bola automáticamente... Vamos a gritarles ¡Integrados! ¡Integrados! ¡Boludos! ¡Alcahuetes!... Si eso es lo que son. Por ahí se ponen a pensarlo -

Gozaba con tu juego, de tu alegría altiva. De tu sesgo de alfil. Aquello era el juego más atrayente; contenía las medidas de tus fuerzas, de tu estatura oculta, de tu sombra real. Negué con la cabeza.

Como si insultaras al profesor de espaldas, soltaste tus descalificativos hacia el pasillo de aquel vagón traqueteante en medio del campo.

- Integrados... integrados... - Tu público se hacía el sordo – Boludos.... boludos.... -

Me cautivan las explicaciones, pero porque emergen como prueba de la infinitud de lo inexplicable.

- Decir la verdad es una de las formas del amor, y decir mentiras es una de las maneras del poder, pero eso no es todo. Cuando decís la verdad, la gente, el otro digamos, debe estar en condiciones de reconocer y rechazar el engaño, debe estar en condiciones de prescindir del mentiroso que, las más de las veces, es su ilusionista favorito. Además, debe estar en condiciones de soportar la verdad con mucha firmeza para apreciar su principal consecuencia, que es la libertad, al menos la libertad interior. Pero ¿es posible ordenar ese cambio? -

- Precisamente ese cambio es una revolución, la revolución. Ese es el mayor significado contenido por la revolución. Sin ese cambio no hay revolución que valga -

- Ojalá resultara así -

- Integrados.... integrados... - repetiste, más alto, más decidido.

- Dejate de joder. Ellos no tienen la culpa. Es injusto responsabilizarlos -

- No hablé como un peronista –

- No soy peronista; soy radical –

- Es lo mismo –

- No, señor; no es lo mismo –

La locomotora pitó y empezó a detenerse. ¿Te acordás cómo se llamaba ese lugar, ese puntito del mapa bajo una lámpara indefinible? La mínima parada intermedia en la que, desde abajo, alguien le gritó al maquinista y recibió un bulto desde el vagón de mercancías, el primero de la breve recua.

- ¿Por qué para ahora? – dijiste - ¿Qué es esto? -

- Alegre – te dije, mientras los pasajeros habituales nos miraban y sólo el frío subía al tren. Yo había visto el letrerito al llegar; me fijaba en esos detalles que vos pasabas por encima. El tren se detuvo en Alegre. ¿Existirá aún? De lo que se veía al costado fui memorizando las siluetas cinematográficas de unas acacias peladas, de una tranquera nueva y un sulky bamboleandose de una rueda a la otra, avanzando en nuestra dirección, el caballo y el pasajero retrasandose, yendo para atrás, yendose para siempre de nosotros, su pequeña polvareda iluminada por la luz que caía de las ventanillas.

Hace años que amenazo con escribir este relato sobre nuestro viaje, un viaje ordinario que tanta gente hacía y siguió haciendo cotidianamente hasta que anularon el servicio. No sé si te acordarás.

A menudo he pensado que no podría hacerlo. Había una canción de moda llamada 'Aquellos fueron los días', cantada por una tal Mary Hopkins. Hablar de vos me permite ponerme en segundo plano, en ese plano que se esfuma sin perjuicio, como el ponernos a hablar del pasado o del futuro nos salva de hundirnos y ahogarnos en el pantano del presente. Como buen gallego, tenías la barba cerrada y recién afeitado te hacía parecer mayor de lo que eras. Pero no te atraían las jovencitas, no sabías cómo soportarlas.

Eras entusiasta por naturaleza. Cuando descubrías algo, una forma de ser, de vestirse, de llamar la atención, quedabas embobado ante tu hallazgo. Ante un libro, un hombre, una mujer.

Como aquella sicóloga o docente diez años mayor, que conocimos en Santa Teresita. No recuerdo su nombre y no puedo saber si es el mismo nombre, la misma Norma que apareció después. Era porteña y estaba de paso en un colegio de la costa, a cargo de alguna suplencia o algún proyecto sociológico con jovencitas.

Creo que ella fue el contacto al que aludiste aquella noche. ¿Te fuiste a Buenos Aires por atrás de ella, empeñado en conquistarla? ¿Ella era un gancho y oficiaba de contacto con su grupo y otros grupos y te inició en la tarea de los contactos? ¿Fue la misma que se encargó de comunicar tu muerte? ¿Y te sobrevivió? Nunca lo sabré.

Cuando uno es joven casi todo lo que hace son preparativos para irse a otro lugar, para distanciarse de su pasado y meterse en otro, para apartarse de sí y sus remanidos errores, apartarse de su familia y comenzar a construir otra. Casi todas las vueltas, idas y venidas, las damos como prólogo confuso de un caudal definitorio. Cualquiera viaje puede caernos iniciático. Cualquiera de esos prolegómenos puede ser discriminado y tejido al que después desencadena otros y otros, y se revela conductor, imantado. Balance que no te dejaron hacer porque se hace después de haber vivido la vida que a vos no te dejaron vivir.

Discutíamos. También delirábamos. Sobre las camas y en el piso los libros de Henry Miller, Lobsang Rampa, Cortázar, Hesse, y siempre el 'Paroles' de Prevert, conteniendo tus queridas ratas del albañal y tu Barbará.

A esa edad uno agarra para acá o para allá, como si se fuera a la esquina. Teníamos 20 y 22 años, creo. Tener esa edad en los '60 era doblemente significativo. Supongo que ese es el punto. Me parece que el hecho de preguntarme qué voy a decir ahora, y para qué voy a decirlo, más allá de tu pronta muerte, de tu pronta simbolización, no resulta invalidado porque me obligue a hacerlo. Que hoy estés muerto es lo que más me obliga, sin embargo, como la misma juventud nos obligaba entonces. Ser joven es una obligación intensa, angustiante, a veces morbosa. Pero lo sintomático es el modo de tu muerte, que califica a la época, y por encima de la época, a las conductas. Convierte ese aparente final del morir o el hacerse matar, en impulso perpetuado, como prueba, como evidencia irrefutable.

Los que seguimos vivos también somos símbolo, admitamoslo en honor a la vida, pero debemos alimentarnos cada mañana, dormir, no podemos llevar antorchas en las manos porque se nos caen los pantalones, y las llevamos humeando en el estómago. Te consumiste sobre vos y te alimentás de esa consumación; podés seguir velando mientras cerramos los ojos. Pero no debe ser preciso que nos sintamos muertos para que los muertos nos ayuden a resistir.

No puedo decir que tu muerte es el precio que pagamos, el rescate por nuestras vidas, porque entonces la convertiría en una condena a nosotros mismos y tu mano trataría de arrancarme el corazón. ¡Qué reclamo infinito el tuyo! Contiene el desfile de las desvergüenzas.

Algo que enseguida veo es que has quedado joven para siempre, vivificando cuanto implica e implicaba entonces, y por mi lado, porque en estos pensamientos la contradicción juega su partido a troche y moche, como si otra juventud permaneciera recluida, o refugiada en mí, siento que no puedo envejecer. Miró lo que me hacés decir. Alguna porción, algún resorte todavía está esperando que algo suceda o se concrete, para añadirse el tiempo transcurrido, el tiempo que, mirado desde el presente, se ha ido yendo en vano por encima de todo. Creo que no es una sensación demasiado errónea.

Creo que ese es el cielo donde vos estás.

La última nota que tengo tomada por ahí, pregunta si puedo considerarme tu heredero, yo, que aposté a mi paciencia, heredero de vos, que apostaste tu vida. Y si no busco considerarme así ¿qué otra cosa me empujaría a seguir esperando?

La cuestión me emociona de inmediato. Mal estado anímico para ponerse a escribir, dicen. Voy a equivocarme mucho, a errar y exagerar, dicen. Pero parece que sólo cuento con él. De cualquier modo, no hay que dejarse engañar por un texto; en el texto siempre se dice lo que queda callado.

Una emoción irracional envuelve estas cuestiones, que vienen de lejos y estiran y tensan cuantas cuerdas rocen.

Dandolé vueltas he comprobado que voy a fracasar ante ésta. ¿Sabés qué es lo más difícil? Encontrar, decidir cuál es el rastro o el nivel de sinceridad justa para que haya aquí una historia, un diálogo. Lo probable es que, si dependen de la temperatura de mi escepticismo o la bronca, esos niveles se me escapen entremezclados. Tal vez lo menos franco sería la mejor franqueza: cuidarme de rozar el cinismo, guardarme otra vez los pareceres. Pero es, por mi lado, mi compulsión meterme en dilemas fuera de mi capacidad, como le pasaría a un caminante casual. Dilemas que ponen a prueba la organicidad de mis razonamientos. Digamos que esa es mi inocencia y a la vez mi poca bravura. Antes que en otros bailes siempre nos he visto debatiéndonos en nuestras inocencias. Esa melodía que no necesitan los demonios. Esa que luego nos permite comprendernos, y a los demonios volver a vernos.

Tu muerte vuelve incómoda cualquier posición. Es que ninguna puede justificarla, sólo la tentación. Sólo se la puede alzar como un reclamo incesante. Ir corriéndote, ir poniéndote de a poco entre los más antiguos niños asesinados. Mientras crece progresivamente la convicción de que vamos hacia el odio sin remedio y la matanza.

Hubiera sido inútil tratar de desnudarte de cuanto te atraía hacia la prueba. Creo que sólo otra pasión hubiera podido: una mujer, esa otra tumba que te desnuda y te toma la vida.

Me doy cuenta de cuán jóvenes éramos.

La pregunta constante es qué voy a decir con este relato. Si se trata de plantear explicaciones o de algo más importante, inconcluso. Importante por incluso. Que está doliendo, aguijoneando. ¡Hay tanto que parece terminado!

El hecho de tratarse de un pequeño viaje me tienta a parangonarlo con tu vida, a extrapolarlo con el significado deducible de las brevedades en este país, en nuestro dilatado país. Me lleva a buscar un peso íntimo y el trauma necesario. Ocurre que también quiero sentirme sosteniendo el peso, esa explicación, esa gravitación tuya. Me obligo a no dejartelá entera, no quiero que su probable sentido quede encerrado y cancelado por tu suerte. Pareciera que sólo nos queda rescatar lo poético de nuestros errores. En todo caso lo poético es un presupuesto, un tono, pero no un procedimiento conclusivo, terapéutico.

Quiero que algo sobresalga para destruir la versificación, hacia acá, hacia el afuera del tiempo; aunque sea una rémora, una culpa. Como decir al final de una estrofa: yo también necesitaba tu muerte.

El valiente es todo golpe, certeza, filo. Apenas necesita argumentos para descargarse. Y el valiente muerto alcanza el blanco, se convierte en puro símbolo. Resulta imposible acercarselé, tocarlo con las manos. No hace falta más suspenso. No quiero seguir viajando sin vos. Por ordinario y breve que el viaje resulte. Si algo me empuja a ubicarme, a situarme bajo esta luz, es el caso de que alguien, quienquiera sea, en cualquier tiempo, se ponga a pensar en complicidades y en la parte que me toca. Quiero decir que tu muerte hablará en mi juicio y dirá que vos te has convertido en razón permanente, por encima de todas las razones que sigan siendo utilizables. Empiezo por enarbolar esa razón sobre mí. No quiero dejarte en el pasado, interrumpido, equivocado, como fotografiado donde caíste por un reportero del sistema. Quiero traerte, como sea que pueda, pero no dejar atrás al que se distinguió por encima de las cobardías. Fantasmal, metido en nosotros. Tanto y tan duro ahora como entonces lo que significabas, como si cada día bajásemos al mismo andén y cada cual siguiera hasta su casa o su tumba, a buscar su precio. Debo significarlo. Podremos aceptar las treguas y el descanso de las almas, pero no la próxima crucifixión. El viaje que hacemos juntos no debe llegar a ese destino.

Si una gran división alimentamos los argentinos es la que separa nuestras almas de nuestros cuerpos. Por ahí nos corta la censura del filo. Por éste o tal interés, por ésta o tal razón, nos han llevado a tajarnos y escindirnos. No quiero perder de vista este punto. Es un punto grave que nos convierte en híbridos, en productos de una manipulación.

La violencia es motivo para acudir a la violencia, pero también se acude para darle carácter de razón. Los violentos ya han acudido a ella por falta de razones. Más que sufrir el drama de la exaltación o la cobardía, vivimos la impotencia de seguir siendo los mismos y entretejer como pueblo la justa proporción de las firmezas contenidas.

Pero vos sí entregaste tu pequeño todo; entregaste tu pequeñez entera. Tan entero que el tajo destinado a prepararte para otra cosa, te desangró. Estabas tan confiado en la victoria que muchos no podrán entenderlo. Puede decirse que nos obligan a sobrevivir remplazando el instinto amoroso

por el morboso, y que, de cada lado, no frente a frente, la morbosidad nos une por donde no debiéramos quedar unidos. Esta unidad agónica mantiene viva a la nación y sangrando a la patria.

Nos era usual hablar de 'este país' como si la nación fuera un cuerpo y la patria anhelo amorfo que se revuelve por dentro, que el cuerpo contiene y puede ahogar. La nación sigue identificándose con el enemigo, uno ya convertido en cadáver que sepulta su alma. ¿Y cómo impedirte que vivieras tu pasión? Buscabas el parto, ser parte y padre, manejar el origen de tu orgullo, de tu libertad. ¿Cómo regular ese instinto? Si su destrucción nos deja huérfanos. El sentido no puede aparecer lejos de tu amor obstinado, la tierra y las tumbas donde la vida está sembrada. Un sentido bajo el que yazga un pacto silencioso.

En aquella época había alternativas más valiosas que la violenta. No he dejado de creerlo y hoy mismo podríamos seguir la discusión. Vos respondiste a tu impulso y ¿qué puedo decir al verte volar por encima de palabras e impulsos? Cualquier papel me cae molesto acá abajo, y bueno, esa es mi quietud forzosa, Miguel.

Tampoco el rebelde persigue lo mejor de sí sino su propio sueño.

Pienso en el plan del Che, el segundo frente que propuso y su decisión de meterse en el Calvario de nuestras liberaciones inconclusas. Oferta lógica y poética, pero desesperada, propia de un convencido. No hay dolor ni desengaño que destruya su poesía; antes que eso nos empujará de vuelta a ella, y ¿cómo negar la definición política más neta?

A veces me pongo a imaginar los ríos de espanto y dolor acarreados por la elección de la respuesta violenta. No fue una inclinación atípica o extraña a nosotros. Sigo pensando que en aquel tiempo la democracia era revolucionaria todavía; alcanzaba para comenzar a destruir el autoritarismo genético. Tan revolucionaria para todos como hoy sigue siendoló la instauración de un proyecto popular y soberano. Te oigo reír y preguntar cómo se logra eso sin poesía y sin violencia y agregar que a corto plazo estaremos pensando que no nos dejan otro camino para salvarnos, que una vez más sonará la hora donde los que sientan ganas se diferenciarán de los que sientan miedo. Cuando unos ofertarán sus vidas y otros sus reservas.

Es triste repetirlo, pero la democracia fue una de las víctimas por la que nadie lloró. Es tan difícil entusiasmar con otra bandera que no sea hacer justicia con las propias manos y atrapar al futuro a manotazos. Si la tentación es uno de los sistemas permanentes para hacernos perder la inocencia, rescato a los inocentes cada vez, a pesar de todo lo que siento y lo que sientan. Ni siquiera me voy a poner a examinarlo. Es el costado reversible de lo fatal, de lo que nos obligan a tragar. Vos, también yo, hemos sido tomados por distintas tentaciones. Todavía cuido mi inocencia; por simple repugnancia he evitado iniciarme.

En mi adolescencia creo haber presenciado la expectativa despertada por el rumor de que el gobierno iba a ofrecer el cargo de vicepresidente o de canciller al Che. Hasta los conservadores estaban deseando tener una figura que oponer a Perón. No estoy diciendo que el Che se equivocó. Me responderías que igual lo hubieran asesinado.

Aun así, lo sueño. Me hubiera gustado tanto ver que el sentimiento democrático le ganaba la pulseada al autoritarismo, Pero es soñar demasiado. Otra vez caímos a la puja entre violentos.

Cuando discutíamos el Che ya había sido asesinado y no resultaba fácil comprender lo que significaba. En él resultaba menos valioso el guerrero que el dirigente. Pero de tan afilado que tenía el corazón, pronto se encontró solo, al borde de las realidades.

Pienso en los ríos de espanto y dolor y a la vez me prohíbo imaginar muertes preferibles o preferibles consignas póstumas.

Cualquier cínico puede salir diciendo que ambos nos equivocamos, y es amargo. Es como contemplar el humo que deja una locomotora al pasar por el campo o los patios. Es tan grave que ambos podamos ser definidos por el error; es tan grave decir que ambos fuimos vencidos. Que tu actitud implicaba mi derrota y que mi actitud implicara y siga implicando la tuya, que suena bárbaro y absurdo.

Sé que lo trágico nos rescata del fatalismo. Estamos justificados y disculpados por lo que sobrevivimos; esto viene a ser lo trágico. No haber podido tener razón ni vos ni yo es parte de lo que ahora nos une. Lo que me hace verte cercano y despierto.

No es esto lo fatal.

* * *

Casi treinta años después fui hasta Ranchos en mi viejo Citroën y anduve tomando notas de la estación, la cuadra anterior, el típico descampado ferroviario, buscando un hilo, un modo de provocarme. Averigüé hasta el horario del servicio que para nosotros significaba el regreso a la almohada y el inodoro hogareño. La combinación nos dejaba en Chascomús a las 22:00.

Regresé por Altamirano, por si acaso.

Altamirano es una pena imponente por lo dulce. Sus casas se arruinan de año en año mientras los árboles vuelven a estirarse y los pastizales insisten.

Aquella noche fue un conjunto tranquilo de luciérnagas desperdigadas. Apenas cálidos reflejos en tanto ladrillo desnudo y tanto hierro. Por la misma época estuvimos allí varios días, con la torre, el tanque y los talleres ferroviarios siempre a la vista por sobre techos y ramas. Y a cada rato la mano caliente y la voz de los trenes que se metían y salían, empequeñeciendo el pueblo.

Claro, allí no hay ricos ni influyentes y nada que detenga al viento de la pampa. No se puede vivir allí y ser un pretencioso. Esa obviedad lo caracteriza bien. Esos lugares pequeños han quedado grabados en mi espíritu. Son la otra realidad, el otro modo. No el otro sueño; los sueños en estos lugares pequeños también hermean lo paradójico. Los sueños se repiten en chicas y chicos y despiertan mayor ternura por ser los mismos que en todas partes.

Me parece lindo ponerme a contarte estas divagaciones a vos, que hace tantos años faltás. Siento que estuve entre aquellos a los que se nos escapó un globo de las manos, y después nos dimos cuenta de que ibas a bordo, y quien eras. Fue uno de esos sueños.

Te cuento que puse una cinta de Bob Dylan para empezar a escribirte. Uno de nosotros está gordo y viejo, no lo reconocerías. Otro se fue al sur y no supe más. Yo era un muchacho de su casa, acobardado por su padre, sin educación ni formación orgánica, sin la suficiente convicción. ¿Por cuánto tiempo iba a acompañarte? Además, ya tenía la amante que vos no encontrabas. Creo que mi monje ya se adormecía por muchos años y en vos, empujaba y empujaba.

No me permitiré escribir cualquier cosa. Este relato no busca acomodarte a nada. Aquí constan mis recuerdos y los sentimientos que un fantasma juvenil acomoda en mí. Ya sé que es complejo. No me preocupa ser periodístico; no quiero que los detalles hablen por mí, como hacen otros. Más que en la tuya o la mía, pequeñas almas que poco se diferencian de otras, me interesa rescatar la inocencia compartida, sacralizada. Sí, no te rías; a esta altura todos tenemos la inocencia sacralizada, creamos o digamos no creer en nada. Sólo la capacidad de creer supera nuestra condición humana. Pienso que en el fondo se trata del valor de la inocencia, esa porción anterior a todo, rescatada, que nos permite soñar con la libertad y la justicia y que es posible modificar los modos históricos, las formas humanas que han sido. Impulso imbatible, sea en vivos o muertos. Impulso genuino, el más valedero que oponer al escepticismo. Lo único con que podremos oponernos una y otra vez a las peores inclinaciones. No hay sobrevivencia que traspasar a otros sin nuestras reservas de inocencia. Aunque nos embosque en los peldaños o nos lleve de una oreja a la trampa. Aunque me lo discutas, aunque me lo impugnes, es un dilema válido.

El rescate de la inocencia me parece un buen planteo. Bastante original en este país de iluminados, sobradores y sabelotodo. En esta nación que ha sido nuestro eterno elefante en el bazar y ahora entrega los colmillos y se nos cae encima.

Siento que mi inocencia alcanza a sangrar junto a la tuya después de tanto tiempo y tantos sucesos. Como si fuera la sangre común que mana de nuestras heridas. A vos, desnudo, blanco, descarnado, sin uñas ni dientes ni debilidades, te toca sobrevolar con paciencia nuestras irresoluciones. Para mí lo hacés bien.

* * *

Así como el rock no debería ser escuchado sin primero tomarse unas cervezas, creo que los '60 no podían recibirnos sino desnudos como estábamos.

Era lo que tu alegría quería decir cuando tu ¡integrados, integrados! desafiaba con su tentativa a los pasajeros desparramados por el vagón, cansados o aburridos, cada uno junto a su ventanilla. Para vos, llegar cansados al anochecer era sinónimo de rendición, de alcahuetes del sistema. Les llamábamos viejos injustamente, porque a nuestra edad todos los adultos lo parecían. Me reía, pero no era gracioso.

Como buen actor instintivo, no dudabas en arrojar tu cuerpo a las fieras. Creías que lo valioso era el efecto, el espectáculo. Sabíamos que no había que contar con el pasado. Esa necesidad nueva nos entusiasmaba más que el futuro. Una ficción oportuna enfervorizaba más que toda la historia. No sospechábamos equivocarnos, hiciésemos lo que hiciésemos. Pero creo que sabíamos

que no habría error alguno en eso. De tu espectro brota, sí que brota, su humanidad. Aunque resultes una permanente obsesión manando de la intemperie. Tu terruño es un anhelo insepulto y se puede visitarlo por la noche, como a un bar, como a un café para solitarios.

Te gustaba el jazz; Coltrane, Parker, la trompeta, el saxo, Gillespie, Muddy Waters.

- Fijate – te dije – que a la frase ‘adónde vamos a ir a parar’ ya le han quitado los signos de interrogación, para transformarla en dicho de circunstancia -

Te tiraba el PRT y estabas esperando que ellos te descubrieran. Nunca hubieras sido Montonero. Tu padre había sido funcionario o comisario y explicaba tu lejanía del peronismo. La mía se explicaba porque me había criado entre conservadores que se decían radicales. Era un pajuerano en tu ciudad y vos un marginado entre los tuyos. Extrañados por decisión propia. Ese reniego me gustaba. Me gustaba que te llamaran ‘el loco’ a pesar de tu seriedad. No era un mote tan habitual como ahora. Era lo que te ponía en órbita delante de nosotros, que sabíamos que tu locura iba en serio.

No olvidaré cuando te vi en la costanera, de malla elástica y anteojos negros, una toallita al hombro, solo por sobre los ombligos de los bañistas una tarde de domingo. No los mirabas. Tus pecas y tu palidez lucían tu soledad como a un par de alas. Era tu forme de pasar gritandolé verdades a la gente. La última vez que te vi estabas disfrazado con gorra y toda, de ‘botones’ para un hotel de la calle Lima, cerca de Corrientes.

- Parecés una caja de alfajores Habana – me reí. Nos dimos cuenta que nos dijiste unas cosas por otras y lo comentamos al alejarnos; nos dimos cuenta de que ya estabas adentro.

Cuando me enteré de cómo te mataron, intenté dedicarte unos versos que todavía andan por ahí. Creo que son el único testimonio de tu asesinato en aquel momento. Contienen mi impresión de que tu herida rabiosa y tus insultos los decidieron a acribillarte, querido y eterno compañero de viaje. Fue en el '75, no en el '76, como muchos creen. Vale la diferencia. De tu asesinato duele más su pobreza como recurso que su crueldad como método. Esto es un pequeño homenaje y tiende a contagiarse de los grandes. Ni siquiera he averiguado dónde estás sepultado en nuestro cementerio legal.

Recuerdo que cuando llegamos la niebla rondaba las lámparas callejeras y los plátanos goteaban a las veredas sobre la caca de los tordos. Cada cual tomó por su lado. La casa de mis padres, ancha y sonora, quedaba a dos cuadras de la estación; alcancé a cenar caliente.

Ponías la almohada doblada tras tu espalda, te sacabas la camiseta y hablabas. No sé porqué te desabrigabas a pesar del frío. Te gustaba hablar y es posible que hacerlo sin recelos te acalorara tanto. Deseabas ser actor de teatro o cine, modelo o locutor; algo que te pusiese de cara a la atención de la gente. Estabas seguro de convencerlos enseguida. Era la misma seguridad que te causaba otros inconvenientes, como con las chicas. Usabas anteojos oscuros todo el año y en cuanto bar o boliche entrábamos pedías café con crema, sin consideración alguna, por vos o el lugar. Ser joven te desbordaba. Sabías que todo capricho era lícito y te los inventabas al estilo ingenuo de un James Dean. Como el de aquella psicóloga en Santa Teresita, que te llevaba diez años.

Querías que te descubrieran mientras otros disimulábamos. Antes que otras banderas agitabas la tuya. Me separás de vos como a una sombra. De algún modo, del que sea, todos los que estamos vivos nos sentimos responsables de los que fueron muertos. Para mí vos no estás muerto, sos un muerto, que es cosa diferente. Quiero que persista un hilo entre nosotros; quiero que tu muerte me mantenga marcado.

Me contaron que apenas habías quedado herido en el talón y en la comisaría de Florida te remataron. Me contaron que tus hermanos fueron a buscarte y te sepultaron discretamente, avergonzados de tu última jactancia.

Era imposible que le cayeras simpático a la gente. Estabas deseando ser descubierto y cuando esa propensión no es alabanciosa les despierta suspicacias muy oscuras.

Pero descubrirte es parte de lo que busco. Te alegrará que insista.

* * *

- No conviertas en consigna lo que debe ser una propuesta -
- ¿Por qué no te venís conmigo a Buenos Aires? Conozco a alguien que puede conectarnos. Si nos moviéramos juntos.... Si nadie se quedara atrás, podríamos cambiar esto en poco tiempo -

- Pero es que hay muchísima gente que no se queda atrás. Gente del otro lado... ¿No te das cuenta? Con eso que a vos te parece no reaccionar ni hacer nada. No saqués mal la cuenta. Y se trata de esa misma realidad que debemos cambiar. Que debe ser la consecuencia de una decisión genuina. No nos deben importar más los plazos que los modos. Esperar vale la pena. Crear el momento vale más que el momento mismo. Esto es indiscutible. Y no para mí.... Para los que te dije, la educación es más peligrosa que un mar de fusiles... Fijate... -

- Eso no es pensar. Este es el momento. Cambiar las condiciones para cambiar las conciencias. De eso es de lo que debemos darnos cuenta. De eso es de los que los garcas tienen miedo. Y podríamos comenzar por destruir estas escuelas de mierda... -

- No, no, por favor, no me plantees otra dictadura. Fijate el papel que están jugando los universitarios. Fijate lo que acaba de pasar en Francia. No niego que para mejorar la educación todo momento es bueno, pero si la verdad tuviera un efecto automático, como vos creés, viviríamos otra faceta de la demencia, y eso no va a ser así porque va contra nuestros modos de ser. No lo pretendas. Si te precipitás después no reclames porque te dejan solo -

Me miraste y no quisiste retrucarme.

- Hablo de la educación porque sin ella el hijo del verdulero de la esquina nunca será tu aliado, y sin él no irás a ninguna parte -

Quién sabe qué rumiabas.

Como no podía dejar de ser así, tu maleta era nueva y de una marca en auge. La mía, me había quedado de la colimba. Cada uno con su maleta y el odioso portafolio repleto, fuimos a la estación al anochecer.

Me parece que el mal tiempo avanzaba desde el Oeste. El veredón pasaba frente a la bicicletería, llegaba hasta el final del cerco de alambre tejido y doblaba, se introducía en el descampado y el patio de la estación. La senda de ladrillos alcanzaba una graciosa fila de plátanos y, a la par, se curvaban hasta la playa de pedregullo donde se podía estacionar bajo unos olmos o cruzarla musicalmente, con suelas o neumáticos, como a un preludio al viaje, hacia el molinete o las puertas. Al fondo, como telón previo a la noche y la brevedad pueblerina, sólo media docena de eucaliptos añosos. Más allá las luciérnagas inmóviles de las esquinas y algunas ventanas.

Sonaron lindo nuestros pasos sobre los ladrillos, sobre alguna mancha de gramilla, en la conchilla o el pedregullo. Reencontrábamos ese gozo como cuando íbamos los cuatro a la par por la 'vuelta del perro' de cada pueblo y para hacernos ver, empezábamos a cantar 'Honky Tonk Women'. Tan agradable como cuando nuestras sombras estiradas hacia atrás, volvían corriendo y nos pasaban por debajo ante cada columna con su farol ahorcado, se nos adelantaba hasta meter nuestras cabezas en la penumbra o las puertas verdes, y cuando nuestros roces y murmullos juveniles ingresaban a la sala y el ámbito los amplificaba y nosotros creíamos sonar a recién hechos, recién bañados y envueltos en celofán.

Enseguida estuvimos recorriendo el andén de una punta a la otra y preguntándonos a la medida de qué expectativa los habían hecho tan largos. Contemplamos la torre del agua y el molino a viento con la leyenda "*Agar Cross & Co. Ltd.*" en su cola. Probamos el grifo con su fuente de hierro empotrada a media altura; hicimos crepitar la piedrecilla blanca al dar la vuelta; vimos que los durmientes eran de hierro moldeado; vimos el número 4001 en la pared, bajo los clásicos letreros indicando "Oficina del Jefe" y "Telégrafo"; una placa conmemorativa de hierro y otra de mármol con clavos de bronce: "*En este partido Mr. John Hannah Fundó en el año 1836 la famosa Cabaña Negrete. Círculo Tradición Nacional. 1930. Placa N° 5*". Ahí apoyamos nuestro equipaje, porque daba para un comentario.

Tiramos nuestros puchos a la escupidera maciza junto a la pared. Varias personas ocupaban los bancos anaranjados, se apoyaban en las finas columnas de hierro que sostenían el alero, se entretenían reconociéndonos. Te hice notar cómo cada columna mostraba un sector rayado y arañado con inscripciones a la altura de las manos, y la pintura bien conservada en el resto.

- Me gustan estas puertas y la primera ventana, con su vidriera cuadrícula, bien londinense - dijiste, para que todos te oyeran - Estos vidrios biselados son un lujo. Fijate que sólo están en la parte destinada a los pasajeros -

- A mí no me gusta cómo queda el piso de cemento. Prefiero las lajas grises, como en Chascomús - el borde del andén mostraba pulcros ladrillos rojos, hechos a máquina, unidos con cemento blanco.

- Estoy seguro de que en las aldeas de Inglaterra todavía existen estaciones idénticas - dijiste, las manos en los bolsillos al bies de tu pantalón de corderoy, corbata tejida, caramelo de miel entre las ruedas - Fuimos colonia inglesa y ahora somos una triste colonia yanqui. Ni siquiera en eso hemos mejorado - me hiciste reír con mucha gana.

- Por favor, que ahora no se te ocurra ponerte a fumar en tu maldita pipa – No hubiera soportado esa ostentación que a veces nos obligabas a tolerarte después de un almuerzo en equipo.

Recuerdo con satisfacción las hermosas broncas del viejo cada vez que tu exaltación le dejaba un reguero de cuotas incobrables y familias humildes encantadas con tu visita de Papá Noel. Por supuesto que no había señoras en la “Sala de Espera Señoras”.

Una larga vereda con cerco de ligustros y a la par una fila de plátanos podados y encalados, contrastaba bien con los yuyales de la oscuridad detrás de los galpones del andén de cargas, al otro lado del par de rieles. Así se da todo entre nosotros.

Desde los yuyales veíamos sobresalir un montecito de paraísos y eucaliptos. Luego, enfrente, una gran playa de tierra afirmada, mangas para la carga de hacienda en pie, y junto al alambrado y tranqueras dobles, la continuación de las calles y el pueblo, sus magros focos del alumbrado intentando mostrar a través de los árboles, largas fachadas amarillentas y antiguas, y una no menos antigua y hermosa, que todavía conservaba legible la leyenda anunciando *Almacén de Ramos Generales*.

- Me gustan estos pueblos – dijiste. Asentí, mientras el vientito me helaba una mejilla y una oreja – Lástima que son como tumbas – Asentí dos veces – Me moriría si tuviera que vivir acá. ¿Vos no? ¿No te sentís como una estrella de cine entre esta gente? -

No. Yo no. Ni quería sentirme así; no se correspondía con mi papel. Te brillaban los pequeños ojos, esos que te costaban un apodo que rechazabas y nosotros nunca usábamos. Cualquier recorrido que fabrique a través de la memoria conduce a tu muerte. Decirlo es el modo de denunciar lo absurdo, lo paradójico, pero a la vez el gesto revelador. Que también lleva a mi diferencia, dueña de mi vida por su lado. Mi vida, que queda abierta, como un signo crudo, para cada vez que quiera verla.

Puedo pensar que aquel viaje, similar a tantos otros que compartiríamos, fue el primer tramo de una marcha paralela a algo, que me trae hasta hoy y hasta vos.

Puedo pensar este instante como otra entrada al nudo interminable que tiene en aquel otro su origen o destino.

Aquí siento entre mis dientes la consistencia de la carne y que debo anotarlo. Siento que mastico.

* * *

En Altamirano mudamos de convoy y la charla se volvió dura. Aumentaba el frío y lo que restaba se limitaba a repetir o insistir.

Veo que esta memoración, esta otra reiteración, contiene una gran dosis de fatalidad. No sé cómo podría aumentar su proporción trágica, pero al menos el repaso implica obtener nuevas tramas y comparaciones actuales.

Te pido que me ayudes en esto.

A pesar de que en su momento vos te separaste de nosotros y nos dejaste atrás, no elegiste estar muerto. No elegiste ser superado. Nos hubieras querido de compañeros.

Te veo quedarte acostado en el aire, como un barrilete recién armado al que enseguida se lo empuja a levantarse en el aire con un tirón al hilo. Un hilo al que no cortaron los tajos.

Traerte conmigo no significa escapar hacia delante; por suerte el enemigo enfrentado es el mismo que vos enfrentaste, todavía es el mismo de siempre. El enemigo de siempre, tal vez sin quererlo y sin apreciarlo, nos ha evitado la caída en la demencia de nuestro nomadismo; nos ha preservado de nosotros mismos, enconados, arracimados.

No sé qué pasará si alcanzan a cambiarnos de enemigo.

Aun así, se trate de un problema externo o interior, importa menos. Lo percibo a medida que la ausencia de carismas se agrava. De continuo decapitados, vamos transformándonos en el cuerpo de una nobleza ciega, de una nobleza que no alcanzamos a cuajar.

* * *

Tu presencia a esta altura de la noche, confirma los miedos, los errores, las excusas. Tu reclamo se hace presente todavía y todavía es capaz de impulsar mi reclamo.

Me doy cuenta de que no estoy hablando de piedad ni de venganza.

Estás aquí como una lámpara suave. A tu luz puedo mirar el basurero, el cementerio dormido; puedo mirar en mí, en la multitud.

Me enorgullece palpar este modo que tenés de estar aquí.

Atravesamos manojos de cañaverales prendidos al terraplén y retoños de álamo azotaron las costillas del vagón. Utilizar los trenes representaba palpar el esqueleto vivo del Estado. Yo te había dicho que no. Yo también te había dejado solo. Discutíamos si era posible el cambio o la transformación. Para el pensamiento negativo apenas importa lo que las cosas son y el estado en que se encuentren, para llegar a ser lo que debieran. Ese apenas, que deja incompleto su totalitarismo, es lo que puede ser destinado a las fórmulas que permiten hacer pie en las discusiones del futuro.

A veces me parecía entender que creías que la simple revelación de la verdad alcanza.

Una postura religiosa que vuelve mística la política. Que el statu-quo se basaba en el engaño, que la denuncia haría caer vendas y nudos. Que las complicidades y censuras eran el obstáculo. Son muy persistentes estas viejas aliadas. Me daba cuenta de que entendías otra cosa cuando te planteaba mis más sinceras objeciones

Pero no; no sólo las medidas que instituye la dictadura son el obstáculo, ni sus planteos son las únicas cortinas de humo. Hay otras, simplemente humanas, egoístas, cómodas, ante las que las ideologías terminan por inclinarse y sólo la política obtiene resultados. La calma también tiente con la calma que promete.

Nuestro pensamiento era crítico, y negativas nuestras definiciones. Este estado nacional no era un verdadero Estado; este pueblo nuestro que nos había parido, no era el pueblo verdadero. Mucho menos era verdadera nuestra historia y las posiciones políticas asumidas respondían a intereses confesables. Nuestras actitudes, las de uno y otro, aún comprensibles, se volvían para uno y otro en ineficaces o insensatas.

El pensamiento negativo no encuentra límites en su vuelo y permite volar, permite tanto... El otro pensamiento, en cambio, aterriza enseguida. Por eso será que cae rastrero, y tan poco tentador.

Convince a los delincuentes primero que al resto.

Restaba el paso cabal.

¿Cómo rechazar algo tan auténtico como tu riesgo y tu entrega? ¿Cómo no ver su propia realidad indesvirtuable? Vos sos el punto de una verdad que puedo tocar. Y basta comenzar a sacudirla para que suene a instrumento.

Yo te veía correr hacia el muro; vos me veías quedarme sentado. Creo que salta a la vista una ausencia que a todos nos nombra. Una frontera interior cuya visión se vuelve irresistible.

Querido Miguel Ángel: una vez en el andén, cada cual tomó para su casa, es decir, hacia ésas que no eran nuestras verdaderas casas.

(1997)

Cincuentones

Esta mañana desperté excitado, en la amplia, vulgar significación que le damos a ese predicativo. Esta mañana, al despertar, me di cuenta de que había estado soñando con mi mujer. Quiero decir que había estado soñando con la que, si me permiten, ha sido mi mujer.

A través de las frescas escenas, por detrás de la excitación que los últimos minutos pasados en su compañía me habían producido, recuperé claramente el largo sueño y, además, recordé, consideré y reconocí que me suponía un marido normal, de esos que no sueñan con su esposa.

Pero lo que quiero decir es que por primera vez desde nuestro divorcio soñaba con mi ex mujer. Y para decirlo tengo en cuenta el verdadero motivo del divorcio, que fue el tema de su rejuvenecimiento, con el que venía amenazandomé desde hacía años. Su terca decisión de recuperar el estado preferido. Y claro, como ciertos nudos, era esa una cuestión que cada vez se apretaba más sobre sí misma.

Alrededor de la racionalidad del sueño giraba este otro asunto: su llamativo aspecto juvenil y, en consecuencia, la atracción que, habían estado diciendome, ejercía alrededor, y que ahora en el sueño comprobaba como nadie. Esto es parcialmente cierto porque yo ya estaba excitado por su recuerdo desde antes; quiera que no, la que tengo en mi memoria es la de antes que envejeciera.

Es decir que en verdad soñé con la mujer que es ahora mi ex mujer, no con mi ex mujer. Mi sueño había ido a funcionar dentro de la realización de sus sueños.

Uso este tono inadecuado para mejorar el tratamiento de un tema inadecuado. Esto, y no pongo en claro a qué me refiero al fin, no es fácil para un cincuentón. Ella había vuelto a ser una mujer excitante; venía de comprobarlo desde unos minutos antes de despertar. Para un tipo de mi edad esto es desdorado, y pongo las cosas en estos términos porque así es como se manifiestan para los demás; para los mismos que funcionan como los demás. Si ella se fue de casa y se divorció para obtener la libertad o la falta de escrúpulos de convertirse en otra, otra que tampoco yo conociera ni pudiera desenmascarar, o para que, si trataba de hacerlo, ni mi voz ni su modo significaran algo entre ella y los demás. Uno de esos aspectos de la libertad que tanto valora alguna gente. Yo había sido el primero en comprenderlo así.

Ahora puedo creer que lo ha logrado.

Hasta en mis sueños es y funciona como otra. Una con la que sueño.

Es duro de soportar una situación donde a uno no le quedan modos de fingir y engañar. Sobre todo, para una mujer extrovertida y necesitada de aceptación y simpatía. Parece haber comenzado a reconstruirse de afuera hacia adentro, desde lo superficial a pesar de sus cincuenta largos, porque creo que es por fuerza a su interior adonde quiere llevar el viaje, aunque todavía no se dé cuenta, con su renovada capacidad de ilusionarse. Me refiero a un viaje que la mayoría de las personas hacemos al revés, es decir del lado derecho, como parte de los efectos benéficos que debemos conseguir de la maduración. Un proceso que va bastante a contramano del que me pertenece en exclusiva, y que su recuerdo protagoniza, donde ella más bien existe de adentro hacia afuera de mí, sólo para mí, hacia mi superficie, siendo yo el lugar donde de ella importa el calor interno que le brotaba por los pliegues del cuerpo, más que el cuerpo mismo, sometido, vehículo preparado por ese estado preparado para mí por sus temperaturas.

Pero no debo meterme en consideraciones que se vuelven más oscuras cada vez; no tengo que adelantarme y nada de esto era razón para mi viaje a esa ciudad del Conurbano. Reconozco que en parte resultó parecerse a la Mar del Plata que guardo en la memoria, y en parte pareció cualquier suburbio pueblerino actual.

Salí de casa acompañando al viejo que me consiguió el trabajo después de algunas idas y venidas. El viejo se domiciliaba ahí, incluso la conoce y la trata, a mi ex digo, porque ella vive a unas cuadras de su casa. El tren ya estaba repleto antes de partir y no me quedó otro lugar para sentarme que entre ambas puertas centrales donde el amontonamiento es urgente y mayor. Ahí viajé, alejado del viejo, por suerte, sentado en el suelo rodeado de laburantes cansados que volvían a sus casas, es decir a sus mujeres, pero yo como si ellos no existieran ni como ejemplo ni como consuelo; sólo pensando, pensando.

El viejo logró hacerme una seña cuando yo lo miraba.

Luego bajé del tren.

Luego bajé de la estación.

Como todas las paradas suburbanas, ésta me hacía pensar en un portaaviones amarrado tras de una fachada incongruente, a una calle portuaria, aduanera, incluida al área del muelle la porción restante de una plaza pisoteada libremente por todo el mundo, sembrada con bollos de papel, avisos pegoteados y el frescor de la ajenidad.

Podría añadir que por ese lado también la salpicaban y ensuciaban los colectivos y los automóviles, metiendo sus ruedas en los charcos formados en el adoquinado por el paso de los años, con el paso de la eterna calesita céntrica frente a las pizzerías, las farmacias con descuentos y los mercaditos abiertos todo el día, y parece que estas plazas nunca se cansan de este ajeteo, de ser como son y de ser vistas como son por todo el mundo a cada día del año.

Pero yo me bajé para el otro lado de la estación, no para la plaza, donde todos los remiseros vienen a dar la vuelta del retome, a deslizar guarangadas en los oídos de las señoras venidas de compras o de levante, y donde se juntan los *punks* a garabatear porquerías en la base del monumento respectivo, que es horrible por origen, y no quise ver nada de esto; sólo lo adiviné, por suerte. Lo oí al bajar. En esta vida uno va eligiendo qué cosas recuperar y qué cosas no verlas más. El viejo continuó hasta la estación siguiente, a hacer lo suyo, y me bajé para el otro lado de la parada, casi al campo, en unos andurriales tranquilos con pasto alto enredado al cerco de alambre tejido, enredaderas e hinojos creciendo hermanados, y después de bordear, agachado, unos molestos espinillos y ligustros entrelazados, la veredita húmeda que me llevaba, se hundió y se torció como antes, o yo empecé a darme cuenta que se torcía bastante, me llevó otro poco, se cayó a una zanja de desagüe en la primera esquina que nos salió a la pasada liquidando el terreno ferroviario y la misma zanja se diluyó poco después en el lomo redondeado de una calle que también se torcía hacia la izquierda, manteniendo constante la incógnita de lo que venía, como parte de su atractivo suburbano; yo sentía que me deslizaba en el tiempo, con el ruido de los motores levantándose al fondo y ahora empezaba a pasar ante casitas blancas con veredas amarillas, como enaguas.

En algún descuido del monólogo que me zumbaba en el cerebro, me metí en la casita del viejo porque me topé con ella, con un número exagerado visible junto a la puerta, y me atendió su esposa, acostumbrada a recibirle la clientela; me hizo pasar al baño, a la habitación a dejar mis cosas, y ya quedé instalado hasta que terminase lo que había ido a hacer, un trabajo de varios días que me arrancaba de la desocupación.

Ahí fue, a la hora del mate cuando la señora conversó con un suave dejo que a mí se me antojó despecho, y me contó lo que se decía de las inquilinas de la casa de departamentos en la otra cuadra, donde ahora vivía mi ex mujer y donde tendría la oportunidad de encontrarla, porque precisamente vivía con otra mujer a la que yo tenía que entrevistar por una razón equis, que no viene al caso. A propósito de esta mujer que yo tendría que ir a ver, me comentó lo que se decía de su carácter, de sus costumbres, de sus diversiones de los fines de semana y, la vieja se disculpó, que era el estilo de comportamiento de todas las que ocupaban los departamentitos de la casona.

Después que largó eso me indicó para dónde quedaba. Me dijo más o menos, cómo moverme en la ciudad, cómo no perderme al volver, cuando se dan vuelta las referencias, cómo podía guiarme por el edificio del colegio Sarmiento, frente a la plaza del mismo nombre, por el mástil y las flores en los canteros del bulevar, porque las más lindas están precisamente al comienzo de nuestra calle.

Esa primera noche vi muy diferentes las cosas en la oscuridad o bajo las luminarias de tono anaranjado. Sólo pasé frente a la casa y pispié las ventanas iluminadas. Una escalera externa llevaba a las entradas de la planta superior y los ojos implacables de los kioscos me veían extranjero y las sombras triples y cuádruples lanzadas por las plantas de los canteros en la plaza. Me metí a cenar en una pizzería de lo peor algo que apenas pude tragar y hasta tuve ganas de comprarme un atado de cigarrillos y volver a fumar después de tantos años, como si ese viejo rito descartado por inútil, propio de solitarios, pudiese ayudarme a invocar o a soportar la certeza del tiempo ido, y que hasta una sollozante canción de Sandro me gustase que se metiese en mis orejas a esta altura de los acontecimientos.

Todo eso fue como un lago lento, pero al día siguiente salió el sol y se instaló perfectamente encima de la plaza y volvieron la sombra unívoca y el calor. Así que el primer día terminó, después de haber aceptado, tomando mate y escuchando a la vieja señora despechada, con que muchas mujeres cambian de gustos y compañías y buscan rehacer sus vidas después que los hijos abandonan la casa, es decir, cuando superan el trauma social que las entrapa y buscan revanchas personales. Salí caminando rumbo al centro, las manos en los bolsillos, y pasé como correspondía al camino más corto, frente a la casa de departamentos para mujeres solteras donde ella vivía ahora y disfrutaba de una fama tan distinta a la que cualquiera hubiera supuesto que le interesaba ganarse en otros tiempos, sobre todo habiendolá oído hablar de sus aspiraciones de esos tiempos. Vi en detalle la fachada de madera blanqueada y vercosa, de un verde musgo suave, delicado, con toques acelestados en las barandas y los marcos de las ventanas, que mejor le caería parecer una edificación de New Orleans que de Monte Grande o Burzaco, porque así están las cosas.

A los pies de la fachada pasaba el comienzo del pavimento y a las pocas cuadras este barrio tropezaba con una rotonda ubicada en medio de un lindo bulevar, y allí se modificaba el panorama, empezaba otra cosa; por ella arremetían las líneas de colectivos y salvo las vidrieras y las puertas, todo se unía al movimiento ininterrumpido de la ciudad, cobraba esa forma de vida con la misma gente apurada que reina en todas partes, que uno nunca sabe adónde van pero aquí se las notaba muy interesadas en llegar a lugares y citas que tenían bien en claro; nadie andaba dando vueltas sin objeto, las mangueras usadas chorreaban sus últimas gotas y cruzando la plaza uno advertía qué

marginados andaban los fragmentos intermedios de la desolación, y aquella ciudad se convertía en parte de la Mar del Plata céntrica, hasta con su mismo cielo claro de cuando fue nuestra luna de miel, sobre la misma Plaza San Martín, con su catedral enfrente y a un costado una calle igual a la calle San Luis.

Durante la noche había visto distintas las cosas y no me sentía muy bien que digamos. Cuando por fin volví de ese trabajo que debía empezar, preferí bajarme del colectivo al cruzar el bulevar, cosa de hacer caminando el trayecto por nuestra calle, buscando orientarme mejor y porque quería ver cómo era la casa y preguntar en un kiosko o una verdulería cercana cómo eran sus ocupantes y por ahí enterarme de algo nuevo. Pero tuve que esperar a que pasara por la plaza una manifestación de maestros, alumnos y padres de niños de escuelas primarias que llevaban pancartas y gritaban no sé qué reclamos atrasados y los nombres de no sé qué funcionarios. Cosas típicas de las ciudades. Del modo que fuera me tocó caminar mucho más de la cuenta y creo que debe haber sido por mis ganas de llegar y de que pasara algo durante la caminata.

Estuve ansioso porque todo divorciado pasa los primeros tiempos esperando que su ex se arrepienta, no aguante más la misma soledad que viene a ser como la otra punta de un bote que se hunde, y venga a entregarnos la pasión sin dueño que nos está siendo negada injustamente, y yo no era la excepción, aunque lo negara, y menos en esos últimos días, hasta el punto de darme lástima de mí mismo, que es una situación horrible que no se la deseo a ningún marido.

Además, la calle tenía esa particularidad a la que en general no estamos habituados, de ser curva como una banana o como un sable, y mantenerse delante de uno con el mismo imperio que un sable fuera de su vaina, ocultando lo que viene a continuación, así que si uno quiere verlo no tiene más remedio que insistir en avanzar, y avanzar, confiándose a las indicaciones recibidas.

Más que las informaciones recibidas, lo que me intranquilizaba era mi propia imaginación de continuo encendida y el saber, por ejemplo, lo que habían hecho o hacían otras mujeres separadas allá, en nuestra propia ciudad, algunas que también fueran amigas de mi ex mujer. Además, el hecho de haber cambiado de vereda y de caminar regresando me hacía sentir que daba más vueltas de las que tenía que dar en realidad. Algunos detalles se me confundieron en la memoria eléctrica y estuve a punto de preguntar lo que ya sabía, lo que para un tipo que pasa los cincuenta pirulos es una vergüenza. No pude dejar de pensar que podía haber equivocado la calle porque las paralelas no serían muy distintas de ésta, o que la casa ya no existiera, pero uno de mis errores fue haber creído que el pavimento comenzaba en esa cuadra y la verdad es que terminaba antes. A partir de la primera esquina del segundo tramo, donde había una casa celeste muy bonita, con canteros por delante y la chapa de un médico a la puerta, empecé a toparme y leer los postes indicadores donde figuraba una y otra vez la mancha del mismo nombre y sólo variaban a unos cada vez más extravagantes los nombres de las callecitas transversales. Recordaba perfectamente esa sensación mezclada a los letreros azules y sus letras blanquecinas, mal impresas, que ya se despintaban, y por supuesto que mi odio hacia el nombre del prócer o militar que me perseguía, ya fluía privado de otro sentido.

Me dio un susto cuando vi que terminaba el pavimento y la casa no aparecía. Volví y repetí la maldita cuadra. En esos momentos a uno se le echan encima todas las sombras de las sensaciones anteriores que ha producido en parecida situación y entonces las dudas y el temor se pelotean entre sí.

La casa era linda pero todavía estaba sobre calle de tierra, tenía enfrente la zanja del desagüe y el pasto se burlaba y caía como flequillos por el borde de la zanja. Como ahora la calle tendía hacia la derecha, recién a una cuadra de distancia pude reconocer al único techado alto asomado sobre las casitas; no era difícil ubicarla. Así que mi angustia, lo que me parecía y la realidad coincidieron bajo el resplandor de la siesta, porque ya era más de la una. Copiando la veredita, una fila de macetas terracota con variedades de cactus al pie del friso, se alzaba la fachada americana de tablas horizontales pintadas de blanco y ventanales con cortinas de voile y en la calle, su lasitud apoyada en ella, un sauce llorón que le sombreaba la entrada como en una película donde Paul Newman es el hijo de terratenientes que vuelve de la universidad convertido en liberal y antisegregacionista. Junto al tronco del sauce un banco de cemento sobre cuya silueta me creí obligado a imaginar enseguida qué cosas podían haber sucedido ante su testimonio silencioso.

Sin duda la casa era una extraída de un cuento de Bradbury, del Bradbury joven quiero decir. No por onírico el punto es menos ajustado. En algún momento, ese mismo día o al siguiente, al mediodía, sudado y desaliñado, o por la tardecita, recién bañado y perfumado, tiré de la campanilla en el porche, abajo, y entré a la receptoría, para que me atendiera la señora rubia y antipática con su gran cara de rusa lesbiana que me hizo recordar a una amiga de mi ex mujer de cuando todavía éramos novios, que era judía y masajista. Esta era la dueña o administradora, y me informó cuál era el departamento que buscaba, en verdad no alquilado por mi ex mujer sino por su amiga, cosa que

no me extrañó, porque de todos estos detalles que me iba enterando así, lateralmente, surgía que el comportamiento básico de mi ex no variaba, no mejoraba. Ella actuaba como punto de referencia en los comentarios sobre la otra y para mí su conducta irresponsable aparecía incorregible, como punto de referencia central, pero ¿a quién quería yo hacerle ver esto?

Por una grandísima casualidad ella vivía con esta persona a la que yo tenía que entrevistar por cuestiones prácticas que no vienen al caso. Así fue que subí a verla para consultarla, no recuerdo si un mediodía o un atardecer y fue por ella, y seguramente por su intencionalidad y desenvoltura, que arreglé una cita para esa noche, en la que mi ex estaría presente, supuse, o me hizo suponer, porque sería a la hora de la cena.

La cuestión fue que, cuando llegué y subí y entré en un estado de excitación contenida que me llevó a tomar conciencia de esas tres estaciones sucesivas con respectivos esfuerzos, la que estaba ocupando el departamento era ella, y digo muy bien ocupaba el departamento, instalada en un ambiente principal muy hogareño, muy blanco y muy iluminado, con una mesa de comedor en el extremo más lejano sobre la que estaba, con su cadencia habitual, planchando una pila de ropas por completo femeninas que le habían traído del lavadero. Era claro lo predispuesto, yo debía ver y absorber eso.

No se había olvidado de cómo moverse al planchar. Yo sabía que nada iba a cambiar entre nosotros a pesar de lo que sucediera ahora porque eran las cosas alrededor de nosotros lo que había cambiado y todos éramos sus víctimas, cada uno a su manera, que es la actual forma de sentirse estúpido e inútil a cada rato.

Se adelantó con familiaridad y me hizo pasar. Me pidió que esperara a su amiga, o sea que sabía que yo venía y para qué. Enseguida me di cuenta de cuán cierto era que se había hecho operar toda, quiero decir que además de haber adoptado para siempre el rubio dinamarqués en el cabello, se había estirado la cara y eliminado tanto el problema de los párpados como la adiposidad en el vientre. Como vestía pollera corta, una gris, ajustada, sin bolsillos, llevaba medias negras y zapatos de tacón, sus piernas parecían las mismas de su juventud, cuando se rozaban los interiores de sus muslos al desplazarse o mudar de postura y seguían produciendo ese susurro tan peculiar del tejido sintético, esas medias baratas que ella se sacaba en un santiamén junto con la bombacha y las tiraba en cualquier parte. Lo segundo que absorbió mi atención fue la arruga que a su pollera tubo le formaba la altura del buitre; me atrajo porque era similar a la que se le dibujaba cuando noviábamos, una arruga graciosa que ya no era resultado de su vientre indisimulable sino de la apretura de la falda, como les pasa a las muchachas. Pensé en cuál de mis viejos signos, ahora avejentados en realidad, le habría llamado primero su atención. Si para ella yo era ese que entraba al cuarto o uno que había quedado instalado en sus recuerdos.

Con voz suave y frases breves que me revelaban lo que le costaba disimular su estado emocional contenido, cosa muy distinta de la verborragia que la acometía antes cuando los nervios la dominaban, me dijo que me acomodara y esperase a su amiga, que había ido hasta la fiambrería. En ese momento fue algo desagradable pensar que cuando no tenían tiempo comían sándwiches de fiambre o una pizza, pero el aroma del departamento, una combinación de perfumes, olores sintéticos a desodorantes varios y jabones de tocador, era grato. Ella nunca hubiera sido capaz de alquilar un lugar así; la hubieran engatusado con el peor disponible.

Además de intensa, la iluminación era cálida como el tacto de una almohada y llegaban voces y risas de mujeres desvergonzadas, adultas, a través de los tabiques interiores. Casi todas al mismo tiempo miraban y comentaban el mismo indigerible programa de televisión. Vi que el aparato cercano estaba encendido, pero sin volumen.

Estaba claro.

Como había calculado, mi ex no puso reparos a mi primer avance en silencio; bajó los ojos y apoyó la plancha en su base. Tampoco impidió las primeras reparaciones de viejas caricias y murmullos ni arguyó que su amiga regresaría en cualquier momento. Enseguida sus zapatos y sus medias negras fueron a parar a cualquier lado porque cuando unas personas han convivido tantos años no necesitan argumentos ni preámbulos y el recorrido que conduce y desencadena su encuentro ya está establecido, aceptado y listo desde siempre para funcionar automáticamente en sus cuerpos y en sus expectativas. Además, la noté muy satisfecha de su atracción sobre mí. Me pareció que estaba encantada de volver a seducirme, de confirmar con mi reacción, que de algún modo la había recuperado del pasado.

No me quedó duda de que mi sueño estaba sucediendo dentro de sus sueños.

Sabía lo de sus nuevas y publicitadas inclinaciones íntimas y lo que le significaba vivir en ese edificio en particular y como acompañante de otra mujer. Incluso en mi charla con la señora del viejo se había reiterado el tema y mis sospechas habían sido confirmadas, porque ya no eran tomadas como sospechas sino aceptadas y comentadas como cosas naturales.

Cuando ella me pidió algo que hacía muchísimo tiempo había dejado de pedirme, y volvió a pedirlo con urgencia ante mi duda inicial o extrañeza, me di cuenta del alcance que habían tenido sus operaciones estéticas y reconstituyentes. Fue el disfrute de ese intenso placer, esa conmoción insospechada, lo que me empujó de vuelta a la realidad, la causa porque desperté plenamente excitado y confuso.

Pensé que era un efecto paradójico.

Por más que nosotros, cada cual a su modo, hubiésemos tratado de volver a circunstancias y condiciones pasadas, aun renunciando a lo que debiera significar para ambos vivir el presente como altura, como nivel, nuestra situación externa, ese imperio al que se puede aplicar un nombre tan ambiguo, había variado de tal modo que aun cuando nos arrastrara fatalmente, también nos rechazaba.

Así que regresé a esta incongruencia que es la señal típica de lo real.

Incongruencia a la que ella, mi ex, estoy seguro, no escapará por más que lo procure y por más que sus recovecos la alejen de los míos.

(1998)

Señor, Señor

Toda aquella cabecera del campo estaba cubierta de girasol a pleno y no había gran cosa que mirar por ese lado. Los corderos ya estaban crecidos y hasta las vaquillonas habían terminado de parir. Su madre, un poco en broma, un poco en serio, le había encargado unas perdices coloradas para guisarselás al padre, y buscaba ubicar el pastizal que ellas prefieren.

Se arrimó al alambrado que cortaba en dos la loma, sembrada de su lado, y ató las riendas con un buen nudo que había memorizado de su padre. Al caballo no le quedaría otra que esperarlo, aunque descabezara el freno.

Pasó entre dos hilos hacia la continuación de la loma, poblada de cardo petiso y pasto asemillado, seco. Apenas se movía el aire, así que no importaba si no iba viento arriba, como era lo aconsejado. Tras de la loma estaba la laguna de la abuela, la de la niñez, todos sus rumores y oscuridades aún bajo el sol.

Fue cruzando sin suerte, la escopeta lista sobre el antebrazo. Apareció el primer declive y sus matorrales con flores amarillas, allá al fondo. Duraznillos dispersos, mientras tanto. Unas gaviotas remolonas. Hacia su izquierda el claro en los juncales que fuera lugar de juegos infantiles.

A la orilla del agua había alguien. De lejos no lo identificó.

Había un hombre agachado sobre el bote de chapa pintada de celeste, el "Don Juan" que había quedado disponible de cuando nutriaba el tío Héctor. Caminó más rápido. Se trataba de un extraño. Sabía de la gente que por las noches hacía gritar los teros a la ida y a la vuelta; que a veces dejaba animales muertos sin quererlo, o sólo el cuero sobre un alambrado, cuando lo querían, para que el paisano no perdiera todo, en son de burla.

También el hombre lo vio venir, tal vez porque el sol en el caño se lo avisó. Su padre lo mantenía lustroso y envaselinado.

Le levantó una mano enseguida, saludando. Él no era muy alto para sus trece años y el otro supo que se trataba de un chico; tampoco había tenido tiempo para intentar otra cosa.

Cuando estuvo cerca vio que andaba en pata, los pantalones arremangados, desgredado y barbudo bajo un sombrero deforme.

No se veían perros acompañándolo.

- ¡Hola! - dijo el intruso, sin variar lo inofensivo de sus movimientos, agachado sobre la popa del botecito celeste, desenredando unos piolines - Pica la mañanita ¿no? Me estoy apurando porque dentro de un rato no habrá quien lo aguante -

Exageraba. A propósito. El muchachito se detuvo a siete metros y levantó el caño. El hombre hizo como que no le preocupaba.

- ¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo acá? – Nunca se había escuchado semejante tono saliendo de su boca ante un adulto.

- Ando revisando unas trampitas que dejé los otros días y preparando unos cueritos – dijo, agachado el hombre, como si fuera por eso que le habían preguntado.

- ¿Quién es usted? ¿Qué hace acá? -

- Vengo del pueblo. Tengo permiso, pibe -

Esa palabra despectiva que usaban los puebleros le revolvió el estómago.

- ¿Permiso? ¿De quién? – preguntó, cabeceando hacia atrás, es decir, levantando el mentón, como si también él debiera saberlo.

- Del patrón, pibe. De quién va a ser... - Usó otra palabra que le daba bronca.

- ¿De qué patrón me habla? ¿Del suyo? – era de las palabras que lo disgustaban sin razón, nada más que por la forma en que su oído le decía que sonaban. El hombre era un mentiroso rematado, pero además porque creía sencillo engañarlo y porque lo había tomado por el hijo de un puestero. Todavía estaba hablandolé de costado, sin darle el frente, haciendosé el muy ocupado, como si el arma siguiera sin intervenir entre ellos.

Amartilló la escopeta del '16 y levantó la boca del caño hacia la cabeza con sombrero. Pero no podía pensar en cómo seguía aquello que iba tan rápido. El intruso se movió. Dejó caer el matete de piolines y ganchitos. Se volvió hacia él, ceñudo; se enderezó un tanto y bajó los brazos.

Era un tipo flaco y sucio, un muerto de hambre peligroso. Tenía un pucho apagado colgando entre la barba y un gesto desagradable en la boca. Todavía estaba a tiempo de reaccionar.

- Pero qué pasa, hermanito – dijo, con alarma – Pará, hermanito... Con ese aparato no se jode. Se te puede escapar un tiro -

Lo despreció. Ahora lo trataba de pariente. Le miró la faja y vio un cabo de hueso, de los de comer. No tenía encima el de cuerear. Si la diestra del hombre amagaba a su cintura le tirarí al ombligo; sería tan fácil como bajar una liebre a la pasada.

- Esto se dispara si yo quiero... - dijo, haciendo moverse arriba abajo la boca del arma – Y no somos hermanos. El campo de al lado es de mis padres y éstos son los de mis tíos, y a ese bote lo hizo el tío Héctor hace mucho, para usarlo él... Y acá... y acá... - la bronca le hacía tropezar la garganta – Acá no hay ningún patrón que dé permisos... -

El hombre cayó de rodillas y levantó las palmas de las manos hacia el cielo, mejor dicho, hacia el resplandor que le caía del cielo y delineaba los detalles de su ropa, su cuerpo y su cabeza. Pero no estaba asustado; seguía un impulso:

- ¡Escuchame, hermanito! Sólo estaba nutriendo pa' ganarme unos cueros... Hace mucho que vengo y nunca me llevé lo que no era mío... -

- ¡A mí no me diga hermanito! – exclamó el muchacho, sintiendo que lo apuraba la rabia y también otro poco la omnipotencia que pasaba a su pecho desde sus brazos y a sus brazos desde el peso del arma – Así que con cazarlas ¿las nutrias ya son tuyas? ¡Pero mire qué fácil! – razonó a borbotones.

El hombre se alarmó y pensó que algo iba a suceder enseguida. Estiró más los dedos hacia arriba:

- ¡Perdón, señor! ¡Perdón, señor! – exclamó, tal vez respondiendo a un recuerdo lejano. Abrió los ojos y la boca, llena de dientes manchados, desparejos. El pucho se cayó de su labio.

La palabra emergida hizo buen efecto en el chico contrariado. Nunca se hubiera dado cuenta, pero su rostro se explayó. Sí se sintió disfrutar en ese momento del miedo del otro. Así eran los puebleros de tornadizos.

- ¡Vamos! Dese vuelta y camine hacia las casas, aquellas casas detrás de la laguna. Son la estancia de mi abuela –

Uno de sus tíos estaba siguiendo los avisos de los teros y de algunas vacas y vio llegar la extraña comitiva después que cruzaron ceremoniosamente la tranquera del molino negro y costearon la fila de álamos. No esperó a que llegaran y los vieran las mujeres en la casa. Tomó el caballo atado a la sombra de los paraísos, frente al galpón, retó a los tres o cuatro perros que amagaron seguirlo, y de un galope los alcanzó.

Al comprender lo que estaba pasando, se tranquilizó.

- ¡Epa! – sofrenó y saludó con la cabeza descubierta, único signo de que había salido apurado, el pañuelito de siempre al cuello - ¿Qué pasa, hombre? -

El chico se dio por aludido.

- Encontré a este tipo nutriendo, usando el bote del tío. Me quiso hacer creer que tenía permiso del patrón -

El tío pensó mientras su bigote rubio brillaba al sol:

- Bueno. Hiciste bien. Pero mejor bajá la escopeta – y le señaló que desmontara el gatillo, por lo menos.

- Mire, don – dijo el tío al intruso cabizbajo, con tranquilidad – Dentro de un rato agarro la camioneta y me voy al pueblo, así que vaya a buscar sus cosas y vuelvasé a las casas que lo acerco hasta Maipú. De ahí habrá venido ¿no? Y traigasé los cueros también, que no hay problema. Esta laguna no está encargada pero tampoco damos permiso a nadie ¿entendió? –

El hombre dijo: Sí, señor, se agachó como para pasar bajo la línea de tiro del arma a sus espaldas, y salió al tranco largo por donde habían venido, por donde los teros alborotadores paseaban arreglandosé las plumas, esperandolo para gritar de nuevo. Al tranco largo salió, apenas conteniendo las ganas de correr, respirar a gusto y putear a aquel pendejo atrevido.

- No le diste tiempo ni a ponerse las alpargatas – rió el tío, buscandolé gracia al suceso.

- Es un mentiroso de mierda... - dijo el muchachito, usando todavía de su bronca anterior, apoyada el arma sobre el antebrazo. Quería justificarse.

- ¿Vos andás a pie? – Le preguntó el tío, sonriendo con toda su cara y sus bigotes sin recortar – No deberías haber montado el gatillo. Mirá si se te escapa un tiro y lo matás – El sobrino cabeceó que no, que a él no le pasaría eso – Tendríamos que hacer flor de pozo y enterrarlo sin que nadie se enterara, echarle cal viva, buscar sus cachivaches y quemarlos sin que nadie se diera cuenta, ¿entendés? No es tan sencillo. No vale la pena. Acordate lo que le pasó al negro 'Fino'. Después la policía investiga, aunque sea para sacarte plata –

No había reconvención en su mirada, aunque sentía que estaba haciendolé ver que algunas maneras de comportarse no pueden sostenerse en el tiempo.

Se miraron.

Un leve brillo iba y venía, buscando coincidir para reconocerse. El muchacho no pensaba pasar cerca de la laguna al regresar; iría por las lomas para ver si todavía daba con el encargo materno.

- Me voy a casa a buscar el caballo – dijo. La pierna derecha le temblaba un poco y no podía pararla. En cualquier momento podía empezar a temblarle la otra pierna.

Veía la espalda miserable del intruso mientras lo traía encañonado, en silencio, y las plantas sucias de sus pies buscando pisar la menta lagunera y luego eligiendo una rastrillada de ovejas por donde caminar entre los 'abrepuño'.

Quería estar solo. Supo que pensaría mucho en lo sucedido y en lo que había sentido por dentro. Supo que se lo callaría, más o menos como hacía siempre, pero ahora más.

- Muy bien – dijo el tío – Después te veo. Te debo la gauchada – Tiró de las riendas y su tobiano retacón dio la vuelta sobre el anca y empezó el galope.

Los perros no se perderían de salir a recibirlo, enredados, celandosé entre ellos.

El hombre estaba muy serio como para hacerles caso.

El muchachito cruzaba el campo por la loma, la escopeta todavía en sus manos, y no podía evitar que los dientes le castañetearan como si un frío insoportable se le hubiera metido en el cuerpo.

(1998)

El color caqui

Todo personaje camina hacia algún destino, alguna comunión, alguna revelación atinada. ¿Sucede igual cuando el personaje es alguien que se niega a creerlo, a esperarlo? ¿Cuándo se trata de un caso apenas patético? ¿Y resiste el atractivo de su condición de personaje cuando ya no resta aventura ni desenlace visible? ¿Es el reconocimiento de esa pérdida, su angustia consecuente, la aventura mayor que lo encamina, que lo acosa, aunque ya no la desafíe a su vez?

¿Aunque no cubra la altura de la circunstancia? ¿Y lo es el revivir la impotencia de vivir? ¿A quién, más allá del directo interesado, interesan y preocupan estas suertes?

Ya sé que algunos apocados terminan resultando los pedantes más insoportables con que se pueda tropezar.

Con el paso de los años sobre mí he llegado a darme cuenta de que las más de las veces uno piensa en ciertos asuntos sólo para no pensar en otros. Este punto, como en el interior de un relato, arma determinada perspectiva y tiende determinados hilos conductores. Entreteje la especial descarnadura que sucede precisamente con el paso de los años. Así como permite afinar imágenes y significados implícitos, aproxima o aleja los lentes reflexivos de sobre las acciones o los rastros de su aborto, recoletos, íntimos, verdaderamente nuestros; reveladores de los sitios por donde desfila el sufrimiento humano, hoy más humano que antes. En el cruento hoy del hoy.

Puedo conceder que en mi vida no abundan acontecimientos, pero que sueño con profusión. No a cambio, no en compensación, ni lo expreso para sorprender, para distraer. Sí digo que sueño con cierto énfasis que substancial. Énfasis que algunas veces consiste en una ambigüedad, en una sospechosa irrelevancia de lo soñado, que permite o admite su reiteración periódica. Hasta que aparece la alevosía de ciertas sensaciones intransferibles inmunes a cualquiera mediatización. No la obsesión sino la alevosía de los hechos huecos, cuya intención no se termina de comprender.

Los sueños, lo que en ellos sucede, me interesa mucho. Anoto mis sueños, por intrascendentes que parezcan, al menos alguna escena manifiesta en cada uno, en lugar de ocuparme de lo que pasa con tantas vidas ajenas. Aunque remede a un despechado. Prefiero ser cruel sin razones ni víctimas, que es un modo autónomo y elegante de ser cruel. No quisiera meter, adosar más comentarios al tanteo de un relato. Tantas incoherencias son dichas al cabo de los días; ríos necios chorrean del aire, corren por ahí a causa de que han sido rellenados de necedad. Consecuencias y cansancio vuelven espinoso confiar en lo que se piensa y dice de verdad. Este es buen motivo para encomendarse a los mensajes oníricos. Aunque muchos bien pensantes lleguen a burlarse de mí, de mis sinceros amagos de originalidad.

Estos amagos surgen en lo alto, descienden en aparente exclusividad y me atraviesan de lado a lado mientras estoy indefenso, en lugar de tentarme.

Nada me atrapa tanto como el acto escurridizo del soñar. Escurridizo de tantos modos, y tan finamente seductor. Nada transforma tanto el contenido de lo que me rodea, sin tocar el continente. Mis sueños silenciosos, como para no despertarme, como fantasmas, y como paradojas, sin embargo, por su capacidad. Hace dos noches desperté abrazado al aerosol insecticida. El vuelo de un mosquito pudo más sobre mi cuerpo que la pesadilla en acción, pero no lo pudo sobre mi mente, su dirección exclusiva. ¿Fue un mosquito real lo que espanté con mi automatismo? ¿O subsoñé con el vuelo de un mosquito y acudí al objeto real para tranquilizarme automáticamente y continuar en la ruta del sueño principal?

Quizá en un remedo onírico, tal como emprenderé tantas otras cosas, suelo caminar a oscuras por la casa vacía. La casa vacía a raíz de historias que no contaré.

Escucho discos viejos durante horas; me enfrió; rememoro simples ocasiones obstruidas, inconmovibles, a las que sólo queda regresar como a una cueva. Poco a poco recupero cada oportunidad en que me he comportado, a esta altura, no ya como un tonto sino como un imbécil. Cierta sentimentalismo se alimenta con ellas. Actuar imbécilmente también se parece a soñar. De los sueños no se cosecha remordimiento alguno. El sueño no puede más que robarme aderezos para su reproducción.

Sobre todo no podía olvidar a los tres halcones afeminados, en su color caqui, y en particular al que abría la marcha, como una bailarina fresca, el imberbe granujiento, con sus pestañas turbias en mitad de la cara, una alargada, plácida en medio de su mirada esplendorosa y visos despreciativos de soles mansos; doblado su torso oscilante como un junco, transportandoló como por el aire junto al agua al atravesar la sala, apropiandose de ella sin necesidad de intentarlo, seguido por sus amigos íntimos, infaltables. No sólo entre ellos sino entre todos, el seguro ganador de cada competencia sobre higiene y pulcritud.

De alguien como aquél, como de los tres, nadie de entre aquella multitud pensaría que eran tres maricones. A pesar de que hablaban sin discreción de correr a espiar unas mujeres, unas muchachas supuestamente extraordinarias que, a no dudarlo, pensarían de ellos que eran unos muchachos extraordinarios; a pesar de todo eso descreyó de su masculinidad a primera vista.

Los tres se acercaron ondulando como juncos sobre el agua saludable; se arquearon con rapidez y eficacia entre las mesas y la multitud y pasaron a su lado como una ráfaga de sol, de alegría de vivir, de seguridad en sí mismos, por entre los bucles de la mantelería y rodillas armoniosas, cruzadas o descruzadamente armoniosas. No buscaban provocar la atención ni la envidia general. Todos aquellos hombres eran sus padres y todas las elegantes señoras eran sus madres y el resto,

parentela obsecuente. Eran tres jóvenes privilegiados y la sala apenas redobló su orgullo y su opulencia cuando ellos tres la respiraron y la surcaron como su mascarón de proa. Removieron el aire junto a su mesa, y le hicieron evidente su estado de despecho. Vinieron y pasaron inmediatos, atropellándolo con su coreografía; habían crecido desde el fondo a través del salón apuntando a su mesa con la mejor intención, moviéndose y chillando como maricones. Lo había oído. A pesar de ir vestidos de militares, con todos los botones prendidos y sonrientes y las gorras encajadas reglamentariamente en las presillas de las hombreras. Eran militares que aspiraban a una graduación. Todo el mundo iba vestido de caqui achocolatado. O aquél era un gran club del ejército en plena Segunda Guerra o estaban en plena filmación de una historia romántica en el Londres de 1943.

Usada con profusión, con extravagancia, tanto por varones como mujeres, la tela resultaba gruesa y demasiado abrigada para la época del año. Parecía ser imprescindible usarla para caer bien y admitido como un igual. Él vestía de sport, si es que tanta humildad en el vestido pudiera ser catalogada como deportiva. Todos se movían uniformados y alegres, tal si revelaran y propiciaran una condición avasallante y victoriosa de extrema pureza, una actitud impartiendo cierta disposición añeja, que parecían empeñados en resucitar con un acuerdo tumultuoso, homologante. Con sus copetes de cabellos rubios apenas peinados, eran hermosos muñecos cenicientos inmersos en una fiesta o un aviso publicitario de tiempos idos.

La persona que lo recibiera en el club y actuaba de mayordomo, también lucía vestido de oficial británico y hasta llevaba su gorra blanda con visera de hule negro, bajo el codo impetuosamente recogido.

El club era inmenso, viejo y perfecto. El interior rebosaba de sí, rodeado de sus propios ventanales periféricos, embebido en su propia arquitectura, su propia e inimitable luz y una serena belleza interior, probada y mejorada por el uso y los años, satisfactoria. Vigas y columnas internas se perdían de vista entre la despreocupación que de inmediato se apoderaba de sus ocupantes y los ponía a flotar en ella, como se perdían sus pensamientos entre el humo angelical que brotaba de pipas y cigarrillos. Lentas espirales que nunca terminaban de disiparse, trepaban hacia la penumbra que nunca terminaba de despertar de su ensueño, y en ningún momento nada echaba a perder el aspecto señorial del ambiente. Nada disentía allí, ni el menor gesto ni el menor detalle. El servicio y los profesionales adecuados se encargaban. Sin embargo, lo sentía desbordar de gente insoportable, que le daban miedo, sobre todo ganas de renunciar e irse, regresar a la inexistencia indolora. Ubicarse y persistir entre ellos era una experiencia agotadora. En medio de aquella comodidad apremiante, sentía a sus axilas reventar de calor, y entre ambas su corazón negándose a latir con serenidad.

La mitad de la población a bordo era femenina. Sus ropas y peinados habían salido de la folletería publicitaria de la aviación comercial de los años cincuenta. No hubiera atinado a sonreír a ninguna.

Aquellos imberbes envueltos en sus ropas austeras, demasiado gruesas para la estación que todavía disfrutaban, se le acercaron y deslizaron por el aire denso sus rostros deslumbrantes, pasaron cimbreado sus cinturas entre las mesas, las flores y los anchos sofás, atraídos, fijos sus ojos en esperanzas luminosas. Al mover apenas las manos lucían sus sencillos botones dorados y el calzado formal, el único calzado que hubiera podido permitirles avanzar, ascender y descender por los umbrales, nubes y escalones etéreos de su condición, que era lo que atiborraba el sitio. Casi lo atropellaron. Sintió en la cuchara entre sus dientes que lo atropellaron, enceguecidos de entusiasmo, nada menos. No advirtió el sabor especial de la sopa. Recorrió el desastre hasta su estómago. Por todos lados había oído crujir el cuero de los zapatos flamantes mientras sus pies transpiraban de pasión democrática. El suave olor de las comidas y el exceso de tabaco en el aire no molestaban. El disfrute era lo suficientemente distendido como para sonar auténtico. El tintineo de las copas, tenedores y bordes de platos y fuentes, alcanzaba sin esfuerzo la pericia que puede esperarse de una orquesta entrenada para este tipo de ocasiones.

Tal vez se fumaban cigarrillos de tabaco turco y otra diferencia estaba más allá de su aprecio. Tal vez los padres de aquellos jóvenes imberbes fueran mandatarios de las embajadas o el gobierno, categoría civil que sólo podía contemplar de lejos. Olisqueó el pan antes de partirlo y se miró las uñas en un gesto de súbito pavor.

Todo olía a ingleses, inglesas y agua de Colonia. Podía, podían, todos podían confiar en que ganarían cualquier guerra.

Almorzó frugalmente, como pensó que le correspondía. Almorzó sentado de lado a todo el mundo, ubicandolos más allá de su codo, cuidadosamente plegado. No tomó más nada en toda la tarde. Temía pedir un cocktail y que el precio resultara exorbitante, por antojo o burla de aquellos perros de smoking. ¿Quién se rebajaría a atender su reclamo? Y él ¿se animaría a reclamar? No podía exponerse más tiempo. No miró a nadie de frente, y a todos de soslayo. Al caer la noche,

cuando los brindis estallaban apaciguados por los brindis contiguos y el brillo de las tertulias retomó impulso, sintió que debía marcharse.

No había observado ninguna escena fuera de lugar.

El salón, único, altísimo y sinuoso salón que copiaba las caderas de la colina frene a sus ventanas, hervía de conversaciones. Entre todas no podría rescatarse una frase que valiese la pena oír. No había alcanzado a observar el piso del salón en momento alguno. La mantelería, los ruedos y bocamangas y aquellos zapatos relucientes, pero en especial la visión indeseable de sus propios zapatos, que lo perseguía, no se lo había permitido. Conversó de modo distendido con dos viejos que nunca habrían pasado de ser secretarios de algún secretario. Primero atendió los balbuceos de uno y luego, avisado, a los triviales comentarios que el otro dejaba colgados en el aire, graciosamente inconclusos. Salió a la parte de los ventanales que daban al mar o al lago. Rondar bañándose en la luz solar que filtraban las cortinas fue la tentación que lo empujó a dejar la mesa y revelar su vacuidad entre tantos paseantes divertidos.

Vio con asombro que la ciudad, es decir estas construcciones suntuosas, continuaba creciendo aún junto a los escollos y el pantano. Por su izquierda, desde donde durante horas había estado levantándose la brumosa presencia solar, al pie de una barranca verdosa que sostenía campos de golf, una serie de escollos pequeños, más parecidos a huevos de terracota puestos para entretener la vista que a verdaderos y audaces dientes de granito, asomaban del agua tranquila. Aquella presencia poco tenía de peligrosa. En este sector de la ciudad no había faro. No era necesitado. De este lado, a mediodía podría decirse, proliferaban, se agrupaban y disputaban el sitio coloridos hoteles con pisos escalonados en terrazas al estilo del mejicano Legorreta en Ixtapa y Huatulco. El agua, quién sabe cómo, caía en cascadas por las paredes vidriadas y los balcones, y centenares de mujeres ciudadinas en mallas enterizas, absorbían la humedad y el sol con ahínco, dormitaban como focas satisfechas una junto a la otra, los pies de cada una junto a la cabeza de la siguiente, como baldosas intercaladas, contenidas pinceladas de óleo en un cuadro, hebras de colores en un tapiz.

Dio unos pasos noveles en su papel de espía; simuló disfrutar del balcón. Al acercarse a la extravagancia del espectáculo, advirtió que se trataba de una monumental pirámide azteca por cuyos peldaños y diversos volúmenes gradados descendían las aguas andinas y se tendían las mujeres.

De pronto estuvo a punto de pisar a una al empezar una caminata por lo que parecían mosaicos decorados. Estuvo a punto de pisarla en los brazos y hacer chirriar su piel tirante en las rodillas, en los dedos laxos adornados y hacer crujir su tersura tirante, antes de entender de qué se trataba. Las mallas enterizas de goma pintarrajeada y jaspeada les daban aspecto felino y parecían estar de última moda. En pleno furor. No tanto el insólito modo de asolearse y empaparse, imperturbables como ninfas. Todas aquellas mujeres parecían obligadas a llevar el cabello recogido en gorros de látex y proteger sus ojos con antiparras de natación. A la par de los torsos destacaban sus gruesos muslos de argentinas, todavía sin tostarse, relucientes como jabones, recubiertos de vaselinas protectoras. Las absorbía un ritual y parecía adormecerlas, contagioso. Eran felices, sin duda; a nadie le estaría permitido pensar lo contrario. A cada minuto grupos nuevos se sumaban ocupando los peldaños restantes, superiores, adonde accedían por bocas de pasillos internos. Era indigerible clasificar qué última moda regía valía para aquella escogida masa de carne.

Ante esta visión era que se apresuraban a apostarse los tres halcones de ropaje caqui. Aquí estaban rendidas a su descaro sus futuras esposas.

Calculó que éste sólo podía ser un sitio extranjero relleno de argentinos, fanatizados, insoportables. Habían asumido en plenitud un papel habitual y lo cumplían a ultranza. ¿Quiénes, fuera de argentinos y argentinas, podían fingir con tanta fidelidad y entusiasmo ser miembros de una colonia inglesa de ultramar? Entre las personas de mayor edad reconoció a unas cuantas que se desempeñaban como abogados, escribanos y médicos en su común ciudad. Ahora comprendía el porqué de su irrupción allí y su tedio redoblado. El más importante cirujano dedicado a la política lugareña se comportaba como dueño de casa y tomaba a su cargo el deber de lisonjear a la clientela. Recorría los grupos selectos, saludaba pipa en ristre, estrellas doradas, charlando con ellos sobre la situación sociopolítica del país y Occidente, y pronto obtenía sus sonrisas esperanzadas justo cuando un momentáneo apretón de manos y la frase provisoria le permitían deslizarse hacia otros semejantes necesitados de sus miramientos. Sin vacilaciones las damas demostraban adorar sus sienes canosas, su estatura moderada y confiable y sus modales impecables de cirujano retirado, merecidamente enriquecido. Los hombres le tocaban un codo a su compinche imprescindible. Lo miraban retirarse, bebían de sus copas sonriendo embelesados, combadas las cejas y las piernas envaradas, mientras mesa por medio recomenzaban los detalles de la reciprocidad mundana.

Sabía que allí el mundo estaba orgulloso de contarle como anfitrión. A pesar de sentir hacia el médico tanto rechazo como hacia el resto, y a sumar tantos desacuerdos en su contra, se le volvía imposible enfrentarlo de igual modo que a cualquiera. Renegaba porque liderara también su disgusto. El médico apenas lo miró al margen de uno de sus periplos cercanos. Había atendido la agonía de su madre. Sabía que lo había identificado pero su mirada adecuada de prócer resbaló sobre su inadecuada figura almorzando justo allí, esas frugalidades económicas hervidas, en un rincón adonde llegaría un rayo de sol por casualidad en algún momento del amanecer siguiente, cuando él ya no estuviera. El florero junto a la panera se volvió algo anticuado y su rosa se irguió como una fantasmagoría. Nada de aquello estaba dispuesto para ser disfrutado por él. Se lo hacían notar a cada minuto, de seguro con mayor caridad luego de la indiferencia que le dedicara el anfitrión. Persistía entre ellos más que nada para resultar un insolente adecuadamente castigado. Los percibía encantados de desengaño.

Transfiguradas llegaban las risas desde el altísimo cielo raso de madera, oscuro y respetable. Carcomían sus orejas con su increíble variedad y afinación. Jamás llegaría a reír así. El humo de los puros se adormecía en las fibras y en los huecos desde pasadas reuniones decididamente aristocráticas, de cuando el cine todavía no atrapaba el interés de las veladas. Aquel era el espacio ideal para una complicidad total, abusiva. Empezaba por despistar, luego excomulgaba. Luego toleraba de dos o tres maneras oportunas.

Los sonidos de un piano comenzaron a dejarse oír. Luego, encimada, la voz de una cantante. Reconoció la letra y el título: 'Somewhere a voice is calling'. No se resistió a la tentación de oírla completa. Atenuados, apagados los tibios aplausos, que no podían dejar de ser tibios, ambos profesionales arrancaron con 'Home, Sweet Home'. Entonces se decidió a huir.

La chica de ajustado traje caqui sentada en su alto taburete de pino frente a la caja registradora, una copa de champaña con un pimpollo rojo dentro, lo miró de reojo al hacer tintinear la suma y cerrar su breve cuenta. Vio que la erupción del menosprecio le subía por el talle hasta izarle los hombros algo más de lo que ya estaban izados, y temblarle en la comisura izquierda. Pensó que tenía muchísimo derecho a sentirse estafada porque, aun cumpliendo su simple papel de trabajadora, su sobriedad inequívoca dependía de la munificencia de los caballeros. Por si no bastara con este cuadro, los tres mozos perrunos detrás de la barra comentaron su condición moral miserable de intruso desvergonzado que no debería estar allí haciendo gala de su pobreza. Lustraban con vigor todo lo estático a su alcance, a la espera de la hora cuando los atiborrarían de pedidos.

En cambio, él evitaba cruzar miradas con cualquier ser viviente. No hubiera soportado la inquisitoria de un perro faldero. Podía percibir la condescendencia que lanzaban a su rostro las palmas tiesas en sus macetas junto a las cortinas rojizas, oscuras, dormitando en otra dimensión.

Lo embargó una tremenda confusión al pagar la pequeña suma de su consumición, que equivalía a casi todo el dinero contenido por sus bolsillos. Por cierto ¿qué hacía un pordiosero disfrutando gratuitamente de un puesto entre el lujo y la delicadeza?

El mar o el lago parecían formar parte del decorado crepuscular de la terraza, donde los jóvenes de su misma edad ahora tomaban café y whisky, desprendido el primer botón de sus chaquetas.

Habían ondeado al pasar junto a él. Aquél era el detalle inolvidable; como si la visión perteneciera a una superficie que se voltea. Y se voltea y se voltea, como si lo encontrara ensimismado, hojeando una revista de páginas infinitas.

Al cubrirlos su agilidad habían curvado los últimos metros de la distancia hasta él; entre manteles bordados y ruedos que se sorprendían, sus voces y miradas levantadas también se habían curvado antes de superarlo.

Habían ondeado las aureolas de color omnipresente; habían ondeado sus cejas y mejillas cenicientas y sus brazos de goma industrial copiaron similares ondulaciones colgados de sus miembros color caqui.

Habían ondulado como una bandera junto a él.

(1999)

La Base

Al volver retrasados, cuando la lancha del tour ya había partido de regreso sin nosotros dos, cuando nos vimos mezclados a un montón de tipos vulgares que no pensaban en retornar a ningún lado, al vernos obligados a recurrir a una embarcación inapropiada que nos facilitaron los del Club de Pesca 'Dos Bagres', trastocamos nuestra realidad.

Cuando los acontecimientos se estropean también uno pierde la compostura y hasta el equilibrio corporal; uno siente que se hincha por fuera o por dentro, que le cuesta fijar la mirada y salvarse de la alucinación.

Me ha quedado muy presente, sin contar con otra referencia, que nos curvamos sobre la anchura desmesurada del río. Tal vez fuera nuestra ansiedad embroncada quien despedía miradas expectantes, priorizadas por el agotamiento físico, la causa que me hace vernos asomados y estirados desde la lanchita hacia ninguna parte en especial de la curva del río aplastado. Mientras el patrón fumaba y no nos hacía caso. Esa angustia que es producto de torpezas y errores infantiles, me hacía palpar la curva irrelevante de aquel horizonte hediondo. Pero la otra gran curva que era el regreso total, me pesaba en los hombros y me inclinaba hacia el vientre del agua turbia, apenas ondulada, y hacia el rastro de la embarcación. Partes de mí que todavía no se habían curvado, lo hacían con vitalidad.

El conocido viento del atardecer lo mismo soplaba aquí y nos empujó fácilmente río afuera hacia lo que parecía el mar. Llegamos junto con la noche y sus nubes revueltas a la base de la Marina que nos habían indicado como única posibilidad de embarcarnos enseguida. Para el patrón de la lancha apenas fue un desvío, al que quizá lo tenían acostumbrado todo tipo de encargos.

Hablo de la anchura del río, pero siento que debiera referirme a esa inmensa cantidad de agua poco profunda y barrosa que obliga a preguntarse qué clase de peces y pescadores son los que la consideran su hogar.

Hablo del mismo viento de atardecer, pero siento que debiera denunciar su molesto olor a rancio y el reflejo de la grisura de un cielo rasgado por una monotonía de sol, abandonado a su suerte desde horas antes que el día acabara. Y hablo de una base de la Marina cuya existencia no recordaba ni me constaba.

Abandonados por irresponsables en unos miserables muelles junto al territorio de una algarabía urbana que nos excedía, decidimos correr el riesgo y tratar de amanecer el lunes en nuestros respectivos domicilios, como los otros, los que partieron de Rosario a tiempo, sonrientes, agitando las manos, tomándose fotografías.

Fue mi padre, por supuesto, quien más decisión puso en la aventura, dadas su edad y estado de salud. En cuanto vimos brillar los ventanales al ras del oleaje, con la misma inconsciencia con que subimos a una lancha cualquiera, yo adelante y mi padre por detrás, nos largamos desde la popa de la lancha insuficiente a cubrir el tramo de abordaje en una simple canoa de fondo plano, con la que pudimos, montados a uno de los infinitos roídos de agua barrosa, mantenernos quietos en un punto y caer al metal de la planchada semihundida que servía de acceso al frente de los edificios flotantes, pequeños y empapados testigos llegados en cuatro patas sobre un colorinche de reflejos movedizos.

Y ellos, los que nos miraban llegar de este modo insólito, eran una inmensa mole que aparecía desbaratando la oscuridad y sumaba su imponencia al cuerpo del río, al desconocimiento, a la sensación de extrañeza y absurdo.

Era más liviana abajo, donde la mole empezaba a asomar del agua o del fango, sin hundirse, pero enseguida se volvía negra y lustrosa, como revestida de mármol negro, mármol derrochado y encimado, porque las cuatro torres inclinadas, tachonadas de ventanas, reflejaban como espejos la noche y los nubarrones sucios, pero también una soberbia ostentosa, sin límites.

Aquello redundaba; oía a tufo de casino rodeado de lupanares; a sucio trozo de ciudad robado y protegido de otros ladrones, que no sorprendía del todo, que apenas se bamboleaba en el compás del agua o se dejaba llevar por los desplazamientos del aire a un largo remolino anclado que lo suavizaba y tranquilizaba todo.

Los resultados del descontrol y el despilfarro típico de los ministerios, nos reservan permanentes asombros.

Nosotros dos también cometíamos un acto sorprendente. Agachados, casi nadando en cuatro patas sobre el metal resbaladizo, se nos escapaban justificatorios de indignación que a mi padre

podían costarle los últimos alientos. Habíamos caminado tanto por los lugares más insulsos de Rosario en medio de un carnaval de viejas y viejos engalanados, que ahora nada nos importaba tanto como volver a casa, y el remojón no nos apagaba.

Por lo menos a treinta pisos llegaban las cuatro torres negras que mostraban donde se alojaba la tripulación. Por desgracia, enseguida sobrevino el inconveniente que se constituyó en el protagonista de nuestra estadía allí, un sitio donde reinaba la despreocupación y que podía habernos entretenido mejor por unas horas.

Nos encaminamos, encorvados como si chorreásemos agua, abriendo un poco los brazos y piernas para conservar cierto equilibrio, hacia una sucesión de puertas vidriadas, coloreadas por la escenografía eléctrica, a través de las que nos contemplaban llegar un conjunto de hombres jóvenes. Un poco mareados, pero rectamente orientados en la confusión, abordamos la entrada y su necesaria pendiente, anestesiado mi padre, ahora me doy cuenta, por el desgaste brusco de sus fuerzas. Varios uniformados en la típica ropa sport naval, empujaron los batientes por donde metimos dentro nuestro asombro y nuestra novedad.

Nos encontramos en lo que parecía el hall de un aeropuerto provinciano, donde a los escritorios burocráticos, paneles desplegados con aviso y órdenes, se superponían sin inconvenientes, mostradores de cafetería, amontonamientos de bebidas y sándwiches, y envases descartables para el autoservicio.

Largas ondas flotantes provocadas por el humear de los cigarrillos me dijeron que debía informar sobre nuestra inopinada aparición. A ninguno de los que debía haberlo hecho, preocupábamos. Pensé en recuperar el uso del organigrama jerárquico de mis tiempos marinos. Pensé que obtendría alguna ventaja, alguna consideración especial. Recordaba cómo efectuar la serie gradual de audiencias, pero en los primeros momentos a bordo, que se volvieron pesados de llevar por lo absurdo de nuestra presencia, no supe bien si detenerme a tratar de entender lo que me explicaban las azafatas o aceptar de buena gana el café y los cigarrillos que me ofrecían bandadas de suboficiales ahítos de cordialidad.

Primero que nada, encomendé a mi padre que se sentara en algún sitio libre en las largas banquetas amuradas que daban la vuelta al salón. Le repetí que me esperara sin dejarse devorar por el entusiasmo de la reunión o por los ímpetus de su permanente ansia de contar a todo el mundo, no ya la clase de hombre que era, cosa evidente, sino, como acababa de hacer en varios rincones rosarinos con este resultado, de contarles la clase de hombre que había sido.

Poco a poco, en mi peregrinaje, fue quedando enganchado entre informaciones e informantes, y viceversa, algo a lo que estaba habituado, después de todo, pero no a un nivel alienante. La clásica Argentina desafortunada se sentía a sus anchas aquí. En cuanto empecé a comprender que a bordo de esta nave privilegiada el Oficial de Guardia era un personaje de leyenda, sin nombre ni apariencia conocida, los olores a gasolina y cerveza, el humo tabacoso, la calidez confortable de aquel encierro, me pusieron a transpirar como un condenado a trabajos forzados. Me enfermaron.

En ocasión de mi primer regreso al punto de partida, mi padre ya no estaba donde creí haberlo dejado. Era el colmo de mis males. Ya nada se libraba de ser motivo de indignación.

Allí estaban las filas de cabos y marineros que escuchaban la orquesta desde lejos y piropeaban a sus camareras favoritas. Me sonrieron y sobre todo por señas, me indicaron a dónde dirigirme.

Como en otros casos, empecé a pensar en cómo se vería mi cara a esta altura.

Tanto o mejor que en la pista, se reía, se flirteaba y se bailaba en los lugares congestionados entre escritorios, camillas abandonadas, carritos con mercadería y mostradores forrados en aluminio. Nadie se interesaba en nada que no fuera distraerse y reír. Se fumaba con avidez suicida de las más conocidas etiquetas americanas, como si todos estuvieran perforados por la inconsciencia de un apuro liviano. Me sentía tan desubicado mientras reconstruía el hilo orgánico que me permitiera encontrar un responsable capaz de darme una respuesta, una solución. Intenté que una empleada me explicara cómo conseguir boletos para el ferry nocturno. Pero aquí, por supuesto, no había boletos sino listas de embarque. Habituada a que el ruido exigiera ciertos métodos para volverse audible, agitó sus brazos cruzandolós frente al pecho y me gritó, señalándose el antebrazo izquierdo, que sólo el OG podía autorizarnos a viajar, porque el pasaje siempre iba más que completo y el personal destinado, como no podía ser de otro modo, conservaba la prioridad en los lugares vacantes.

Le reiteré, recurriendo a su método, la necesidad que teníamos de que nos aceptaran. Le grité que hacía treinta años que yo era integrante de la reserva naval. Pero me hizo pasar a otra oficina.

Era otro de los tantos rincones visibles en todas direcciones y sobre todo hacia el sector de ascensores, un rincón apenas apartado del pasillo, algunos afiches de tours a Salta, Mendoza o Viña del Mar pegados a mamparas móviles. Me trasladé con nuevas dificultades y por señas me pidieron que esperase unos minutos. Las mujeres se deslizaban entre los uniformes claros y

frescos, y tanto como las que permanecían apostadas tras los mostradores soportando encantadas los embates de media docena de tipos, eran tan atractivas y gentiles que costaba exigirles cumplieran con eficiencia un trabajo que a ojos vista no era para el que estaban mejor capacitadas.

Desde aquí era donde había dejado de ubicar la cabeza de mi padre al iniciar lo que ya llamaba mi primera ronda. Mientras aguardaba y ojeaba el sitio donde suponía que debía volver a verlo, adonde confiaba que reapareciera en poco tiempo, como, por ejemplo, después del necesario para ir y volver del servicio en aquellas circunstancias, estando allí desesperando como un imbécil, aproveché para detener a varios suboficiales y enterarlos de nuestra necesidad. Desde el principio de la intentona trataba de recordar los nombres correspondientes a las insignias del rango superior, pero el agotamiento y el nerviosismo me producían bloqueos en la memoria. Las respuestas o trozos de respuestas que recibía me desilusionaban y lo aceptaba así. Todo el mundo parecía ajeno a las tareas propias del lugar y más bien estaban allí gozando de licencias breves, que debían ser disfrutadas a todo vapor, sin desaprovechar un minuto.

Empezaba a sospechar que sólo un aplacamiento de la situación en las horas de la madrugada me permitiría obtener noticias claras, creíbles, cuando, en consecuencia, fuera tarde ya.

Imaginarme viendo alejarse el ferry sin nosotros a bordo ya me producía erupción. ¿Y qué otra cosa iba a alegar en semejante sitio a nuestro favor más de lo que ya hacía?

- Está cenando con el Capitán – me gritó la secretaria del suboficial despachante, que regresaba luego de un largo rato. Seguía sonriendo, como aconsejandomé distenderme.

- ¿Adónde? – pregunté con voz normal, en una reacción inmediata, casi insolente, que ella no oyó. Grité la pregunta mientras me decía a mí mismo que era estúpida. Ella señaló el cielo raso, para hacerme entender que podía estar en cualquiera de los cientos de departamentos en las torres. Le grité que mi necesidad más imperiosa era ver al Oficial de Guardia. Se metió la birome entre los labios porque no había ítem sobre el cual apoyarla y miró al lugar donde deseaba estar, el alboroto de aquel río parecido a un pasillo. Para nada parecía ofendida.

- Debe estar cenando también... - dijo, o creí que lo dijo, o tal vez pensé que lo decía antes de que lo hiciera. O no.

Regresé. Es una manera de nombrar la lucha necesaria para avanzar ambos pies y mis brazos en el revuelo de la velada, nadando a través del propio sudor. Regresé por fin adonde, en un remanso del humo y los empujones, mi padre debiera haberse quedado sentado, nada más que sentado, sin necesidad de tomarse ninguna molestia. Para mi decepción, no para mi sorpresa, comprobé una vez más que su encallecido impulso de encontrar nuevos amigos y simpatías, o lo que él creía eran nuevos y simpáticos amigos, había sido más fuerte que todo.

Decidí dejarme llevar por el instinto, a partir de la sensación de estar inmerso en un remolino caluroso y azucarado. Encaré hacia las mesas redondas más cercanas a la orquesta. La orquesta era uno de esos rejuntados de músicos de banda militar que acostumbran formar cuando llegan los finales de cursos y que sólo los ambientes ciento por ciento festivos vuelven soportables. Destrozaban lo más conocido y querido de Glenn Miller o los Dutch' Students. Un gordo que debía ser almirante, fue el primero en insultarme, usando su barriga como proscenio para sus invitados. A partir de su actitud deduje que los siguientes también insultarían y luego llamarían a los guardias.

Tuve que conformarme con discutirles a los mozos, tratando de que entendieran cuánto nos apremiaba conseguir algún medio o manera de llegar a Buenos Aires, de no seguir allí hasta las posibilidades propias del lunes. Hacerles entender que estábamos metidos en una dificultad se volvía descorazonador. Pero era lo que quedaba a mi altura.

De nuevo me encontré en el hall. Reconocí a los cabos que campaneaban el alboroto cerca de la entrada. Me acerqué a comentarles los inconvenientes con que tropezaba todavía y que para ellos no eran novedad. Me preguntaron si había visitado los jardines y otros lugares a los que podía llegarse por ellos. Ya nada me resultaba inimaginable, ni siquiera jardines en medio de esta urbanización en mitad del río.

Un pasillo que parecía ir a ninguna parte me permitió zafar un momento de la desesperación. Sentí que mejoraba la temperatura ambiente. Llamaban jardines a una hilera gris de canteros asfixiados por veredas, fuentes y bancos de mármol, tan viejos, manchados y solemnes como los de un cementerio católico. Por sobre las fachadas bajas se abría la bruma carbonosa. Las torres quedaban atrás. Recobré la posibilidad de caminar sin dar y recibir empujones. La alborada ocupaba un cielo intruso, aparecido en lugar de los paneles de telgopor.

Luego de habituarme a aquel ambiente y algo de mi criterio normal, descubrí que no eran esculturas sino parejas ensimismadas en el tema del amor flamante, las que ocupaban bancos y umbrales. Pero su desinterés hacia cuanto no fueran ellos mismos me permitió recorrer el pasaje sin disimulos. Eso sí, los ojos se me iban hacia ambos lados, por detrás de la atención.

Alguien me chistaba desde la entrada a una cocina olorosa. Un camarero con facha de cordobés me hacía señas con su servilleta recién planchada.

- Usted busca a su papá – me dijo. Asentí – Va a encontrarlo al fondo, donde vea un camarote iluminado. Aiá lo tienen desde anoche – sonrió – Está bien; le alcancé algo de comer... -

No; no podía ser que este tipo de unos treinta años de edad hubiera estado en el cuartel donde hice la colimba.

Por fin podía caminar sabiendo adónde iba. Entonces apareció ella. La vi parada ahí, apoyada contra un pie de mármol en el cantero central, como una estatua pintada con los colores de la madrugada. Me cruzaba con ella sin haberme dado cuenta. Estaba sola, como si la hubieran dejado plantada. Cruzaba una pierna en dirección opuesta a mi avance y exhibía el nacimiento de un muslo tentador.

El cabello oscuro le llegaba a los hombros y su vestido azul la diferenciaba de toda palidez, de toda palidez de la hora y el cansancio. Parecía hermosa y cálida, una mezcla inusual. Tal vez demasiado interesada en parecer cálida. Por eso no me detuve, aunque seguí avanzando sin sacarle los ojos de encima.

Me llamaba. ¿Dijo mi nombre? No; no lo dijo. Su voz sonaba como si lo dijera.

- Voy apurado – le dije, hablandole con espontánea intimidad.

Dijo lo que todo hombre soñaría oír:

- Voy a estar esperandote aquí. Tiempo tengo – sonrió. Era hermosa. Era muy hermosa. Buscaba un cigarrillo en su cartera. El tono de su voz despertaba confianza demasiado pronto.

De pronto, por último, mientras me alejaba, traté de memorizar detalles en la escasa vegetación ornamental o algunos en las paredes, que me permitieran reubicar el sitio, que muy poco podía ser diferenciado de otros. A cada paso los mismos zócalos, las mismas esquinas rayadas, los mismos muros y entrepaños breves y los canteros que se repetían exactamente. Por unos segundos recordé a las locas que rondaban el cuartel; feas, apestadas, que telefoneaban para sostener diálogos absurdos con el aburrido Suboficial de Guardia Externa.

Al fin las cosas se componían. El cielo parecía no poder contener la obertura de un día sereno y cálido.

Mirando a un lado y otro, llegué a donde acababa el paseo, donde un cantero con palmas y palmeras enanas atravesado a las veredas, sombreaba las modestas entradas a otro sector de habitaciones.

Golpeé y empujé. La puerta se conmovió y abrió. Vi su parte superior abrirse camino entre el humo y el tufo del encierro. Adentro, las diferencias entre día y noche poco contaban. Los conocidos gorros blancos y flequillos revueltos o hirsutos giraron hacia mí un ¡vista dre! en sentido contrario al hueco que me permitía reconocerlos. Parecía la escena de una película yanqui de los años '40, con Mickey Roonie y Sinatra codo a codo entre los 'cabecitas' enganchados.

Me sonreían. Estaban avisados de que vendría. Luego de varias horas pugnando hacia arriba, los contactos dispersos habían funcionado por abajo. Después de todo, nosotros dos éramos cuerpos extraños para ellos. Los pares de ojos me rodearon, pero no los miré. Allí, cabizbajo, apenas distinguible entre los torsos y los brazos de los que se mataban al póquer, profundamente dormido, encorvado como una larva, apoyado como un niño en los bíceps de un submarinista gritón, lo vi.

No había bebido, no se había emborrachado. Había llegado sin voz para hacerse oír en el maremágnum. Lo había acomodado allí porque allí cualquiera encontraba acomodo. Ni él mismo recordaba la andanza previa. Era uno de esos camarotes especiales donde jamás entran mujeres.

Me había esperado. Tal vez le habían ofrecido un sitio más cómodo y secarle las medias o tomar un café reconfortante hasta que volviera a ubicarme, mientras tanto yo me enredaba y desenredaba tratando de recordar el viejo ovillo de mis experiencias bajo bandera.

Dormía a pesar de todo, por suerte. Sí, pálido y verdoso pero tranquilo, con las pantuflas de sus manos enfermas, juntas, resignadas.

- ¡Papá! – lo llamé, sobre todo para que me comprendieran los otros, aquel tropel caliente. Lo llamaron, inclinándose sobre el tapete ritual, tocándolo en las manos, con suavidad.

¡Papá, papá! Repitieron los marineros, sin burlarse, como cuando saludábamos a un 'sumbo' querido, uno de esos eternos habitantes oscuros y grasientos de talleres y calderas. ¡Papá, papá! rieron enseguida, sacudiéndolo con menos delicadeza.

Estiré mis manos sobre los hombros y la mesa, y otras manos lo tomaron, lo alzaron y lo depositaron en éstas. Sé que no me despedí como correspondía de la muchachada; que no les agradecí como era debido. Mi padre se despertaba y cabeceaba sin entender los saludos y las risas que lo mantenían en el aire. No sé cómo pudo caminar tras de mí a aquella hora, después del entumecimiento que yo mismo apenas soportaba. Debería tener tantas ganas de regresar como yo,

cada uno a su hogar, a su baño, su cama. Tal vez todavía se sintiera culpable de la demora que nos embarcó precariamente.

Tironeando de su brazo paralítico, tanteando la enfermedad de sus tendones, por entre el laberinto de aquella fiesta interminable, lo traje de vuelta al hall de arribos, que ahora, por fin, se convertía en nuestro punto de partida.

Cuando, ya autorizados, estuvimos en la plataforma de embarque, amaneciendo el río con el aliscafo amarrado, dorandose ante el pasaje como un bague panza arriba, cuadro que no soñábamos contemplar, una vez más le pedí que me esperase. Yo quería regresar por mi cita. Ir de nuevo a encararme con las vicisitudes de la vida. Le pedí que me esperase mientras regresaba adonde la chica aquella me había citado.

La cita de una prostituta. Repitiendome escepticismos e ilusiones atravesé los jardines que como antes, comenzaban tomando a la derecha, hacia donde parecía que todo terminaba en un rincón ciego. Ahí estaban otra vez las veredas cuadrículadas, sus desniveles pretenciosos de un mal arquitecto, los bancos y los equipos de amantes vestidos de ropa clara, enredados en su profunda oscuridad, y yo, creyendo que ella me esperaba todavía.

Alguna vez tiene que resultar cierto que a uno lo esperan todavía. Una muchacha hermosa que se ofrece al primero que pasa solitario, o quizá se encapricha con un rostro que le dice algo, también puede ofrecerse a otros con parecida liberalidad. ¿Por qué creer que me esperase aun? Creerlo al menos servía para acelerar el paso y respirar a pleno pulmón el aire fresco y maloliente.

Así que llegué o creí llegar al punto de la cita, que era el sitio cualquiera ante el que nos habíamos cruzado. Y no la vi. Tal vez estaba en el mismo sitio y no tuve ocasión o fuerzas para reencontrarla en el interior de uno de esos abrazos interminables que ocupaban el entorno.

Regresé. Regresé maldiciendome, adonde mi padre debería estar esperando.

Me merecía que hubiera vuelto a escaparse tras alguno de sus delirios, o que el ferry se hubiera marchado sin mí. Tenía la autorización en mi bolsillo y podía ser que ni siquiera lo hubieran dejado traspasar y sentarse en su butaca a continuar dormitando.

Ocupar una butaca, acomodarse, entibiarse. Cerrar los ojos por un buen rato; adormecerse oyendo el chapoteo del avance de las quilas sobre el pantano, sabiendo que otros se ocupaban de que todo culminara con normalidad.

Que una azafata recién maquillada nos ofreciese un café, se volvía la tentación más simple y absoluta...

(1999)

25 de Marzo

Me llegan recuerdos de mi madre. De mi mamá.

Desde algún sitio en la penumbra se deslizan hacia mí retratos de una mujer jovencita. Da la impresión de estar vestida de adulta. Es menuda y concentrada. Algo de resorte en su mirada. Es posible que silenciosa, y pálida.

Creo que ante cada una de estas evocaciones me he preguntado cómo se sentiría en su papel de adulta en el instante en que la fotografiaban para siempre. Me he preguntado cómo serían de frescas e improvisadas sus relaciones con los mayores que la rodeaban y la limitaban.

Ni en su inquietud más extravagante habrá imaginado que en su vientre estaba acunando al implacable que la juzgaría desde un día del futuro. Su niño primero, yo. Es de suponer que por nada del mundo hubiera alcanzado a imaginarse semejante cuestión. Ser o estar siendo juzgada a través del rebote en el porvenir lejano, con arreglo al conocimiento de hechos y consecuencias todavía inexistentes, y no sólo desde un testimonio que se volvía ajeno sino, además, desde una conciencia epocal diversa, tal vez mayor, seguramente más completa, a la que ella nunca accedió ni se permitió

asomar, ni siquiera a través del murmullo diario o el de los estruendos que sobresaltaban, renovados, su aterido ideario de lo que debía ser normal y cotidiano.

Años después mi sobrino me salvó esto que llamamos vida. El hijo de mi hermana más parecida a ella, a nuestra madre. Ocasión que no tuve el engreimiento de imaginar. Y pudiera ser por eso mismo que no alcanzó a cotejar y contraponerse en las entrañas de mi dictamen final para mitigarlo y favorecerla en algo.

Luego de las primeras escaramuzas, me habían capturado los de una patrulla mixta y me habían conducido, encapuchado, a una casa bastante céntrica, sin que les opusiera resistencia. Me habían marcado. Aunque podía anticipar lo que vendría a continuación, aún no era gran cosa lo que me pasaba. Aprietes y secuestros de advertencia había a diario y nosotros también efectuábamos algunos.

Pero mi falta de reacción se debió en parte a que cuando me agarraron llevaba mi arma particular en la cintura. No me habían palpado; tal era el desprecio que los enceguecía ahora, en la circunstancia de alimentar la virulencia. Creo que me quedé alentando la oportunidad de usarla por sorpresa.

Me tiraron al piso en el centro de un redondel de tacos y suelas confianzudas y creí entender que una asamblea me juzgaba.

En mi pobre cabeza se sucedían momentos bulliciosos y ensordecedores, con súbitos lapsos de silencio durante los que oía el menor detalle. Las acusaciones no me informaban mucho de sus considerandos.

- Es un hijo de puta. Siempre ha sido un hijo de puta – me definió una voz ronca.

- ¡No! No seas bestia. ¡Vamos! Todos lo conocemos desde hace mucho. Es un boludo, un infeliz -

- Este no se hace; es un boludo total -

- Entonces es un boludo peligroso. Por ahí se las quiere dar de vivo. No podemos confiar... ¿Por qué tenemos que confiar en él? ¿Con qué necesidad? -

- Es un infeliz que vive porque lo han dejado vivir -

Y así me consideraban, menudeando los insultos y las propuestas drásticas para no correr ese mínimo riesgo que yo podía representar. Cuando resolvieron liquidarme, una voz joven se opuso a la sentencia.

Reconocí al instante al dueño de la voz. Se la hubiera reconocido entre millones, aún en peores condiciones. Supuse que su dueño acababa de entrar a la habitación porque le habían avisado. También hubo una discusión previa y acallada luego, con el grupo de muchachotes que lo acompañaba. Entonces se armó una discusión general sobre táctica política hasta que alguien la cortó, haciéndoles ver que yo oía todo y había que liquidarme. Las voces mayores, unos grados más de autoritarias o rencorosas, resolvieron que, en consecuencia, quien me había defendido fuera mi verdugo.

Sentí que todos empujaban al compañero señalado hacia el centro de la rueda. Había acuerdo, finalmente.

Yo seguía acuclillado, medio tumbado sobre el piso, aferrando el cabo yerto de mi revólver.

Ubicaron al nieto de mi madre frente a mí y le indicaron que me pegara dos tiros en la cabeza; el segundo por las dudas, no por necesario. A mí me gritaron que me pusiera de pie, como si estuviesen al borde de una cancha de básquet. Que no estaba atado y que me pusiera de pie, si podía hacerlo. Si era que no me había cagado ya en los pantalones o si era que no estaba muerto ya.

Risotadas.

No daba para risas. Para risotadas sí. Mientras me ponía de pie, disimulé el movimiento necesario para sacar el arma de bajo el cinto, amartillarla y apuntar directamente frente a mí. Era un inconsciente honor el que me hacían con que mi ejecutor se situara frente a mí. A deducir de sus dichos yo no merecía ni eso.

Percibí que mi gesto no causaba conmoción alguna. ¿Hacia dónde estaba apuntando? Si oía algún movimiento en respuesta, giraría y dispararía hacia allí, como si el peligro todavía estuviese a mi espalda.

Aprovechando el silencio y el orden, la voz de mi sobrino reiteró que se oponía a que me ejecutaran. Creo que sus gestos, más que el tono de su expresión, estaban argumentando en mi favor, descalificandomé en razón de mi evidente cobardía. Supongo que en la circunstancia mi aspecto lo secundaba por entero.

- Van a ver – les dijo, volviendosé a un lado cualquiera – No será capaz de tirar. Enseguida lo van a ver. ¡Viejo! – Me llamó viejo, como a un desconocido - ¡Baja el arma! -

Sentí que el hálito de su corpachón rozaba a propósito la boca del caño de mi revolvito, y en la completa oscuridad de la capucha, contemplé su imagen familiar, dibujada a partir del todo de su voz y la levedad de la remera que solapaba su pecho.

Le di la razón. Bajé el arma y entonces unas manos calientes me la quitaron. Oí que la desmontaban y la dejaban caer sobre una mesa arrinconada, cubierta de papeles.

Alguien, o el mismo tipo que me desarmó, tomandomé por la nuca y un antebrazo, me empujó hacia abajo. Le dije que me matara él, que no diera tantas vueltas, que no me interesaba seguir vivo en un país del que ellos serían los dueños absolutos.

Hacía mucho tiempo que yo estaba convencido de lo que escondía el futuro. Más de una vez se lo enrostré a mi madre en momentos culminantes para sacudirle las ilusiones. En algunas ocasiones en que discutíamos amargados sobre el curso que debería tomar mi vida, o cuando ella me pedía desde su inocencia que le aclarase algún intríngulis político o social que parecía estar tan claro para mi modo de razonarlo como para animar al suyo a encontrar conclusiones.

Ahora me di cuenta de que el grupo que seguía a mi sobrino se retiraba en bloque, como habían entrado. Parecían ser parte insustituible. Fue como una señal. Empezaron a pegarme. Mejor dicho, alguien me pegó una trompada alevosa, caí y se pusieron a patearme a como yo diera lugar. Supongo que mi sobrino se alejó sin más. De algún modo se había salido con la suya y con eso debía darse por satisfecho.

Me pasearon en la caja de una pick-up y después me tiraron en el bulevar; me aflojaron los nudos de la capucha para que yo pudiera terminar de sacarmelá.

De todos modos, estaba imposibilitado de ver.

El aire era el de una madrugada fría, deliciosa, y por ahí algún pájaro piaba al amanecer. Seguía recordando a mi madre y reviviendo tras mis pobres párpados algunas conversaciones a solas con ella o los reproches sintetizados que más me repetía. Aquellos modos que me había inculcado y que a la larga me apartaron de los que debían ser mis compañeros.

Entonces la juzgué, con mis lágrimas calientes abriendosé paso desde muy adentro y cayendo al rocío.

La perdoné porque ya estaba muerta. Creo que fue por eso, no porque me diese lástima su vida.

(1999)

Continuidad del paseo

A Gustavo Kamenetzky

Como nunca, como si hubiésemos dormido demasiado desde el atardecer del sábado hasta despertarnos hastiados del dormitorio, temprano en la mañana del domingo, domingo de Diciembre, caminábamos juntos por el declive de la loma, arrastrando nuestros pasos por el césped apenas rociado.

Mi esposa trataba de colgarse de mi brazo. El sol se sonreía. Ella tiene mi altura. La altura del terreno, en cuya curva superior asomaba la casa fondeada entres sus árboles, hacía que el sol pareciera flotar más bajo aun de lo que correspondía a la altura del año.

Floritas rosadas, amarillentas y blancuzcas poblaban el verde a nuestros pies, para nuestra complacencia, temblaba en su pecho el azul de encima, ante la propia pureza y transparencia.

Recuperábamos y continuábamos distendidos retazos de conversación de la velada pasada. Frente a nosotros, lejano bajo el fulgor del sol, el límite del terreno se despeñaba y continuaba en el valle inferior, en cuyo regazo la luz hervía. A nuestra izquierda, detrás de la loma y la casa, transcurrían la ruta provincial y sus incesantes diálogos. Un tejido alto y un portón impertinente separaban nuestro coto de tantas oportunidades y evanescencias.

En algún momento tuve la impresión, de seguro inducida por un quiebre en los rumores mecánicos, de que algo se materializaba y sucedía frente a nuestra entrada. La sirena policial lo confirmó. Habíamos dejado de caminar. No corría la menor brisa. Miramos en la dirección del disturbio, pero no era posible que viésemos algo. Sí que imagináramos una explicación. Más acá, la casa, blanca y roja, sus grandes ojos vacunos por delante, apoyada en la arboleda, el cielo imperturbable. Pensé que estábamos vestidos con pijamas y salidas de baño.

Reanudamos la marcha, pero variando su dirección natural, que hubiera consistido en completar una ronda tranquila, habitual, levantando las suelas del césped.

Primero me figuré que era una oveja dormida, caso bastante extraño allí, pero no imposible. Pero no, imposible. Una certeza tajante lo reemplazó unos pocos pasos más allá. Aquella mancha, sólo la primera que advertíamos de una serie de manchas dispersas, era las ropas que cubrían el cuerpo de un adolescente. Mi esposa todavía no se daba cuenta y tampoco yo se lo decía.

- ¿Qué es, amor? ¿Qué es eso? – preguntaba, apretandomé el brazo.

Recordé cuánto le había costado adaptarse a que nuestra hija viviera sola, lejos. Cuánto se inquietaba ante la menor duda. A unos metros de distancia los pies desnudos del cuerpo le hicieron comprender. No dejé que se detuviera a ver. Un trecho más adelante eran dos los cuerpos boca abajo. Agradecí que no nos tocara ver sus rostros.

- ¿Está muerto? – preguntaba, como si la respuesta flotara en la ambigüedad de la luz. Pero apuré mi caminar y comencé a dejarla atrás. Ella no estaba en condiciones de retenerme. Observé de cerca los otros cuerpos. Una y un adolescente, delgados ambos, apenas vestidos como para una sesión de gimnasia, al parecer profundamente intoxicados, moribundos o muertos. Mientras mi esposa se tomaba la cabeza y ya no la soltaba y se enredaba en sus propios pies, palpé las espaldas blandas, frías. Nos apuramos en la dirección en que los cuerpos derrumbados aumentaban. Eran casi una docena y su disposición hacía pensar que en algún punto hallaríamos una pirámide de muerte.

Aparecían botellas vacías, paquetes estrujados, cigarrillos partidos, marcas, rastrilladas en el pasto, manchones de sangre coagulada. Al borde del despeñadero había desde siempre un breve tronco seco, un viejo tocón de eucalipto, casi petrificado. Tenía cierta belleza agreste, cierta nostalgia que no cabía depositar en otros elementos del contorno. Nos agradaba verlo, al menos, caminar hasta él, usarlo de referencia en el fin de la propiedad. Su clásica condición había variado durante la noche, como cambia la de un barco que reaparece de un naufragio. El cadáver desnudo y ensangrentado de un muchacho lo usaba de incómodo catafalco.

Sobre el cuerpo del muchacho estaqueado boca arriba, atado con alambre a las raíces, habían arrastrado muchos cuerpos desangrados. Una pintura absurda, asquerosa, lo untaba de arriba abajo y sobre todo abría un aquelarre indescifrable en su pecho. Aquí no cabía dudar de la muerte del cuerpo. Había sido sometido a la peor morbosidad. Por suerte mi esposa no soportó acercarse. Sin embargo, caminó hasta el borde del barranco y desde allí le tocó llamarme para que viese abajo, en el comienzo del valle.

- Algunos están vivos – gritó - ¡Mirá! ¡Aquellos dos se mueven! -

Me acerqué, comprendiendo la insania que habían desarrollado estas mismas víctimas mientras dormíamos contentos. Más de veinte cuerpos, algunos en poses yertas, otros victimizados por la caída, otros como aturdidos, pataleando suavemente, todavía naufragaban en la luz matinal. Por cierto, ver aquellas señales de vida volvía más patético todo.

- Vámonos – le dije. Fui y la tomé por la cintura – Vamos. Tenemos que avisar de esto... Es insoportable -

La decisión de huir nos dio fuerzas. Ahora advertíamos el conjunto de evidencias y rastros de lo sucedido, que armaban una versión. Vimos la gran fogata calcinada, los papeles manchados abandonados, los cuchillos sucios, las ropas esparcidas. Nos sentimos mareados.

Caminar contra la herbosa pendiente nos hizo bien. También necesitábamos inspirar por los ojos el cielo, el cielo abierto, limpio.

Otro estremecimiento detrás de la loma dio paso a la figura de un oficial de policía que tranqueaba hacia nosotros. Nos había visto antes. No pensé en su intrusión. Nosotros éramos los propietarios del lugar del hecho. Fuimos a su encuentro.

Si para nosotros era novedoso lo que viniera a informar, no menos le resultaría lo que íbamos a sumarle.

Le faltaba la gorra reglamentaria y parecía que acabara de bañarse. Que, absurdamente, acabara de salir de la ducha, recién secado y peinado el cabello ralo frente al tranquilo espejo del baño. Nos miró y miró los cuerpos. Nuestro aspecto ya le estaba informando de la situación. Nos saludó respetuosamente y se disculpó por la irrupción.

Comenzamos a explicarle con qué nos habíamos encontrado en un simple paseo mañanero por nuestra propiedad. El oficial nos atendía con toda deferencia; simplemente nos oía, tomadas sus manos a la espalda. Oímos los gritos de nuestra hija y la vimos aparecer en lo alto de la loma y venir corriendo por detrás del comisario.

- ¡Papá! ¡Papá! – gritaba y lloraba - ¡Me quieren detener! ¡Me quieren interrogar! ¡Papá, mamá! ¡Me quisieron detener! -

- Es nuestra hija – dije al policía – Vive en Buenos Aires. No sabíamos que estaba acá – El comisario explicaba algo operativo, pero yo, y creo que igual mi esposa, sólo oía lo que nuestra hija gritaba, tratando de entender algo.

Llegó directamente a mí, convertida en un maremoto de gritos, llanto y acusaciones asombradas.

- ¡Papá! ¡Me quieren detener! ¿Entendés? Quieren que vaya a declarar ¡papá! Yo no tengo nada que ver. ¡Decíle a estos tarados retardados hijos de puta que yo no tengo nada que ver! ¡No querían dejarme pasar! ¿Entendés o no entendés? ¡No querían dejarme entrar a mi propia casa, estos hijos de puta! ¡Estos hijos de puta, tarados, retardados, que de qué se las dan! -

- Pará, hija, pará – Su madre trató de abrazarla, pero la apartaron los manotazos que no se detenían.

- Lo que pasa es que ella conoce a varios de estos chicos. Casi se muere cuando reconoció a dos que están colgados del portón – la imagen casi me derribó - Además nos dijo que estaban ensayando juntos una obra de teatro o algo parecido donde sucedía una ceremonia negra – pudo tratar de explicarnos el policía, mientras nuestra hija lo parodiaba, lo burlaba o corregía desgañitándose por imponerle su voz – Ella puede decirnos quiénes son muchos de los muertos y cómo es posible que haya sucedido algo así -

- ¡Está loco si cree que yo puedo explicar esto! – encaró al oficial - ¡¿Querés que te diga que se llaman Chungo, Papo, Cachi, Negro, Nacha?! ¡Idiota, idiota! –

- Sí, muy bien – dije al oficial, apreciando lo adecuado de su comportamiento, sin evitar que nuestra hija me parodiase, gruñendo como enloquecida – Usted todavía no ha visto todo lo que hay aquí. Espantoso, increíble. Pero quedese tranquilo que ella va a ir a declarar, por supuesto. Quedese tranquilo, que cuando se serene va a colaborar con ustedes en todo lo que pueda –

Nuestra hija se abalanzó sobre el uniformado y comenzó a golpearle con sus puños en la pechera. El hombre reaccionó muy bien. Sólo dio un paso atrás, hizo con sus puños que el pistoneo de la muchacha se concentrara en sus pectorales, algo inofensivo para su físico y el de ella. Nuestra hija aullaba, escupía al insultarlo y echaba lágrimas y fuego por las rendijas de sus ojos. Al menos se desahogaba.

- ¡Milico hijo de puta! ¡Milico hijo de puta! ¡Asesino maldito! ¡Los odio, los odio, los odio! -

Una vez pasada la primera exasperación, la abracé y la apreté contra mi pecho. Debía tranquilizarla por un lado y conservar en su tranquilidad al comisario por el otro, quien estaba, justo era reconocerlo, ante un tremendo acontecimiento en su jurisdicción y procedía dignamente.

- Ella va a ir a declarar y va a cumplir todos los trámites – le aseguré sin saber bien a qué me refería, mientras la espalda de mi hija se conmovía y los suspiros se le escapaban como descargas de una combustión – Ella va a reconocer a todos los que le sean conocidos y va a explicarles cuanto sepa. Tenga la seguridad, comisario –

- Sí, sí, no lo dudo – dijo el policía, arreglándose su corbata reglamentaria. Mi esposa se hizo cargo de los sollozos y los estremecimientos.

- Venga – dije al policía, en parte deseoso de alejarlo de la muchacha – Quiero que vea lo que fuimos encontrando -

- No se imagina lo que encontramos nosotros a la entrada de su quinta – me dijo él – Aquí ha habido un ritual satánico anoche. Ustedes ¿no oyeron nada? ¿Nada les llamó la atención? -

- Entiendo que le parezca improbable, pero es así Perdonemé que le pida tanto a su comprensión. Hemos pasado un fin de semana casero, de lo más tranquilo, y anoche nos dormimos temprano, aunque no lo crea. Por eso andábamos paseando tan temprano. Y venir a encontrarnos con semejante espectáculo. Esto parece algo propio de la medianoche y la madrugada. Sí, parece una misa negra, o algo así, algo mucho peor. Venga que le muestro algo espantoso -

Lo llevé hasta el horcón que nos había horrorizado.

- ¿Usted sabe que su hija reconoció haber diseñado la escenografía para esta matanza? -

- No – le contesté, tratando de ubicarme rápidamente frente a su planteo antes de que me ganara el mareo -Cómo voy a saberlo. Creo que usted no lo entiende correctamente. Nuestra hija sí realiza escenografías y participa en performances especiales. ¿Sabe de qué se trata? Estudia teatro y está en contacto con grupos juveniles que hacen teatro experimental y otras yerbas – no debí haber usado esa palabra – Sí, sin duda. Estoy seguro de que muchos de estos chicos pueden ser sus amigos o conocidos. Por algo están acá, en el terreno de nuestra casa. No puedo soslayar que ella se los haya ofrecido para un encuentro o un paseo –

Lo detuve, porque necesitaba tomar aire, y le toqué el pecho. Estaba pensando en los otros padres – De ahí a que ella tenga algo que ver con el satanismo y haya participado o sabido de esta barbarie, hay años luz de distancia, tengaló por seguro. ¿Por qué cree que sufre este raptó de indignación, de rabia? Porque a nada de lo que ella haga o planee le cabe culpa, desconfianza o descalificación alguna. ¿Usted cree que finge su indignación? Usted debe entender que es una chica normal, nacida y criada en un hogar común y corriente. Los chicos necesitan cometer transgresiones para crecer y afirmar su personalidad. A veces juegan con límites oscuros, o que a ellos les parecen oscuros o claros, pero de ahí a esta locura... ¡Un océano que ella no puede atravesar! -

- Sí, lo entiendo – dijo el comisario – Pero usted debe reconocerme a su vez que chicos de hogares normales, comunes y corrientes suelen ser los mismos que cometen barbaridades increíbles... -

- Sí, sin duda. Pero yo por mi hija pongo las manos en el fuego. Va a ver que cuando se calme, usted va a contar con toda su colaboración. Yo me responsabilizo por ello -

- ¡Vamos hasta la casa! – nos gritó mi esposa, que sostenía o se sostenía de nuestra hija.

- Sí, está bien – le dije – Ahora vamos nosotros. Voy a mostrarle al comisario lo que es esto -

Nos acercamos al tronco. Mejor dicho, me detuve a unos pasos y miré cuando el policía observó el cuerpo un minuto; luego se hizo una composición basada en las condiciones del lugar, los rastros y restos esparcidos y luego, cuando se asomó al valle. Regresó a mi lado.

- Lo lamento, pero vamos a tener que traer los equipos técnicos, forenses, expertos, juristas, fotógrafos, ambulancias. No sé cómo vamos a atajar al periodismo. Vamos a tener que bajar al valle por aquí. Hay algunos vivos y si se recuperan pueden aclararlo todo. Vamos. Acompañeme a la entrada. Allá tenemos el principio de esto -

Caminamos hacia la cumbre, mientras varios policías se acercaban. El comisario murmuraba el orden de las medidas inmediatas, el asesoramiento y la ayuda que se le volvía ineludible solicitar. Llevó el teléfono portátil a su mandíbula.

Me apoyé en su hombro. Reconocí que no estaba en condiciones físicas de secundar su apuro. Le pedí que se adelantara, que yo quedaba a su disposición y no me movería de la casa.

Lo que más deseaba era despertar de semejante pesadilla. Me concentré en expulsar el tumulto absurdo que palpitaba en mi cabeza.

Estábamos atrapados al comienzo del segundo acto. No podíamos escapar.

(2000)

El basural

... sin prevenciones contra todo lo que no es común.

Pasternak 'Dr. Zhivago'

Habíamos ido a vivir al basurero, a instalarnos en él, a permanecer día y noche en la loma sitiada del basurero, circundada por la irresolución del suburbio y el desprecio del campo tendido. Apenas consolados por unos sauces.

Tanto ir a revolver y rebuscar lo imprescindible, desde muy temprano hasta muy tarde, terminamos por decidarnos a encontrar también el principal acomodo ahí mismo, en la pila dejada de lado, ya descarnada y desangrada por nuestros ganchos, por las perradas y los ratones.

Como primer intento habíamos hurgueado un reparo del frío o algún alero contra el calor. Luego se nos fue convirtiendo en un lugarcito íntimo donde hacer hervir la olla a salvo, donde almorzar o guardar las herramientas. Pero luego fueron mentores de la iniciativa los que la estaban pasando peor o los que debían salir temprano porque se venían caminando de muy lejos. Ellos se quedaron a pasar la primera noche entre el papelerío y las cáscaras y a la mañana siguiente hicieron comentarios aprobatorios.

Un extremo de la capa de basura, amontonada y envejecida, era alimentado día tras día por los camiones municipales. La bandada de gaviotas nos hacía evocar la estela de un pesquero llegando al puerto o la melga de un equipo arador. El terreno se había ido constituyendo con todo lo inservible: papелitos sucios, envases aplastados y reventados, hojarasca, ramerío, bolsitas y marquillas de material sintético y cáscaras, cáscaras de papa o de naranjas. La capa era tan profunda que terminamos entendiendo que no necesitábamos levantar paredes para encontrar vivienda; bastaba con cavar el hueco de las habitaciones y hacer en el techo las aberturas necesarias.

Algunos vecinos más prolijos que otros, las forraron con cartón o con paños de polietileno, traídos enteros de los negocios del centro.

El olor a yerba usada y a cáscaras de papa sucia era bravo, pero después de aguantarlo durante el día poco empeoraba tenerlo de compañero hasta quedarnos dormidos. El peligro preocupante eran los incendios, los posibles contagios de fuegos nacidos bien intencionados y con subproductos fraganciosos,

Por las noches solía soñar que me quemaba vivo.

Cierto es que mi estado de ánimo no era el mejor para soñar bonito en razón de las vicisitudes que habían aplastado mi vida poco a poco, parecido a lo que la basura nueva hacía con la basura vieja. Un analista diría que, por lo menos, armaba relaciones significantes entre símbolos y representaciones. Algo ardía y humeaba siempre en mi pobrecita alma; podía contarle al otro día por medio de un final de pesadilla que me había hecho saltar de la almohada y que a mis compañeros hacía reír un rato.

Es cierto que nos dormíamos temprano, a poco de oscurecer, después de sacarnos el barro de bajo las uñas y engullida la cena, más que agotados de idas y venidas, con las espaldas a la miseria. Aunque a veces me resultaba difícil dormirme por ponerme a pensar en aquella chica que había enredado a mi vida y que me había largado cuando mi mujer se dio el gusto de dejarme en la calle. Pero por suerte vivía solo y no tenía que acordar con otro mis horarios.

El sol propio, el fuego propio, era algo que nos estaba vedado o limitado en nuestra pobreza. Yo era de los pocos que podíamos cocinar en un anafe usando gas envasado, y alguno hasta se lo aplicaba a una cocina achacosa que nos tiraron. Escapábamos del fogón a brasas o leña rejuntada. Pero ninguno podía permitirse la electricidad y esa era una privación importante. Todavía reiterábamos la organización individualista de los pudientes; la miseria, antes que nada, es miseria.

Alguna noche sucedió que a través de uno de los tantos pasadizos que nos intercomunicaban sin tener que gatear por afuera, una vecina me pegó el grito de aviso, diciendo que mi techo se incendiaba. Como por adentro no ocurría nada ni vi humo, salí afuera volando. Sucedió que una rueda de pendejos fumaba a unos metros de la entrada a mi cueva. Humeaban alrededor de una fogata en una olla, que les alegraba la conversación o el silencio. Tranquilizado, igual les grité que no fueran boludos, que no nos pusieran a todos en peligro. Me respondieron con el dedo mayor en alto, mostrándome la bolsita llena de puchos que tenían a su disposición.

A pesar de la precariedad mi vida no había perdido ciertas características que me eran habituales desde los buenos tiempos. Por lo general la gente se confunde cuando ve ocupados a los menesterosos en asuntos despreciables como revolver basura. No se deja por eso de soñar o aspirar. Mantenía mi rincón biblioteca, con un sitio para los útiles de escribir, a la vez convertido en mi querido puesto de observación solar, aun con cáscaras de papa, naranja o manzana colgadas del cielo raso. Siempre he disfrutado de la contemplación de las variaciones semanales de la luz diurna, y de los momentos de meditación que son su grata consecuencia, diga yo lo que diga después de meditar. Los unía al acto de tomar mate tranquilo, oír la radio y hacer solitarios que me permitieran comparar el caos irremediable de la vida con un caos que podría resolver con la paciencia y experiencia acumuladas.

En los días de verano escapaba del resplandor cenital y prefería la penumbra. Pero una cosa es buscar la sombra en verano y otra es que nos impidan poseer y compartir alguna porción del sol, del calor, de la lumbre. El hecho de que el uso del fuego se nos volviera un riesgo permanente era como una cadena en las muñecas, un signo manifiesto de estar condenados a la mengua vitalicia.

Manejar el fuego es un poder tan antiguo y principal. Hacer pasar por nuestras manos esa réplica paterna.

Al llegar el otoño recuperaba el lado sur del ambiente diario, por cuyos planos y ángulos escabrosos, gracias al ojo abierto del respiradero, circulaba despacio un tibio haz deslumbrante, que en este caso dejaba expuesta la corrupción tan lenta que me rodeaba y el apelmazamiento que consolidaba cada detalle del basural. En otros tiempos seguro que alguna situación menos evidente denunciaría, siquiera por su ocultamiento o disimulo, la gravedad y lo inevitable de la decadencia y la consecuente formación por encima de todos, de los que queríamos verlo y de los que no querían, del sofocón sobrehumano.

¿Qué quiere decir, si no, sobrehumano?

Pero el seguimiento angular de los rayos del día por mis paredes o en el piso, me mantenía en contacto con aquel poder extremo, altísimo, que no se permitía abandonarme, que me dejaba seguir anudando algún supuesto diálogo entre criatura y suprema dignidad.

Una noche sucedió lo inevitable. Creo que no bien cenado me quedé dormido y una chispa díscola o entusiasta saltó de la sartén hollinada y quedó bien incrustada en el cielo raso junto a un papelito grasiento. Luego se convirtió en una rosa bella y singular para lo que era el paisaje de nuestros jardines. Esa rosa, que también es símil del ardor central, fue la que empezó a alegrarme los sueños con pétalos carnosos, vivos, crecientes.

Desperté sobresaltado por un incendio verdadero, algo tan opuesto en sus efectos al resplandor de lo invisible.

El humo empezaba a bajar del techo buscando mi nariz y ahogarme, pero nada me impidió saltar sobre la porosidad del muro interior y arrastrarme fuera a pura uña y manotazo limpio.

Eso sí, tuvimos una fogarata nunca vista. A los gritos los llamé a salvarse, y los ayudé a apartar sus cosas. Luego nos congregamos a testimoniar la hecatombe. Mi reiterada hecatombe.

Yo perdía todo. Los perros aullaban. Otra vez perdía mi hogar. Eso era lo que me preocupaba en el momento. Cómo no terminar de enloquecerme. Perdí mis ropas, mis cosas. Bueno, otros también perdieron cosas y una vez más lo que era su hogar. Esta noche lo hacíamos a cambio de ser deslumbrados por la gran llama perecedera.

Los teros gritaron anunciándolo.

Duró mucho tiempo la hermosa luz del ojo abierto; parpadeaba de calor y nos acariciaba un poco.

Nuevamente quedaba solo, sin pertenencias, arrasado por otro fogonazo de conciencia.

Se nos achicharró la querida madriguera.

Cuando asomó el sol al otro día, temprano, lo que quedaba del basural nos pareció una ballena frita en medio de nuestra sartén humeante. Los límites chamuscados estaban sobre la basura reciente, la que había llegado mojada por las canillas de las casas verdaderas, chorreada, que acá se escurría y alimentaba los almácigos de lombrices que vendíamos a los pescadores por medio de los más chicos de cada familia.

Cuando llegó a descargarse el primer camión municipal, dijeron que no valía la pena llamar a los bomberos.

Correr por un teléfono para llamar a los bomberos y el suponer que los bomberos hubieran venido a ocuparse de nuestro inconveniente, no pasaba de un chiste vernáculo en tres actos. Para nosotros la verdad se parece a algo quieto, inamovible, a una gran piedra o una puerta bajo llave.

Si quisiera ponerme a dinamizar el chiste, debería empezar por averiguar si alguno de nosotros en el caso de tener cerca un teléfono y recién entonces la posibilidad de usarlo, sabía el número telefónico de los bomberos. Con esos elementos se armaba el primer acto.

Para el segundo sería necesario reconstruir una presunta conversación con el cuartelero. Hacerle entender al tipo que lo que se nos estaba quemando era el basurero municipal pero también lo que venían a ser nuestras viviendas y lo que contenían. Y luego de convencerlo desde tan lejos del centro, ver el destello de la bomba en el cielo y oír la cascada de explosiones y el penacho de la sirena desbaratando por nosotros la tranquilidad nocturna de toda la ciudad. Por último, la espera, de pie, envueltos en nuestras últimas mudas, la cara iluminada por la sola llama concreta que había venido a visitarnos.

Y estar esperando que vinieran los bomberos a apagarla.

La vida es movimiento en realidad. La vida es viaje, mudanza. Pero el viaje también puede ser una marcha a ningún lado. Aun cuando también sea cierto que la vida viaja al otro lado de sí misma.

Uno, por más que se ofusque en algunas oportunidades, no deja de llevar esas verdades encima, que son la otra, la del otro extremo, es decir, la misma que uno anda buscando.

Una vez más perdíamos aquello que teníamos encerrado en el corazón, en este caso nuestro en el corazón de la basura. Cierta seguridad digna, cierta comodidad recuperada que ya habíamos perdido antes. Porque nuestro destino era el de ser incapaces de conservarlas, y fuera en cada ocasión por culpa de quien fuera, la pérdida era la que regresaba fatalmente.

Era inevitable que esto nos ocurriese, tarde o temprano. Así terminaban nuestros emprendimientos. Hasta pasaba en las villas, donde las cosas estaban mucho mejor desorganizadas.

Esta vez tuve yo la culpa. Los compañeros me dieron las gracias.

Los chicos no; los chicos me putearon de arriba abajo y me cascotearon con bollos de barro. Por el puro gusto de agredirme.

Los compañeros me dieron las gracias por el hermoso espectáculo y por asumir toda la responsabilidad a pesar del lugar que yo me daba.

Otras veces había sucedido por culpa de la policía, por culpa de la hiperinflación, de la locura de una mujer, de alguna borrachera padre. Cada cual tenía su anécdota parecida, su justificación manida para reconocerse socio benemérito de la mala estrella.

El proceder cada vez más raquítrico con que nos la arreglábamos mientras tanto, posibilitaba que los infortunios menudearan o sus menores consecuencias se nos volvieran catastróficas, como acababa de suceder.

Sin darme cuenta era un tobogán adonde había venido a sobrevivir durante tantos años y tantos sucesos pretendidamente eventuales, con los que nunca hubiera soñado antes.

De haber llegado a creer, por escepticismo, que los lindos sueños nunca se realizaban, pero alguno que valiera la pena tal vez sí, había pasado a acostumbrarme a que los peores sueños siempre terminaban por verificarse, aunque en el fondo el peor de todos no fuera uno y ni siquiera el último.

(2001)

El peaje del Diablo

¡Ah, el contrabando triste de mí mismo!
Mallea

Luego de visitar a la tía viuda, a la que debía el saludo de rigor, desando algunas calles de tierra de acuerdo a sus indicaciones, y encuentro a Josecito y `Machito' pisando cardos y arrancando matorrales de yuyos varios, entusiasmados en ponerse a armar una casilla para el mayor, que se ha decidido a vivir solo. Los acompaño en sus cuentas y vueltas por el terreno baldío, perfumado a

hinojos, mientras la tarde madura y se abre por abajo, como el ruedo de una pollera anticuada, frente al barrio que se desparrama por sus costados.

Me da gusto poder ayudarlos. En algún momento de la charla recuerdo las herramientas que he dejado en el campo y que ellos necesitarán para meterle mano a la cantidad de madera que han conseguido aquí y allá. No me parece absurdo creer que sigan donde las dejé, hace años, en una esquina del galpón, enebadas y envueltas en arpillera, como enseñaban los viejos.

Lo que hago es lo que me hubiera gustado que hicieran conmigo cuando me independicé. No tengo más que ir hasta allá en algún vehículo de cuatro ruedas. Dejo armado el viaje para la mañana siguiente en el jeep de "Machito", un cachivache rojo que ha ido pasando de mano en mano por todos los hombres solteros de la familia.

Viajo por la mañana, luchando con la dirección y la caja de cambios, lucha que me divierte en vez de incomodarme. Deseo reconocer mi escuela rural y los progresos o fiascos del pago.

Freno en medio de la calle, a las ventanas de la escuelita.

Donde antes sólo se podía ver la tranquera que daba entrada a la senda vecinal hacia los potreros, encuentro una fea construcción, que viene a ser como la versión indeseable de la que planean los primos. Es una caja desprolija, con techo y laterales de chapas acanaladas, claveteadas a una armazón de postes y tirantes, en cuyo interior se mezclan un portal, un pasamanado, una pasarela y los ambientes laterales que resultan cubículos de su instalación.

De cara a donde siempre estuvo la tranquera y ahora se levanta este modesto fortín caminero, hacen cola para pasar por él varias mujeres metidas en batones oscuros.

En este punto, el salón y la huerta de la escuela primaria y más tarde la delegación municipal y su casita aledaña, han respaldado la iniciación en sus cercanías de un asentamiento todavía campesino en todo. Al primer vistazo discrimino arboledas y montes donde antes no los había. Emboco el jeep por el lugar que siempre hemos usado para entrar rumbo a las estancias.

Bastante extrañado como afectado por la luz matinal a campo abierto, observo que las mujeres van y vienen lentamente, como sometidas a ello, usando exclusivamente los molinetes del pasadizo. Se ve claro que un pasamanado ocupa el centro de la construcción a un lado, a mi izquierda, una especie de oficina técnica. Del otro, el paso peatonal, donde corresponde zigzaguear entre un doble juego de barreras o pasamanos de caño galvanizado, empotrados en el piso.

A poco de curiosear y conversar con los chicos que acompañan a las mujeres, me entero de que los vecinos deben pagar peaje para dejar o entrar a la calle real. Pero saberlo no aclara la situación; la oscurece. Yo mismo, burócrata que vengo de una ciudad más importante, advierto en aquello una arbitrariedad sin justificación alguna. Aunque tal vez me la expliquen. Me dirijo al encargado, sin pensar lo que voy a decirle.

Ya he notado que es un hombre adulto, insignificante y desagradable. Viste casi como un policía provincial, pero a la vez actúa como un gerente o un técnico, en una mezcla de lo más antipática por lo pretenciosa. No bien abre la boca le sale el oficial de policía acostumbrado a convencer a todo el mundo con sus especificaciones. Mientras corresponde con abundancia a mi titubeo inicial, cobra un peso con cincuenta a cada mujer que necesita entrar o salir de la calle real, como yo necesito hacerlo. Ellas actúan sumisamente y la escena se me vuelve repulsiva.

En cuanto puede, el tipo, cuya calvicie grasosa me atrae y repugna, me lleva hacia su escritorio y me muestra un conjunto de manómetros y amperímetros adosados a una cubierta de telgopor que lo recubre todo. Me fijo mejor en el interior de la cabaña: ha sido recubierto con planchas de telgopor de las gruesas, como cuando se desea que cumplan una función aislante, o que al menos se crea tal cosa. El tipo se afana en ilustrarme de qué se trata esa función. Pienso que mis primos nada me avisaron sobre esta sorpresa. Una cabeza más bajo que yo, el policía se seca la calva con su pañuelo celeste doblado en cuatro.

Me endilga una explicación increíble sobre el descubrimiento de la existencia de un campo magnético peligroso, que obliga al gobierno a imponer una serie de precauciones permanentes para movilizarse por el lugar.

Sabe que entiendo sus argumentos y me señala que uno de los modos preventivos aplicados es transitar justo por ese sitio y que, en consecuencia, el peaje es el único medio al que la Provincia puede apelar para financiar la vigilancia y la prevención constante de las fluctuaciones electromagnéticas y sus picos de intensidad dañina, que parecen suceder relacionados con algunas horas del día y las estaciones del año, la danza del agujero en la capa de ozono y otros disparates concatenados.

Le muestro mis credenciales y enseguida le tiro algunos nombres de la nómina del ministerio. Me parece que le importan poco, pero tal vez es el efecto contrario al que yo espero causarle. El tipo es oriundo de Gral. Guido y lo han retirado de la policía. Es bajo de estatura, pero de contextura bien proporcionada. Tiene ojos huidizos y mejillas de alcohólico.

- Usted no va a cobrarme ningún peaje para pasar por aquí – le digo.

Él se afana en cobrarles la insólita tarifa a un grupo de viejas mujeres con ramos de flores en las manos, que esperan tomar algún transporte cotidiano hasta el cementerio. Lo sigo en sus idas y vueltas deferentes.

- ¡Un momento! – Me dirijo a la mujer que acaba de contar sus monedas para depositarlas en manos del estafador, algo que me provoca una bronca profunda - ¡Señora... señora! Usted tiene que reclamarle un recibo o un ticket por el cobro que este tipo acaba de hacerle. ¡Venga! – No es fácil hacer que la mujer deje sus asuntos y se pare a escucharme, pero a eso ya lo sé de sobra - ¡Venga! Pídale un comprobante de pago a este empleado, como corresponde... - Me hago el ofendido - ¡No puede ser que les cobre sin que se sustancien registros de lo que recauda! -

Pienso que he encontrado la forma de acorralarlo. La mujer levanta su bolsa de verduras y se encamina hacia afuera, con obstinación de hormiga.

- No señor – gesticula el tipo, parado sobre sus pantalones azules impecables – Esto se trata de un convenio firmado con la Municipalidad de Gral. Guido... El costo del mantenimiento de este puesto ya está prorrateado en el valor del peaje y la cantidad de tránsitos anuales que la gente hace. Nadie necesita controles, señor... No se meta en una cuestión que no entiende ¡Hagame el favor! -

- Quedesé tranquilo – le replico – Yo voy a demostrar que usted es un estafador, y ni sueñe con que a mí va a cobrarme peaje para pasar por un camino real. ¡A esta tranquera la abrió mi abuelo antes de que usted y yo nacióésemos! ¡Faltaba más! –

- Señor... - el tipo calvo y sudoroso, de gestos estirados, no sé si calmos, los estira un poco más para que las mujeres lo vean argumentar. Ahora las viejas me miran un poco mejor, a ver si reconocen en mi cara algún rasgo familiar, sin entusiasmarse.

Varía el primer esquema del conflicto. Él es quien viste de azul, pero yo actúo como instigador. Estamos enfrentando explicaciones técnicas y aparecen las explicaciones sentimentales.

- Sus vehículos oficiales están muy venidos a menos – observa el sátrapa sobre mi hombro.

- No me joda. No es un vehículo oficial. Necesito llevar una carga –

- Ah... - me agarra por la cola – Quiere pasar por aquí con una carga... Eso no es fácil, como puede ver -

- No es una carga importante. No sobresale por ninguna parte –

- Veremos – comenta, declarandomé la guerra.

Reconozco que por allí no hay rastros de que circulen vehículos de carga ni el pasa ganado tiene porte como para dar paso a otra cosa que automóviles o carros.

Lo invito a que me siga al otro lado de su ratonera. A pesar del rechazo que me provoca, le apoyo una mano en un hombro para que deje de enfrentarme y mire en la misma dirección que yo miro. De memoria le señalo uno de los montes que se pueden ver, no muy lejos, hacia el norte. Hago que mire hacia donde sigue la senda por el potrero, cruza un arroyo cercano, esquiva un bañado con duraznillo, y a su vez es cruzada por un grupo de ovejas que pacen todavía. Le muestro adonde quiero ir, al fondo del paisaje.

Pero veo otro monte por delante del que esperaba señalar, uno nuevo, de un follaje espeso y reluciente, que se interpone. Por unos segundos me cautiva el brillo de los árboles flamantes bajo el sol, empujadas sus copas por el viento de la llanura. Ahora sí veo la punta de un monte que asoma detrás, y esa es toda la señal que ha quedado de nuestras vidas en este paraje.

- No haga que me sancionen por no cumplir con mi deber – indica el policía, fríamente, y regresa a la sombra. Se sienta en su silla y se seca la frente con su prolijo pañuelo. Hace gestos correspondientes a una leve tribulación.

Vuelvo a la calle y a la sosa compañía de las mujeres. Contemplo la vieja escuela, que en todos estos años no ha tenido adónde irse. Escucho, recupero el silbido de las casuarinas siempre oscuras. Lo que sucede me parece un sueño. Años que no volvía por aquí. No es bueno dejar pasar tanta ausencia entre uno y el terruño. Después, de golpe, ocurren los desequilibrios.

Llevo el jeep a la fría sombra de las casuarinas y hago una llamada por el teléfono semipúblico que encuentro en la proveeduría municipal. Jamás he pagado un peaje por pasar en automóvil en cualquier ruta, menos voy a pagarlo por pasar a pie. Cruzo la calle y voleo la pierna por sobre el alambrado. El policía me observa violar sus disposiciones y prevenciones, pero no se levanta de su silla. Sabe que me atrae como el pegamento a la mosca. Me echo a caminar hacia la estancia de mis parientes. Sé que en media hora estaré allá, henchido de aire puro y buen apetito.

Por desgracia no encuentro a ninguno de mis tíos en la casa más cercana. Recuerdo que uno de ellos ha muerto hace unas semanas. Me reciben los perros juguetones y los caballos me miran

seguir de largo. Me saluda el molino, con los quejidos invariables de su estúpido corazón galvanizado.

Rumbeo hacia nuestra tapera. Almuerzo las románticas sobras del puestero, mientras me comenta vaguedades desde lo que ignora es su irresolución. A tientas trata de discriminar lo que le conviene. Toda aquella riqueza incomparable sigue hundida en los problemitas de siempre y, como en todos lados, los problemitas se agudizan y los propietarios renuncian a seguir aguantando incertezas sin que se les reconozca de nuevo su importancia tradicional.

Al final cargo en mis brazos el serrucho grande y el serrucho chico, el pico y las palas, y regreso, malhumorado, arrastrando mi nube por el verde, bajo el cielo, dejándome lá acariciar por la brisa suave, cuyas voces a ras del suelo no olvido.

Conozco bien estas incongruencias de cada día en el campo.

Tiro mi brazada de herramientas al otro lado del alambrado y paso hacia la calle. Las chapas del peaje están crujendo bajo el sol. Voy hasta el jeep y lo traigo hasta la entrada del paso. El custodio se despega de su silla y se apoya junto a su tablero de amperímetros recalentados. No entiendo cómo es que no se muere de calor ahí dentro. Dejo el vehículo y voy y vengo unos metros a traer mis herramientas. Quiero demostrarle que no ando de caza o de pesca, sino que se trata de hacer exactamente lo que le he dicho. Le pido que me deje pasar. No; debo decir que le digo que necesito pasar con mi vehículo.

Cuando es explícita la maldad, cuando no se la descubre velada por artilugios y verdades a medias, es cuando más difícil de jaquear resulta.

La impertinencia del guardia no pide sino violencia. Tener el pico y las palas en brazos es lo que me tienta.

Apoyo las palas en el suelo y tomo el pico con ambas manos por la punta del mango, y en tanto hago pienso varias conclusiones sucesivas. El tipo se apoya en la esquina de su mesa escritorio, como si estuviera a punto de tomar una birome o un talonario. No importa; da la espalda a su tablero de chirimbolos ridículos. Le tiro la parábola del primer golpe tratando de clavarle en un pómulo la parte aguda del pico. No sé si yerro el golpe o él se mueve tan rápido que lo esquiva sin que yo pueda notarlo. Siento en los dientes que la punta del pico atraviesa el telgopor y perfora la chapa en sordina.

El tipo se ha quedado donde estaba, sin tiempo para asustarse o absolutamente sorprendido. Arranco el pico con el rebote del esfuerzo aplicado y repito el golpe con una parábola menor, tomando buena nota de mi alevosía en medio del calor y el silencio zumbador.

Esta vez le acierto bajo el ojo derecho, junto a la nariz rojiza y enseguida le doy varias veces en la cara con la parte del filo, parte que mis manos han buscado solas quedara en posición de herir. Una vez que la víctima está en el suelo, tomo la pala de punta y se la hundo en el rostro. Quiero decir que descargo mi odio concluyente con enajenación.

Por suerte el rostro del tipo apenas sangra. Son más bien rastros de su masa cerebral lo que le brota por las heridas y se adhiere un poco a las herramientas. Lo levanto por sus sobacos empapados y lo dejo sentado en la silla, apoyada su espalda en la cubierta de telgopor y un poste.

Voy y abro los portones, en especial para poder respirar a fondo el aire fresco. Estoy transpirando como loco. Sin embargo, me siento más tranquilo. En algo he comenzado a resolver este problema. Llamo la atención de afuera con un grito amable. Levanto los brazos e invito a las mujeres cercanas a que aprovechen a pasar sin ser esquilgadas.

Desaparecida la presencia de su encargado, aquella armazón pierde sentido y consistencia. Ahora el aire de la llanura silba en los ángulos mal terminados y el sol se filtra y revela rendijas y perforaciones casuales.

Ahora que nadie controla el agitarse de los amperímetros, el temblequeo de sus agujas se estupidiza.

Voy caminando del modo más calmo que me es posible, a depositar mis herramientas en la caja del jeep de "Machito". Lo monto como cuando era muchacho. Atravieso en triunfo el pasaganado. Iré a buscar el resto de los implementos y a despedirme de mis parientes como si tal cosa.

Sudo como un chivo revolviendo cosas amontonadas en la tapera. De la frente me chorrean recuerdos desagradables y puntadas de añoranzas infantiles. Sudo abriendo y cerrando tranqueras, acomodando la cantidad de chirimbolos que he juntado, para que no se me pierdan en cualquiera de los barquinazos.

Quiero dejarles un buen recuerdo a mis primos. Pienso, cómo dejar de hacerlo, que estas visitas me afectan más de lo que comprendo y que así debe ser.

Cuando me detengo ante la estación de peaje es porque encuentro otra vez cerrados los portones.

Algunas mujeres remolonean en las cercanías; esperan el momento en que se abran y se apacigüe el peligro. Me hubiera dado gusto atropellarselos con un vehículo de mayor porte. Hacerlos saltar de sus goznes; provocar, dejar tras de mí un desparramo definitivo.

Desciendo y apoyo un hombro donde se unen ambos portones. No cederán fácilmente. Noto que están trabados por dentro. Voy y me fijo en los portones del otro lado. También están cerrados. Adentro, el calor donde duerme el muerto, debe ser repugnante.

Apoyo el paragolpes en uno de los portones y empujo despacio. El viejo jeep bufa, pero está en su elemento. El portón pega un salto y se abre torpemente, dando quejidos y algún grito. Al otro lo abro de una patada. Meto la marcha atrás y corrijo la línea de avance. Veo que, al otro lado de la estructura, frente a la calle, los portones tienen echado un pasador, como si el lugar hubiera salido de servicio. Pero abrirlo del todo es sencillo. Descorro los toscos pasadores de madera y otra vez dejo expedito el paso.

Me detengo al borde de la calle, bajo el solazo. Les grito a las mujeres que parecen haber regresado de sus visitas al cementerio. Yo debería visitar el cementerio de mi pueblo antes de abandonarlo otra vez.

Les hago señas a las mujeres para que vean lo que acabo de recomponer, a ver si dejan la sombra de las casuarinas y se animan a circular sin impedimentos. El muerto me mira sin decir nada.

Sigue donde lo dejé, sentado en su silla, dandolé la espalda a su pizarrón ridículo que hasta hoy ha usado para sus explicaciones ridículas, ahora innecesarias. Me mira y me deja hacer mientras voy y vengo. Me digo que sólo un muerto podría aguantar este sol bajo cuatro chapas. Sigue sudando en su horno como un diablo en medio de sus hornallas.

Es cierto que me mira hacer y deshacer. Antes de cruzar el peaje y marcharme, les hago una última llamada a las mujeres. Me observan desde lejos. No han reaccionado ni reaccionan. Es como si esperasen que yo desaparezca para cometer el abuso de cruzar gratis.

Echo una última mirada al contraluz del galpón. Me doy cuenta de que el policía tiene el rostro intacto y ha recuperado su expresión desagradable, impropia de un muerto. Está vivo. Igual a como están vivos los sapos.

Dudo en acercarme, pero no es necesario. Veo que no está apoyado en la pared sino sentado, tranquilo en su silla, los brazos cruzados sobre el pecho, sin ningún rastro de heridas. Brillan sus ojillos verdes de gringo en la modorra de la siesta. Creo oírle que me ha hecho un comentario irónico. Una leve sonrisa bajo su bigote me hace pensar en alguien conocido.

Debiera decirle algo. Puedo despedirme o dejarle una jactancia antes de seguir viaje. Creo que se sonríe para molestarme, sin pretender más.

Estoy empezando a reflexionar en la cuestión de las emanaciones terrestres, en el sometimiento del vecindario y en la existencia del demonio. Es a causa del calor. Estoy sudando y deshidratandomé como si trabajara al sol.

- Lo dejo pasar porque lo veo entusiasmado en hacer el bien a otros... - me dice. Levanta un dedo de bajo su antebrazo derecho, con toda corrección.

No le creo. La verdad es que siento bastante miedo, pero no quiero alejarme en esa condición. Ahora entiendo que erré el primer golpe y que lo erré por impericia o apuro. A él no le importó esquivarlo.

- Vaya nomás - dice, sonriendo levemente bajo su bigote de nazi asqueroso - Siga ocupandose de los derechos humanos -

No quiere darme tiempo a recomponerme; mañas de funcionario político.

La marcha, el estado propio de un viaje, puede ir dandolé sentido a los acontecimientos, ya sean sus logros o fracasos. La marcha también es un modo de resignificar un territorio, físico o temporal. Cruzarlo puede traer dignificación al horizonte y al cielo. Los días pueden convertirse en referencias que sirvan para volver extensa y visible la necesidad del viaje.

Los recuerdos, las presencias, las esperas son modos de ocupar y abrir espacios. La tentación de los viajes siempre está llegando.

